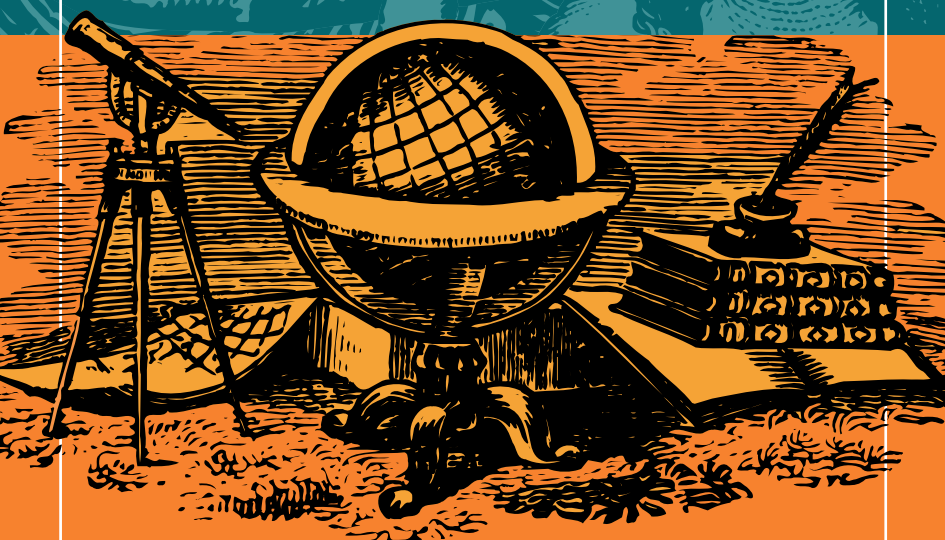


TERRITORIO FICCIÓN

Antología de cuento joven



Primera edición, 2017
D. R. © 2017, de la presente edición:
Secretaría de Educación Pública
ISBN pendiente

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Educación Pública
Impreso y hecho en México



Territorio ficción

Antología de cuento joven

DGESPE
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA PROFESIONALES DE LA
EDUCACIÓN

Directorio

Mtro. Aurelio Nuño Mayer
Secretario de Educación Pública

Dr. Salvador Jara Guerrero
Subsecretario de Educación Superior

Mtro. Mario Alfonso Chávez Campos
Director General de Educación Superior para
Profesionales de la Educación

Mtro. Edgar Omar Avilés Martínez
Director de Profesionalización Docente

Alfredo Carrera
Víctor Solorio Reyes
Seleccionadores de textos para DGESPE

Cuidado de la edición: José Agustín Solórzano
Formación y diseño: Víctor Solorio Reyes

<http://www.dgespe.sep.gob.mx>
<https://www.facebook.com/somosnormalistas>

Bienvenido a *Territorio ficción*

Más de una vez hemos sentido que somos personajes de un cuento o hemos creído que nuestra vida es única y digna de ser leída. Esta sensación puede estar llena de preocupación, alegrías, dudas, extrañeza, etc. Cuando así nos pasa, nos preguntamos: ¿qué pasará en la siguiente página de nuestra vida?

La ficción es aquello que no ha sucedido, pero en lo que, de igual forma, podemos encontrarnos. Los escritores parten de su experiencia para crear historias desde sus universos propios. Algunas veces son historias que tratan de la vida del narrador; a veces, de alguien más; otras, son algo intermedio o nacen de la imaginación más frenética. En todas estas formas hay dos planos, y la realidad y la ficción se cruzan infinidad de veces. Los personajes de los cuentos, mientras los leemos, se sientan a nuestro lado y nosotros vivimos como ellos, los acompañamos y nos acompañan. Los seres humanos somos parte de una gran ficción,

complejísima, llamada vida, donde los sueños son parte del día a día. Por eso la lectura debe de ser parte de nosotros, porque ahí nos podemos encontrar. Las páginas son espejos de papel. Puertas de papel. Ríos de tinta.

En los cuentos que aquí se incluyen, el mundo cae en decadencia y se alza en lo sublime; pero ambas cimas pueden ser simas (sí, con ese), todo depende de dónde estemos pisando o con los zapatos de quién. Cada cuento no se termina de escribir hasta que es leído. En nuestra cabeza, desde nuestro ser, se acaba de escribir; reconfiguramos las historias, siempre, porque los personajes se deciden o toman salidas que no habían elegido, se arriesgan y las consecuencias son otras según el punto de vista y la experiencia de vida del lector.

Los cuentos que integran este territorio que estás por pisar, son una ventana, una puerta o una casa, ya serás tú el que decida cómo gozarlos, cruzarlos y habitarlos.

La juventud da más gasolina que cualquier otra etapa de la vida, nos empuja a saltar, a cruzar la barda, a accionar el interruptor. Que sea la lectura un motor en la carretera de tu existencia. Sé bienvenido a Territorio ficción.

Alfredo Carrera y Víctor Solorio Reyes

La teoría del cómputo animal o la prueba del vaso con agua

 Alí Rendón

Somos animales, sin duda; y en nuestra cabeza, junto a nuestro miedo más sucio, está el firme deseo de que alguien muera.

¿Y si algo estuviera utilizando ambos sentimientos para su beneficio?

Yo creo que ese “algo” siempre ha existido, nos ha utilizado sin darnos cuenta. Como humanos se sirve de nosotros otra cosa (un algo o un alguien, quizá otra especie entera), tal como nosotros explotamos a la fauna y a la flora.

Yo quiero que se muera esa cosa, que parece un hombre de ojos negros sin fondo, que viaja cabalgando mi mente todas las noches.

Te voy a decir cómo comprobar si a ti también te utiliza ese hombre calvo, pálido, de mirada dura, dolorosa, que a varios se nos aparece en sueños.

Este, mi testimonio, no se funda en esa conocida leyenda urbana producida por un estratega de la publicidad viral: “¿Ha soñado alguna vez con este hombre?”

No. De hecho, esta última, llamada “This man”, no es una invención original, sino que se inspiró en los eventos registrados por primera vez en Cracovia, Polonia, en 1995: “El caso Sikornik”, para ser exactos. Este caso verdadero sí es el antecedente de mi testimonio.

La mañana del 11 de agosto de 1995, Zofia Blizniak, una niña de siete años que jugaba en el parque del bosque Wolski, al oeste de Cracovia y muy cerca del zoológico, se separó de sus padres y de sus demás hermanos. Éstos la buscaron unos minutos después. La hallaron cerca del zoológico con un niño. El pequeño, de ocho años, parecía confundido y daba explicaciones que Zofia y su familia no pudieron comprender. El niño decía: “No quiero carne de cerdo, no quiero, no quiero; quiero a mi mamá” y luego lloraba.

Lo único claro era que el niño, de nombre Bialas Jacek, estaba perdido. Al verse cuestionado por los adultos y las autoridades del parque, Bialas dijo no saber dónde estaba su madre, ¿ni recordar el nombre de ella!

Nunca se pudo dar con el paradero de su madre, ni el de su familia o su lugar de origen siquiera. Tampoco se pudo constatar la identidad de Bialas Jacek ni conocer sus apellidos. Era como si en vez de perderse otro niño en el mundo, uno apareciera de repente.

Konrad Łuczak, uno de los oficiales del caso, se obsesionó con la idea de que otros como el pequeño Bialas comenzaran a surgir. El policía, cada vez más alcohólico, trató de convencer a sus compañeros de que Bialas no era ni el primero ni el único; pero nunca pudo comprobarlo y tiempo después se dio de baja del cuerpo. A los padres de Zofia Blizniak, en repetidas ocasiones, les fue denegada su solicitud de adopción del pequeño Bialas, quien fue inter-

nado en alguno de los planteles del Sistema de Custodia de Infantes sin Hogar de Polonia.

Hasta la fecha, al misterio se le conoce como “El caso Sikornik”, por encontrarse el bosque Wolski en esta colina que es el punto más alto de Cracovia. Al niño se le registró oficialmente como Bialas Jacek Sikornik. Ahora es un adulto que sigue buscando a su madre y familiares, o a cualquiera que pueda dar información sobre su vida.

Antes de que cumpliera los nueve años se le pidió que hiciera un dibujo de su madre. Por alguna razón, inexplicable para sus psicólogos, nunca pudo dibujarla; sólo dibujaba, una y otra vez, el rostro de un hombre calvo: el labio superior muy fino, como el trazo de un corte apresurado, la boca entrada en una mueca muerta de camino a una sonrisita, ojos negros entornados, un párpado más caído; el trazo tembloroso del niño imprimía la sensación de movimiento a las pupilas que siempre miraban al observador del retrato. La mayoría de los que han visto la ilustración puede coincidir en que, después de un tiempo, les parece que su imaginación se accidenta —una vez que llega a la maldad en su expresión—, con una amenaza haciéndose vieja y familiar en el rostro de un extraño.

Bialas decía que este sujeto, de quien desconocía su nombre, lo había sacado de su casa con la promesa de “mostrarle una puerta de entrada al Cielo”.

Más tarde, gracias a la mayor popularización de internet, varias personas alrededor del mundo pudieron identificar

al sujeto sin nombre del retrato robot que dibujó Bialas. Aseguraron haberlo visto en sueños.

Muchos años después, el publicista italiano Andrea Nattela utilizó la idea del hombre que dibujó Bialas, y los testimonios de varias de las personas que aseguraban reconocerlo en sus sueños, e hizo una leyenda urbana a la que tituló “Este hombre”, creando así la página web de “this-man.org” con el impacto que ya todos conocemos, pero alejada de la realidad y de un objetivo práctico.

De El caso Sikornik, yo no conocía nada hasta hace poco que encontré la página de Facebook del joven Bialas con el retrato robot del hombre. Para entonces yo ya había hecho la que llamo: “La prueba del vaso con agua”, y sabía que el hombre estuvo en mis sueños pasados y estaba en los presentes. Yo creí que en los sueños el extraño solamente me hablaba en su lenguaje desconocido para mí; luego descubrí que más bien hacía (sigue haciendo) otra cosa.

Probablemente también te suceda lo mismo, pero no lo sepas aún. En ese caso, no sé si pueda ayudarte. Bialas no contesta las preguntas en su Facebook. Yo he contactado a poca gente que tiene algunos trozos de información, testimonios y conjeturas apresuradas; pero ninguna certeza. La psicología moderna tampoco ofrece algo sólido. Cada vez se acumulan más las preguntas y la desesperación. Lo único que puedo hacer es contarte mi propia historia, de la que estoy totalmente seguro de su veracidad; y pedirte que ores por ti y por mí. Ojalá Dios nos socorra algún día.

Vamos a comprobar si también te utiliza ese hombre calvo, pálido y de ojos sin fondo que varios vemos en sueños.

Pon un vaso con agua frente al televisor, o una PC, mostrando las noticias o cualquier contenido violento; volveremos a él más tarde. El Hombre de los Ojos sin Fondo allana mis sueños y no habla simplemente, más bien se sirve de mí.

Reportes de disparos dentro de un centro comercial en North Carolina causaron caos el sábado. Los compradores corrieron hacia la salida o se refugiaron dentro de tiendas, mientras llegaban docenas de agentes, dijeron testigos. "Odile" causará lluvias en Guerrero, Colima, Jalisco y Michoacán. El mundo literario celebra cien años del natalicio de Cortázar. La OMS elevó a dos mil 228 el número de personas muertas a causa del virus del Ébola en África Occidental. Una cámara de seguridad en la zona de Santiago de Chile, donde el lunes explotó una bomba de fabricación casera provocando al menos catorce heridos, captó unas imágenes del que sería el autor del atentado. ¡Bajó de peso 19 kg! Ella habló de esto en la televisión. ¡El nuevo método para bajar de peso llegó a España! Muere Gustavo Cerati tras 4 años en coma. Soldados de Israel desertan para disfrazarse de payasos y entretener a niños palestinos supervivientes de los bombardeos.

La primera vez dejé un vaso entre la PC y yo, con estas noticias. Por último entré a mirar los videos, subidos al

YouTube, del misterioso soldado “Juba the Bhagdad sniper” matando a algunos de los treinta y siete soldados de EE.UU. que liquidó con su rifle Dragunov:

“I have nine bullets in this gun and I have a present for George Bush. I am going to kill nine people. I am doing this for the viewers to watch. God is great. God is great.”

Tuve sed, a cualquiera se le puede secar la boca viendo estas cosas, me tomé el agua; luego apareció la noticia de un paisano cruzando la frontera con Estados Unidos, las cámaras infrarrojas, esas que parecen estar filmando en la luz de la luna, captaban a un viejo que caminaba dormido; los brazos laxos, los pies levantando tierra, el equilibrio tropezado, la cabeza torcida; ¿un anciano herido por pesadillas que eran el duplicado de su vigilia en México?

El allanador de sueños apareció esa noche en mi cabeza. Gracias a la prueba del vaso ya podría ser consciente de sus apariciones. ¡Dios mío! Él habló en la oscuridad y entonces, a pesar de no entender su idioma, descubrí que en realidad ¡me interrogaba! Le respondí algo que no recordé en ese entonces, luego lo conduje a un callejón donde había flores, basura, neumáticos y una música suave de flautas. El hombre traía mi vaso de vidrio vacío entre sus manos. No he podido olvidar esa música de flautas.

¿Sabes qué es lo que yo creo? El ser humano no puede esconder su animalidad estando dormido. Así, los hábitos, la religión, las ideologías, la educación, los refinamientos y... el amor, que operan nuestra vigilia, se disuelven en las

tinieblas viscosas del sueño profundo. Es entonces cuando se reaviva ese miedo más sucio de tu mente y mueve a su vecino, el deseo de sobrevivir usando los dientes: matar. Se agita la capacidad de que tu cerebro trace la ruta a cualquiera de esos lugares a donde sólo los recuerdos de tu furia te pueden llevar, en un mundo donde la Evolución acecha filosa y rapaz a los organismos menos adaptados.

Esos lugares no son precisamente físicos, sino algo como: una solución para un problema, un conjunto de algoritmos, el resultado de un pensamiento lateral, una composición o un proceso creador... Incluso hay quienes afirman que el hombre es capaz de conocer el futuro mediante la interpretación de los sueños.

Una vez recostado y vulnerable, ya como animal adormilado, ¿quién querría entrar en tu cabeza?, ¿para qué?

No te voy a andar con rodeos. Somos algo parecido a “computadoras animales”, sí, así como suena; y las preguntas que nos hace, en sueños, el allanador de mirada negra, son “comandos” que uno ejecuta: todas las noches corremos un “programa de software” en nuestras cabezas que no son otra cosa que procesadores–vectoriales analógicos, eso son prácticamente nuestras neuronas todo el tiempo; somos animales pensantes y remembrantes que el hombre utiliza durante las noches. Somos una especie explotada, hacemos tareas que una supercomputadora digital no puede (la más moderna no es capaz de reconocer a una persona entre la multitud con la misma rapidez que una

niña de tres años identifica a su madre en el mercado de La Merced). Todos juntos seríamos capaces de memorizar más que cualquier medio de almacenamiento masivo, incluso esta información podría tener respaldo en la mente de otros individuos.

Pero, ¿quién es este allanador del sueño? ¿Es incapaz de soñar? ¿Quién o qué cosas son incapaces de soñar? ¿Las máquinas, los demonios y los ángeles? ¿Dios o... Satanás? ¿Para qué se mete este hombre a los sueños de muchas personas?, ¿para ver el futuro?, ¿para procesar datos que sean útiles para lograr un objetivo más enorme que nuestra imaginación?

Algunas personas han recordado datos resultantes de los procesamientos que hacen nuestras cabezas bajo los comandos del Hombre de los Ojos sin Fondo. Una de ellas, el exconvicto afroamericano Ricky McCormick, los anotó antes de morir misteriosamente en 1999 sobre una milpa en Saint Charles, Missouri, EE. UU. En su bolsillo fue hallado lo que se conoce como el código McCormick: tres pedazos de papel con criptogramas que hasta hoy no se han podido descifrar satisfactoriamente ni por el FBI ni por la Asociación Americana de Criptogramas. El FBI publicó el código McCormick en diversos medios con la esperanza de que alguien lo descifre.

Otro ejemplo más antiguo de resultados de cómputo animal es el código Dorabella. Este código lo escribió el compositor musical Sir Edward Elgar, y se lo envió como

una (presunta) carta de amor prohibido a Dora Penny el 14 de julio de 1897. Ella afirmó desconocer su significado y hasta la fecha tampoco ha habido ninguna decodificación. Cada signo del código consiste en un grupo de tres semi-círculos, cada uno rotado en un cierto ángulo.

Elgar también compuso melodías secretas dentro de piezas musicales más grandes como en su más famosa: Variaciones enigma, en la cual cada variación va dedicada explícitamente a uno de sus amigos. La número 10 está dedicada a Dorabella, por ejemplo; pero la número 13 figura como dedicada a “***”.

Un descubrimiento inquietante vino después.

Hace meses, escuché una grabación con un mensaje que me aterró en el sitio web del Proyecto Conet. Este proyecto se encarga de interceptar transmisiones de radio de onda corta en frecuencias sin uso. Estas técnicas, se dice que son hechas por servicios de inteligencia para comunicarse en clave con espías en territorio enemigo (¿Así como hay espías en el mundo físico, también los hay en el psíquico?, ¿el hombre de la mirada negra es uno? De ser así, entonces hay guerras invisibles, apocalipsis secretos).

Este mensaje se encuentra en la liga de internet: http://irdial.hyperreal.org/the%20conet%20project/disc%202/tcp_d2_21_spanish_lady_complete_sequence_irdial.mp3

Se escucha a una mujer de voz monótona recitando números en serie. El cinco lo pronuncia de una forma que me hace sospechar que no es humana, que es una máquina o algo peor.

Al oír los últimos números los recordé: 1-8-4, 1-8-4, 2-7, 2-7, 0-0-0-0-0. Yo, en sueños, se los dije antes al Hombre de los Ojos sin Fondo, como respuesta a sus preguntas ininteligibles.

Uno de mis contactos de internet, que no es un soñador esclavo, de apodo ABSTRA, dice haber roto parcialmente el código de la grabación y me reveló su contenido:

“PRUEBASY EXP ATOM LIMBO 36 ABIERTO
PSIQ DIOS. [sigue un renglón no de cifrado]
DAEMONIANGELUS [pausa o interrupción]
H.SAPIENS CONSUMO LIMBO ALTO 12.
[siguen códigos no descifrados] SOLUCIÓN:
DAEMONIANGELUS CRUZADO CCERDOP
CONSUMO RAZAS INF. H.SAPIENS 3ER
MUNDO [pausa] GRIETA 36.”

¡Dios mío, qué es esto! Recordé al niño Bialas, al polaco que apareció misteriosamente un día en un bosque de Cracovia, Bialas, niñito de ocho años, Bialitas... diciendo entre llanto: “No quiero carne de cerdo, no quiero, no quiero; quiero a mi mamá”.

Dios bendito, socórrenos, Dios bendito, socórrenos.

En EE. UU. Timothy Robenhorts descubre que su hijo, Kayden, molestaba a un compañero de la escuela, por lo que sube una foto a su perfil de Facebook con una disculpa del niño y una lista con el castigo físico que le dará. Avión de Air Canadá se sale de control: 25 heridos en el aeropuerto de

Halifax durante una tormenta de nieve. Un nuevo video difundido el domingo por el grupo Estado Islámico muestra a sus combatientes en el momento de decapitar a ocho hombres que dice son musulmanes chiíes. En Bogotá, los narcotraficantes colombianos Carlos Mario Jiménez (alias Macaco) y los hermanos Miguel Ángel y Víctor Manuel Mejía Munera (Los Mellizos), financiaron las fiestas con prostitutas de los agentes de la DEA. “Estos seis meses para nosotros han sido de tortura, de dolor, de sufrimiento”, dijo Melitón Ortega, tío de uno de los 43 normalistas desaparecidos, en una manifestación frente al Instituto Nacional Electoral (INE), resguardado por un equipo de policías antimotines. Padres de normalistas de Ayotzinapa exigen que se suspendan las elecciones; conmemoran con marchas seis meses de la desaparición de los 43 estudiantes.

Ya regresamos al vaso con agua frente a tu PC o TV con las noticias. Tómate toda el agua como yo lo hice la primera vez. Recuerdo que cuando terminé de beber ya estaba la noticia de Donato Villegas, el primer sonámbulo que cruzó la frontera con Estados Unidos. Mientras yo me secaba los labios mojados, veía cómo La Migra golpeaba al paisano; veía cómo sus ojos dormidos, de tan hinchados, parecían a punto de estallar. Luego se abrieron con tanto golpe, parecían dos bocas de niño. Me pregunto qué estaría soñando ese paisano.

Ahora, espera a ver los sueños que tendrás esta noche y que recordarás siempre. Quizá no veas nada, significará

que estás a salvo por el momento. Si no es así, el hombre calvo y pálido, de ojos como túneles gemelos sin fin, aparecerá en tus sueños y sabrás que no es la primera vez, comenzarás a recordar sus visitas anteriores; te descubrirás como uno más de nosotros; quizá recuerdes algunos códigos numéricos, resultados de los cálculos que ha hecho tu mente, y entonces tal vez tu ayuda pueda arrojar un poco de luz a esta desgraciada granja de cerebros soñadores de la que muchos formamos parte. Ora por mí, te lo ruego, y que Dios te bendiga.

Cuántica de la ausencia

 Aniela Rodríguez

*We need not destroy the past: it is gone;
At any moment it might reappear and seem to be and
be the present*
–John Cage

Nunca lo habría abandonado, Doc. Habría tenido el valor para quedarme y decirle que no pasaba nada, que al final de cuentas el futuro es como cualquier pedazo de pan viejo. Nunca he sido una mosca muerta, como usted piensa, de aquellas que se quedan viéndose las manos y luego plop, se les va la vida en nada. Cuando Marty se subió por última vez al DeLorean no supe ni qué hacer porque sabía que nuestros días estaban contados, que tendría que mentirle para saber cuánto tiempo había pasado desde la última vez que nos vimos. No tendría el valor para quedarme con él de no haber sabido lo que me esperaba a su lado.

Recuerdo a Marty sentado en la última banca del parque, esperando a que llegara con los brazos abiertos para contarle que ya no me importaba, que siguiera dándole vueltas al pasado mientras pudiera. Pero no estaba lista para tanta mierda, Doc. Recuerdo que me apretó las manos y me dijo «No dejes que te alcance el futuro, Jennifer». De poco sirvió porque me enamoré del niño de preparatoria

que terminó dejándome por un asiento de automóvil. Ya no tenía nada que decirme y se alejó con Einstein a los pies. Cada día estaba más flaco. Tropezó, aprovechó para acomodarse los pantalones que le quedaban casi a la altura del tobillo. Supuse que eran los únicos que le quedaban. Habría guardado poco de todos sus viajes, a lo sumo la bitácora y un segundo par de zapatos. ¿Cuánto tiempo llevaría viajando, Doc? ¿Haría sentido pensar en su edad, que ahora ya no funcionaba en el mundo de los mortales? Lo que realmente temía era el destino de su perro porque Marty no lo había acompañado. Marty se quedó atrapado en el, ¿cómo se llama?, ¡limbo!, entre nuestro tiempo y el suyo, uno que no existe por más que se busque en esas horribles ecuaciones. De ahí uno ya no sale, se lo digo yo, que llevo viviendo el mismo sueño miles de noches. También le tengo miedo a la muerte. Por eso cuando me dijo que iba a volver y a recuperar lo nuestro no le creí. Vete a donde quieras, le dije, pero déjame en paz, y ese mismo día tomó las llaves y se fue en el DeLorean, quién sabe cuántas veces, para volver el tiempo hasta el día en que fuéramos felices.

Sabía que dejarlo era casi como dejarme a mí misma, Doc. Yo, que hasta había olvidado quitarme el anillo, terminé por darme cuenta de la horrible marca que me dejó en el dedo. Me acojoné como nos acojonamos las mujeres de repente cuando nos parten las ilusiones en trozos. Tuve miedo y por eso vine, pensando que Marty se había quedado flotando para siempre en un tiempo que no le perte-

nece. Vaya lío. Por eso no lo he abandonado. No me malinterprete, Doc. No es que esté dejando a mi marido, es que Marty ya lo ha hecho antes.

*

Jennifer abandonó la casa de Emmett Brown con la esperanza de volverse hormiga, fruta o cualquier otra cosa que la dejara inconsciente. Por lo menos un animal minúsculo, libre de la cochina culpa de ser la esposa de un loco. A medio camino se le enganchó la falda a las ruedas de la valija y maldijo su suerte. Ni siquiera para eso tenía gracia. ¿Qué era el futuro a fin de cuentas? ¿Una piedra en el zapato? ¿La suerte de romper sus medias con la maleta? Miró al cielo. El tráfico tenía de fondo una de esas canciones sin importancia, de las que pasan a mediodía en estaciones de radio que ya nadie escucha, que quizá no existen, porque Marty las ha borrado en uno de sus viajes. Quién sabe. A lo mejor así se siente envejecer y uno prefiere hacerse de la vista gorda, contar las perlas de la virgen o resolver sudokus cada mañana con el desayuno. Jennifer no sabía lo que estaba haciendo, pero recordaba que Marty una mañana había encendido la máquina mientras ella tenía los ojos cerrados. Recordaba, también, el día en que él le había prometido una casa y dos hijos, no la fiesta de compensación que les quedaba por matrimonio. Eso no es vida, carajo, no es nada.

*

Déjelo, Doc ya no importa. Volverá en silencio algún día, cuando recuerde cada bucle que ha abierto, cada McFly que se ha quedado a vivir su futuro y en fin, ha terminado por joder su pasado. No pasa nada. Él sabrá regresar como lo ha hecho antes. Volverá y estará seguro de que Einstein lo espera con la pelota entre los dientes. Lo irá a buscar, Doc, ¿encontrará su casa? ¿Terminará un día con este juego?

Imagínese: Marty baja del DeLorean en un tiempo cualquiera que podría ser el decisivo. Siente en el fondo del saco la carta que yo le di en el pasado, esperando que esta vez sí la abra y entienda lo que dice. Que vaya directo, pues. Marty está aterrorizado, estoy segura, porque cree que esta vez será capaz de dar en el blanco y reparar todos sus errores. Se equivoca, Doc. Un error de cálculo lo habrá condenado a vivir para siempre en los recuerdos. Una vez más, como todas las noches, será cuidadoso y no abrirá el sobre que dice que lo estoy abandonando, creyendo que así podrá evitarlo todo y darle vuelta a la página. No lo entiende, Doc, las cosas no funcionan de esa forma, si todo fuera como quitarle un tornillo, si el tiempo viniera con un contrato de términos y condiciones, si se pudiera volver a casa con sólo desearlo muy fuerte. Mírelo, Doc. Ya no le queda nada.

*

Marty baja de un salto. Da un tremendo golpe que despierta a Einstein y lo obliga a ponerse en pie. Otra vez ha amanecido en el DeLorean, esperando corregir, como

todas las noches, el error que echó a perder su matrimonio. Siempre es lo mismo: encender el auto, echar a andar el condensador de flujo, ingresar la fecha, esperar. Volver al pasado para acabar con esa mierda del futuro. Deshacer el tiempo. Recomenzar.

Marty saca de su bolsillo un puñado de uvas pasas que mastica frenético. Sabe que tendrá que cambiar el rumbo de su pasado. Es la regla. Uno lo sabe porque cada vez que regresa hay cosas distintas. Un día vives en Beverly Hills y al otro estás fumando marihuana en el estacionamiento de un banco. Así de sencillo. Marty está de frente a la casa en la que pasó largos días con Jennifer, la chica de la que se enamoró jugando al científico. No ha cambiado mucho. Toma las llaves, llama a Einstein y lo invita a entrar en casa. No hay nadie, el cálculo ha salido de maravilla. De la cómoda saca un libro donde Jennifer esconde la carta de despedida que ha recibido en tantas ocasiones. La guarda en el bolsillo, aunque bien sabe que será inútil. Ha rescatado ya más de una veintena de cartas donde su mujer comienza siempre con la misma frase: «Marty, yo nunca te habría abandonado».

*

«Yo jamás lo habría abandonado, Doc», dijo Jennifer. Brown escuchó con calma y la dejó irse en silencio. Suficiente tenía con estar atrapada entre fechas impronunciables y cartas de abandono escritas mil veces. Por los pasillos la vio

arrastrar la maleta. Escuchó también el despegue del DeLo-
rean, a McFly haciendo ignición para perderse, como todos los
días, en ese enorme laberinto que a veces llamamos futuro.

International Super Star Soccer

Cástulo Aceves

La emoción en el estadio no se compara a la euforia de Rafael, que espera a que ella aparezca para verla desnuda de nuevo. El lugar se ha ido llenando desde temprano, a pesar de que la final es hasta el mediodía. Se ven familias, porras desayunando, hombres tomando cerveza en su asiento. Para él todo ese ambiente es casi incomprensible. ¿Qué le ven a un grupo de hombres corriendo tras una pelota todo el tiempo? Se sonríe al pensar que está allí por otros motivos.

La vio por primera vez hace dos semanas. Era el partido de cuartos de final. Había ido al estadio a la fuerza, como siempre, obligado por su padre. El equipo de su ciudad tenía que remontar un marcador de tres goles. Deben ganar por más de tres, le explicó aquella vez su hermano. Faltaban quince minutos para el final, el equipo iba cero a cero. Parecía que era la despedida de los locales: no pasaban de media cancha, y si lo hacían, sus tiros y remates provocaban los abucheos de los desesperados asistentes. Rafael simplemente estaba sentado, esquivando la cerveza que caía cuando los espectadores de alrededor brincaban del asiento.

Entonces ella apareció. De la desesperación en el ambiente se pasó a expresiones de asombro. Por la banda

derecha, cerca de la portería local, entraba corriendo una mujer. Se quitó la playera, la arrojó al suelo. Los jugadores en esa área se detuvieron para verla, se quitó la falda de un movimiento. El árbitro dejó su actividad, se quedó paralizado. Ella iba llegando a media cancha, deteniéndose sólo para quitarse los calzones y dejarlos en el centro del campo. Los únicos que no se daban cuenta de lo que ocurría eran el portero enemigo y el delantero local. La mujer ya se despojaba de su brasier. Un tiro, lanzada tremenda del arquero, rebote de la pelota que queda suelta y, ante una mirada atónita de ambos, una chica desnuda toma el balón, lo besa y lo arroja con ambas manos a la portería. Se levantó un estruendo general, chiflidos, gritos, varios policías persiguiendo a la gacela nudista, tratando de taparla con una bandera.

Rafael estaba perdido en el cuerpo fino y delgadísimo de la mujer. Hasta ahora sólo había visto desnudos en las revistas de su hermano. Cuando la atraparon, ella salió con la cabeza en alto, sonriendo al público, aprovechando los descuidos de los acompañantes para jalinear la bandera y dejar ver sus nalgas antes de entrar al túnel que lleva a vestidores. A partir de allí su equipo hizo los tres goles, voltereta al partido en un tiempo récord. Sin embargo, más que de la hazaña, de lo único que se hablaba era de la chica: Erika Roe.

Inicia el segundo partido de la final con un aplauso de los asistentes. El equipo en esta ocasión consiguió un empate a cero en el partido de ida, por lo que debe ganar por la mínima diferencia. Para Rafael la expectación en las tribunas no

se compara con su propio nerviosismo. Él sabe que posiblemente Erika volverá a aparecer. Dado el escándalo de hace quince días la vigilancia se ha redoblado. Él confía en que la chica burlará el cerco y de nuevo romperá el curso normal del partido. A los cinco minutos de empezado el encuentro el equipo local ya pierde por un gol. La tristeza vuelve a reflejarse en los miles de asistentes. Una sonrisa se le dibuja al chico, entre más alterado esté el público, mayor es la hazaña de un exhibicionista salteador. El padre y el hermano de Rafael se extrañan ante la emoción del chico, de ser el único en la familia que no se interesaba en el fútbol ahora ha sido el más persistente en conseguir boletos para el encuentro.

Las imágenes de Erika Roe inundaban las publicaciones locales, a veces sin censurar, en ocasiones con grandes cuadros tapando pechos y entrepierna. Rafael iba recolectando todas en secreto. La chica tenía un cuerpo de adolescente que contrastaba con su rostro adusto como de bibliotecaria. El joven empezó a buscarla con la única herramienta a su alcance, pero el Internet no hacía más que mandarlo a páginas pornográficas donde las fotos de la chica ya eran parte del repertorio. Pasó la semana investigando, lo único que encontró fue un comentario respecto a un supuesto club: la Sociedad de Nudistas y Exhibicionistas Salteadores.

Asistió al partido de semifinales ante la sonrisa dubitativa de su padre. En ese encuentro el equipo local pasó con facilidad a la final. Lograron una goleada que mantuvo gritando y abrazándose a los aficionados. Rafael estaba hecho

un ovillo en su asiento, ella no volvió a correr desnuda por la cancha. Su padre casi lo abofeteó al creer que esa actitud de tristeza era porque ya se había vuelto aficionado del equipo perdedor. Al día siguiente el chico ya estaba de nuevo investigando entre los chats, grupos de discusión y páginas de nudistas. Por fin, en la noche del miércoles, mientras los locales conseguían el empate en el juego de ida de la final, alguien contestó a su pregunta: Sí, Erika es parte de la Sociedad. Quiero entrar, dijo Rafael, a lo que siguió una extensa espera antes de la respuesta: Taberna Andy Capps, a las 21:00 hrs, mañana. El chico apuntó el dato, pensando en cómo conseguir la dirección del lugar y, sobre todo, cómo asistir a pesar de no tener permiso de llegar tan tarde.

El equipo local intenta arribar al marco, un tiro por la banda que no llega a la cabeza del atacante. El defensa manda un globo que aterriza en los pies de su delantero. Éste emprende la carrera por el centro, dejando atrás a los jugadores de la zaga. Está solo contra el portero, hace un recorte y el balón entra junto al poste izquierdo. Los pocos asistentes en el estadio que visten los colores del equipo que va ganando lo celebran. Los demás, miles de personas, guardan silencio al ver que su equipo se va al descanso del primer tiempo con un marcador de dos goles abajo. El papá de Rafael está inmóvil, al igual que su hermano, todos en la segunda fila por insistencia del chico. La posición habitual del grupo era al inicio de la segunda tanda de asientos, a unos quince metros de altura y desde donde, según la creencia familiar, se podían

observar mejor las jugadas. Es que así podremos ver todo de cerca, dijo como argumento Rafael y ninguno se animó a debatirlo, ya era mucha sorpresa que quisiera asistir. Faltan cuarenta y cinco minutos y el muchacho está cada vez más seguro de que volverá a ver a Erika.

Decidió escaparse, sabía lo poco probable que era conseguir un permiso para salir, en jueves por la noche, a un bar y sin hora de llegada. Pretextando un examen se acostó temprano, salió por la ventana poco después de las ocho. Llegó cinco minutos antes de la hora fijada. El lugar era una taberna sin muchas pretensiones: cuadros viejos colgados, una barra sin gente y una mesa de billar con un foco demasiado amarillo colgando encima. Se sentó cerca del rincón y pidió una cerveza, aun con el temor de que pidieran su identificación y decidieran correrlo del lugar. Por el contrario, el único empleado del lugar le llevó la bebida sin decir una palabra. Se veían muy pocas personas, se empezaba a preguntar si era el lugar correcto. Entonces notó que, aunque había estado llegando gente, ninguna estaba en la única habitación del establecimiento. Fue cuando la chica, Erika Roe, ahora vestida, con gafas y el pelo amarrado en un estilo muy anticuado, cruzó la puerta.

Ella pasó de largo las mesas, se metió a un pasillo junto a la barra. Rafael se levantó a seguirla. En el lugar donde la perdió de vista sólo había un pequeño cuarto con una vieja máquina tragamonedas. Un sonido repetitivo y desgastado surgía del aparato. Al acercarse, Rafael descubrió que el lado

izquierdo del artefacto era una puerta. Entró a una habitación con sillas en semicírculo y un estrado en medio. Había casi veinte personas. Unos hombres de aspecto robusto se le quedaron mirando hasta que decidió sentarse, justo a la derecha de Erika. Antes de que él dijera una palabra a la chica, un sujeto de baja estatura subió al estrado y dio inicio a la sesión. Un himno, recordatorios, la repetición de las reglas de la Sociedad, y por último, después de casi una hora, un reconocimiento a la socia Roe. Cuando el chico estaba a punto de animarse a hablarle, el dirigente dio inicio a lo que él llamó la ceremonia esperada: todos los asistentes comenzaron a desnudarse.

Al darse cuenta de lo que pasaba, Rafael sintió vergüenza. Intentó salir sin que lo notaran cuando el cuerpo desnudo de la chica, a menos de un metro de él, lo hizo paralizarse. Los hombros delicados, la línea de la columna hasta perderse en medio de las nalgas blanquísimas, las piernas estilizadas. En su arrobamiento no se dio cuenta que los demás, ya desnudos, notaban su presencia por el hecho de aún estar vestido. Los sujetos enormes que vio a la entrada, peludos y marcados de músculo por lo que pudo observar ahora, lo sujetaron y subieron al estrado. Todos hablaron al mismo tiempo, unos acusándolo de espía, de reportero, de policía. Antes de darse cuenta era empujado al grupo, entre todos y a base de jalones empezaron a desvestirlo. No pudo defenderse. Lo último que distinguió fue que Erika se acercó y, agachándose apenas, lo dejó sin trusa. En ese momen-

to sintió más pena de la que nunca había sentido, y al mismo tiempo, una excitación como nunca había percibido al encerrarse en el baño con las revistas. Un golpe lo dejó inconsciente. Despertó desnudo en el basurero junto al bar. El regreso a casa fue una pesadilla, apenas creyó posible que nadie en su familia se diera cuenta.

Faltan sólo diez minutos para que termine la final. El equipo local había logrado un tanto al iniciar el segundo tiempo, lo que reanimó a la multitud pero deprimió a Rafael. Casi media hora ha pasado y de la esperanza se pasa a la desesperación: los locales no sólo no se acercan al marco rival, sino que ya han sido dos veces que casi reciben el gol que los mata. La tensión de la gente se refleja en un silencio que pareciera tener consistencia. Se escuchan los golpes al balón. El chico está desesperado por verla. Su hermano le da una palmada en el hombro, ¿Ojalá se repitiera lo de hace dos semanas verdad? Rafael lo voltea a ver a los ojos, en su rostro se pinta una sonrisa.

El joven se lanza hacia delante, pasa entre los espectadores de primera fila y de un salto llega a la cancha. Los policías no lo ven hasta que es muy tarde, ya llega a medio campo y sólo le faltan los calzoncillos. Al llegar justo al centro se queda totalmente desnudo. El público emite gritos, abucheos y porras. En ese momento el joven piensa en su padre, en la tunda, en el hecho de estar totalmente desnudo frente a miles de personas. El miedo puede más que la excitación que le corría por las venas. Se queda paralizado. Vol-

tea hacia la primera fila frente a él. Distingue a una Erika Roe sonriente, aplaudiéndole. Rafael levanta el brazo en forma de saludo, justo antes de recibir los cuerpos de ocho policías que, mostrándose más fanáticos del rugby que del soccer, se arrojan sobre él.

Aquelarre

 **Valentín Chantaca González**

El cadáver del palomo cayó en el parque y rodó algunos metros hasta quedar inmóvil en el pasto. Al parecer, había muerto por causas naturales en pleno vuelo. De su pico abierto emanó la inconfundible pestilencia de la muerte, a pesar de que el ave había expirado tan sólo unos momentos antes. Su cuerpo era tan rechoncho que resultaba aterrador, además de que estaba cubierto por colonias de distintos parásitos, que escaparon al detectar que su huésped había exhalado el último de los alientos. A lo lejos, el cadáver parecía un bulto más, otro cúmulo de suciedad desechado en una de las zonas más agitadas y ruidosas de la ciudad. Una zona de comercio y de turismo: el Centro.

La escena era repugnante y conmovedora. Cotidiana y demencial, todo al mismo tiempo. Hacía calor, a pesar de que las campanadas de la iglesia habían anunciado la medianoche. Las calles vacías y temblorosas. El aroma de la carne fresca, imperceptible para los sentidos de los seres humanos, era arrastrado por las ráfagas del viento nocturno, despertando a los gatos de los callejones aledaños con la promesa de una cena succulenta. Aún se tomaron algunos momentos para acicalarse el pelaje y estirar sus largas colas. Uno tras otro, los hambrientos felinos rodearon el cadáver del palomo y encendieron un fuego a unos pasos de distancia.

Dos mininos muy viejos, cubiertos con capuchas por las que sobresalían hileras de blancos bigotes, se aproximaron a la luz tenue de las llamas y se dirigieron a la feligresía:

—¡Hijos míos! —dijeron los oscuros clérigos—, agradezcamos el regalo de la Parca que viene a complacer nuestras barrigas.

El fastuoso llamado fue bien recibido por la congregación. Un coro de agudos maullidos se alzó en respuesta. Los ojos de decenas de gatos perdieron sus apacibles verdes, azules o grises, y se inyectaron de un intenso carmesí. Los dirigentes del rito pronunciaron oraciones en una lengua incomprensible para el hombre, que eran replicadas al unísono por los discípulos. Algunos de los gatitos más pequeños gritaban emocionados y eran levantados en hombros por sus padres, al tiempo que agitaban sus garritas con creciente entusiasmo.

Un diminuto brasero fue colocado sobre la lumbre. Estaba apoyado sobre una ingeniosa estructura, que había sido confeccionada por patas artesanas con las ramas caídas de un árbol. En instantes, el metal adquirió el color ansioso de las llamas. Los encapuchados descubrieron sus rostros, revelando deformes hocicos marcados por el tiempo y por incontables cicatrices, que parecían aún más terribles bajo el crepitante efecto del claroscuro. La letanía se intensificó en violencia y velocidad, más fuerte y más rápido. Sobre el tejado de un edificio contiguo, un gato negro percutía un ritmo salvaje usando un pequeño tambor forrado con pieles de ardillas.

De repente, las oraciones, los cantos y los estruendos se detuvieron por completo. Las miradas de aquellos felinos, capaces de atravesar la oscuridad y de percibir la barrera entre las dimensiones, se posaron sobre una hermosa gatita blanca que se contoneaba hacia el núcleo de la ceremonia. Su andar era lento y rígido, casi autómatas.

—¡Hijitos, la virgen está entre nosotros! —gritaron los sombríos chamanes para deleite de la muchedumbre. Fue en este punto cuando los felinos adultos mandaron a los gatitos a dormir. Aun así, algunos pequeños permanecieron ocultos y espionaron desde los arbustos cercanos.

Un trío de fornidos gatos siameses empujó una roca pesada y plana hacia la parte central del grupo. Un altar. La virgen tomó su lugar de manera maquinal. Su mirada, nublada y ausente, estaba fija en el cielo. Parecía afectada por algún tipo de trance que entumecía su entendimiento. Tal vez era lo mejor, lo más compasivo. La gatita ni siquiera se percató cuando uno de los encapuchados extrajo una daga minúscula y resplandeciente de la manga. Se trataba del gato más viejo y bigotudo de todos los presentes, quien también fungía como Alto Sacerdote de la Orden. Se acercó al altar con pasos siempre sigilosos. La multitud contuvo la respiración. Luego, en un *¡plam!*, la daga se clavó en la garganta de la doncella. La sangre de su corazón juvenil borboteó a través de la yugular expuesta, derramándose sobre el cuerpo inerte del palomo, que había sido colocado justo abajo. Después, los musculosos siameses retiraron el

cuerpo de la gatita y lo arrojaron a un terreno baldío, donde fue asediado rápidamente por cucarachas, ratas y otras especies de alimañas. Nunca más se supo nada de ella.

El sumo sacerdote limpió el filo del cuchillo con su túnica y se aseguró de purificar el metal manchado con su lengua porosa. Aquellos que habían encontrado sitio en las filas inmediatas fueron empapados por chorros de sangre, proyectados desde la herida abierta en el cuello del sacrificio. En un instante, todos los congregados fueron consumidos por la locura del rito. Algunos peleaban con garras y colmillos. Otros fornicaban. Unos bailaban cerca del fuego, mientras que otros perdían el juicio con bebidas embriagantes.

Poco a poco, el fulgor de la hoguera desapareció, provocando la desbandada de miles de sombras que poblarían las pesadillas de los vecinos del Centro durante las noches venideras.

Tan sólo el cuarto menguante de la luna brillaba en las alturas. El amanecer no tardaría en llegar, pero los gatos no tenían prisa. Intentaban prolongar su deleite hasta los confines del tiempo y escapar de las ociosas costumbres de la rutina gatuna. Los recién iniciados, aquellos que asistían al ritual por primera vez, observaban todo desde una distancia prudente. Al principio se mostraron inquietos, sin atreverse a participar. Pensaban: «Aquí está él...Aquí está ella. Los conozco y me conocen. Mañana tendré que verlos y disimular que nada de esto ha pasado. Pues al diablo, si es que nada importa». Entonces se unían a la bacanal. Así ocurría siempre en el aquelarre.

Los sacerdotes se incorporaron de entre la pegajosa multitud y anunciaron con cavernosos clamores:

—¡Ahora inicia el festín!

La insaciable daga apareció una vez más y alargó una profunda herida en la barriga abultada del cadáver. El corte salpicó el saco de las tripas sobre la tierra. Los mininos más jóvenes, incapaces de resistir la tentación, salieron de sus escondrijos y volvieron al lado de sus padres, que ni siquiera reprocharon. El hígado, los riñones y el corazón del palomo fueron ingeridos por los gatitos, que se relamían los bigotes entre grandes bostezos. Las carnes más exóticas, aunque menos abundantes, fueron reservadas para los adultos. Comieron hasta sentir náuseas. El cerebro y los ojos fueron devorados por los chamanes como recompensa por sus servicios. Como si se tratara de un milagro, la carne fue suficiente para satisfacer a todos los feligreses. Los gatos se acurrucaron alrededor de las últimas ascuas prendidas y comenzaron a ronronear.

El cielo se iluminaba con el inminente ascenso del sol. Los felinos dormían con párpados pesados y estómagos llenos. Los primeros peatones del día hacían resonar sus pasos sobre las aceras.

Sin advertencia, una tormenta de escobazos descendió sobre la impía congregación. Los aturdidos gatos se dispersaron en todas direcciones. Antes de perderse en los callejones aledaños, los viejos sacerdotes juraron venganza en

contra de la barrendera que había interrumpido su descanso. Incluso maldijeron a sus descendientes con maleficios milenarios, que se habían transmitido de generación en generación desde que los gatos hechiceros salieron de Egipto. La mujer observó con extrañeza a ese par de mininos, que maullaban como si se dirigieran a ella para discutir algún asunto de importancia. La barrendera rio un poco y se dio media vuelta. Bastaron algunos segundos para limpiar el desorden por completo. No quedó ni rastro de la hoguera, el altar o el brasero. Antes de seguir con su labor en la siguiente sección del parque, la mujer levantó el cuerpo mutilado del palomo y lo arrojó al gran tambo de basura que empujaba sobre ruedas.

—Malvados gatos —dijo la mujer en voz alta, como si alguien la escuchara—. Tanto alboroto por una pinche paloma.

Cenicero

 **Joserra Ortiz**

It began with a Kiss. It almost always begins with a kiss.

Etgar Keret, *Unzipping*

Algunas veces, cuando quiero recordar a Holley, siempre evoco el sabor de su saliva en uno de nuestros últimos besos. A las cinco de la mañana de aquél sábado distante, la humedad de su boca mantenía un dejo de cerveza con cigarrro, vodka y Red Bull. Podría decir que sabía a fiesta de bodega con música electrónica, o al punchis punchis que en la libertad del verano se vestía de collares fluorescentes y pintalabios azul; pero como el tiempo cambia todas las perspectivas, hoy diré mejor que sabía a cenicero.

Ignoraba entonces que nada dura para siempre. Al besarla esa vez, creí que me arrojaba a un mundo que comenzaría a suceder sin detenerse y, después, en el siguiente instante, entendí que en realidad empezaba a clausurarse a pesar de que el beso sabía al inicio de la vida, al protozooario que saldría del mar a conquistar la tierra. ¿Cómo intuir que sería de otra manera? Si eso nos habíamos dicho con la mirada, abrazados al alba de esa mañana fresca y húmeda afuera de los separos de la policía municipal donde Martín el abogado pagaba la fianza de Ariel y Pedrito. Habían roto el candado de un Modelorama en la

Balcones del Valle, allá por casa de Pepe, y la tira los tenía guardados junto al fruto de su hazaña: dos cartones de Modelo especial al tiempo, tres paquetes de Marlboro, unos cacahuates. Gran cosa.

Dos horas antes, Memo llegó corriendo al rave gritando que los habían apañado. “¿A quién, de qué hablas?”. “Al Pedro, wey, y a la Ariel”. “Por qué, ¿qué dices?”. Entre su respiración agitada y la música estridente de DJ Wizz no lograba entender bien. “Vamos afuera”. La anécdota era tonta y sencilla, pero nos pareció lo más grave del mundo: Pedro y Ariel se habían quedado sin chupe y se les hizo fácil botar el candado del Modelorama para sacar provisiones justo en el momento en que la patrulla hacía su ronda por el barrio. Ariel llamó a Memo porque era el único de nosotros que tenía celular y no quería que sus papás se enteraran. Entonces Memo fue a buscarme a la fiesta en la que estaba con Holley para saber si yo tenía el teléfono de Martín el abogado, nuestro profesor de ciencias sociales en la prepa. “Eh, ya sé que te vas a enca-bronar, que me dijiste que hoy no te molestara porque querías estar solo con la Holley, llevártela al motel, pero... wey, no mames, neta es una emergencia”.

“Ya Memo, tranqui. Respira, qué pedo dices cabrón”.

“¡El número del Martín, wey! ¿Lo tienes? ¿No te acuerdas... este... no te acuerdas que al principio del año dijo que cualquier pedo le llamáramos para sacarnos del bote? Eso dijo”.

“Pero ya es verano, wey, estamos de vacaciones”.

“De todos modos, carnal, chicle y pega”.

Durante el año escolar recién terminado yo había sido tesorero de la sociedad de alumnos, así que tenía los datos de todos los profesores en una pequeña agenda que guardaba en la cartera. Buscamos un teléfono público. “Háblale tú”. “Ni vergas wey, dile tú, a ti te estima un buen”. “No, tú wey, a ti te habló Ariel”. “Sí, pero qué pena”. Harta de la ridícula discusión, Holley cogió el teléfono y después de dos intentos pudo comunicarse. “¿Señor Martín?... Hola señor, soy Holley... sí, la chica americana... sí, sigo aquí... no, ya pronto me voy... sí, muy bien mi español, gracias”. Cinco minutos después y tras las explicaciones, palabras más, palabras menos, el profe quedó de vernos afuera de los separos en media hora. Nosotros llegamos ahí en quince minutos, no estábamos tan lejos. Me estacioné cerca de la entrada, vigilando la puerta para ver llegar al profe. No queríamos entrar a la comandancia, apostábamos a fiesta.

“Wey, pinche Pedro pendejo”, dijo Memo tirado en el asiento de atrás. Fumaba un Raleigh. “Cabrón, ya te dije que no fumes en el carro”. “Bofo cabrón, déjame en paz, ¡estoy nervioso!”. “Wey, ni que el pedo fuera tuyo. Que se me hace, neta, que se me hace que todavía te gusta la Ariel”. “Órale pendejo, claro que no, ni que fuera tú y Karlita la nalgona”. No me gustó escuchar eso frente a Holley, ella no sabía de mis exnovias. Salí del carro dando un portazo.

“¡Ora! Qué te pasa baboso”.

“¡Ya, cálmense!”, dijo Holley bajándose también, “cuidado con la policía”.

Memo también bajó. Había llegado Martín el abogado y decidió acompañarlo.

“Orita vengo chavos, ya, todo tranquilo”. Se alejó, dejándonos solos, sentados sobre el cofre de mi auto.

“Perdón Holley, es que... estoy muy nervioso”.

“¿Por tus amigos?”.

Guardé silencio. En realidad, estaba confiado en que Pedro y Ariel saldrían bien librados. Martín el abogado los ayudaría y, si no podía hacerlo, el papá de cualquiera de ellos dos pagaría la fianza fácilmente. Pensaba sobre todo en el de Ariel, porque conocía bien a ese señor: era uno de los socios del club con los que mi papá jugaba squash todos los fines de semana. Tenía una fábrica de plásticos en la zona industrial, Audi del año, casa en el Campestre. Su dinero compraría la libertad de su hija y el silencio de la policía, el del dueño del Modelorama y el de la prensa. Así que no, no estaba angustiado ni por Pedro ni por Ariel. Estaba nervioso por Holley, ¿pero cómo decirle? ¿Cómo explicarle que con el fin del año escolar y el avance del verano, cada día estaba más cercana su partida y regresaría a ese mundo donde yo no existía? ¡Lo habíamos pasado tan bien todo este tiempo! Con ella había descubierto tantas cosas y, sobre todo, en su compañía despertaron los sentimientos y las formas que me alejaron prematuramente y para siempre de la adolescencia, dándome la seguridad para plantarme en el mundo. La quería o la amaba, eso sí no lo entendía, pero por suerte siempre se lo había

dicho en inglés y en ese idioma la misma palabra vale para expresar ambas cosas.

“No... it ain't that, Honey bunny”.

“What is it, then?”.

“I don't know. I'm stupid. Sorry”.

“Hey, look at me. Pedro and Ariel are gonna be fine, you know that, right? It's not like they killed anyone... they just broke into some store to get a couple of beers! Even if their parents find out about it no les va a pasar nada. You know Ariel's mom, she's gonna be all like fuck that shit! Están chavos, se les hizo fácil”.

Me gustaba cuando decía esa frase hecha y tonta, sencilla y que, sí, la mamá de Ariel nos había enseñado a utilizar como pretexto para regalarnos cerveza, dejarnos fumar mota en su jardín o validar cualquier pendejada que estuviéramos dispuestos a hacer. Por eso le pedí que lo dijera de nuevo. “Fuck that shit. Estamos chavos. Se nos hizo fácil”. Reímos. La tomé de la cintura y le planté un breve beso en la mejilla. Le sobé los hombros, la espalda.

“You know I love you like crazy... te voy a extrañar un chingo”.

“I know”, un beso en la frente. “I do too”, otro. “I will too”, uno más. “Pero todavía no me voy, que quedan unas semanas. No te azotes, please”.

“¿De verdad te tienes que ir?, ojalá pudiéramos escaparnos”.

“Shut it... ya, mejor disfrutemos el ahora. Mira, ahí vienen los vatos”.

Después de que nos contaron cómo se había arreglado todo, Holley y yo nos echamos de espalda sobre el cofre, viendo el cielo que se abría. Empezaba a clarear y el cielo estaba tan limpio que al fondo ya se anunciaban los cerros. Los primeros cantos de las aves ahuyentaban la modorra y la gringa se veía guapísima. Estábamos cansados, bostezábamos el desvelo y el bajón de adrenalina nos había llegado ahora que todo estaba tranquilo y arreglado; nuestros papás nunca se enterarían, promesa de Martín el abogado, siempre y cuando cumpliéramos en pagarle el dinero de la fianza y las molestias, poco a poco y entre todos.

Entonces miré a Holley fijamente a los ojos. Buscó mi mano y se la di. “¿Estás bien?”, me preguntó. “Nunca he estado mejor”, le dije. La atraje contra mi cuerpo. Ella se dejó abrazar. En las escalinatas de los separos nos miraban algunos policías. Martín el abogado se había ido. Pedro, Ariel y Memo bebían café recargados en la pared. La besé tiernamente, primero, apretando bien su cintura, cerrando los ojos y después, cuando mi lengua recorrió el rocío de cerveza y vodka de su boca con más devoción que otra cosa, me hubiera gustado que los policías y nuestros amigos rompieran a aplaudir, dando vítores y abrazándose entre ellos; sentía que ese beso podía ser el definitivo, el momento en que el tiempo se detenía para siempre porque comenzaban a correr los créditos de la película en

la que Holley, por fin, después de aquella noche, comprendía que lo nuestro era un amor para siempre y tomaría la decisión de quedarse conmigo, en San Luis Potosí, tan lejos, pero tan lejos de Kansas.

“Eh, ¿no quieren ir por tacos?”, preguntó Holley justo al separar su boca de la mía, sonriendo. “Vamos a esos que nos llevó Ariel la otra vez. I'm buying”.

Cama de rosas

 Nylsa Martínez

Me llamo Maritza. Bueno, más bien así me gusta que me llamen; es mi nombre profesional. Hago esta entrevista porque Bruno es un buen amigo y no solamente mío, también de otras que andan por aquí. ¿Cómo me veo?, ¿aquí estoy bien? Es que bueno, una siempre es muy vanidosa. Todas lo somos. ¿Qué te puedo decir?, ¿por qué me dediqué a esto? La verdad ha sido por pura casualidad, yo nunca pensé que llegaría a ser artista, que tendría mi público, no, jamás se me hubiera ocurrido. Antes todo lo veía muy difícil para mí.

Yo llegué aquí en el noventa y cinco cuando los espacios no terminaban de abrirse, no como ahora que ya todo es más sencillo, a las nuevas ya no les toca pasar por lo que a nosotras y qué bueno. Aunque luego ya tampoco quieren ser profesionales y prepararse bien, creen que es muy fácil ponerse un vestido y una peluca y subirse al escenario. Esto no es así. Hay que aprender mucho, desde el mismo maquillaje, los gestos, cómo se mueve el artista. Ahora con todo lo que se puede ver en el Internet debería de servirles para hacerlo mejor. Qué hubiéramos dado nosotras por tener a la mano tanto. ¡Nombre!, era bien complicado conseguir los tapes de las cantantes. Había un *dealer* que

nos los conseguía, a eso se dedicaba, a grabar a los artistas en la tele. Y ahí andábamos todas peleándonos el material.

Pues te digo, llegué aquí y Los Ángeles no era nada de lo que ves ahora. Es que estás muy pequeño, ¿cuántos años tienes? Ves...eres un bebé. Yo comencé a trabajar en el Suite 69, ahora ya no existe, pero en aquel tiempo era el lugar al que todos iban. A mí me gustaba estar allí, el dueño nos trataba bien y controlaba a los clientes, nos trataba como artistas. Antes de llegar al Suite había pasado por otro donde después del show querían que la hiciera de puta y me dije, eso no, a mí me respetan. Y no digo que esté mal, si quieres o te gusta un cliente, pues está bien, pero no que te obliguen.

Aunque no lo creas, mi inspiración para esto fue Bon Jovi, ya sé que no parezco alguien con esos gustos, pero es que en aquel tiempo yo tenía...bueno, échale cuentas, él sonaba en la radio y yo todavía vivía en México. ¿De dónde soy? soy de Zapotlanejo, es un pueblo en Jalisco, hace tanto que no voy que ni lo voy a reconocer. Pues allí vivía con mi madre y un tío. Él se dedicaba a hacer *raites*, era chofer. Un día me dijo *¿por qué no me acompañas a llevar unas cosas a Mexicali?* Pues me fui con él. La parada que más recuerdo fue la que hicimos en Guadalajara y la recuerdo porque fue la primera vez que entraba a un table dance. Mi tío me dijo *vas a ver lo que es bueno*.

Nos sirvieron unas cervezas y nos pusimos a ver a las chicas. A mí me gustaba toda la rutina que ejecutaban y los vestuarios de algunas, aunque la verdad no dejaban mucho

a la imaginación. Lo que totalmente me sorprendió fue cuando salió al escenario una con la canción de *Bed of roses* de Bon Jovi, pero en su versión en español. Se fue desplazando lentamente. Traía una capa que la cubría totalmente. Cuando se la quitó, quedó en un liguero de muy buen gusto la verdad, esa chica mira que no pertenecía allí, estaba bien chula y su número lo hacía con clase. Mira que todavía me acuerdo... «Quiero teneeer tu amor entre vino y rosas, y olvidar por fin el doloooo de ayer, cerca de ti, ser tu nombre, ser tu sombra, tener tu amoooo, en tu cama de rosas.» ¡Uf! Se me hizo chinita la piel con la canción. Yo ya me la sabía pues la pasaban un montón en el radio, pero esa chica sí que la sabía interpretar.

Luego paramos en otro lugar en Los Mochis y también en Hermosillo. Era la misma cosa, en todos habían montado un número con la canción, pero ninguno como el primero. Yo escuchaba con mucha atención y me imaginaba a un hombre cantándomela bien cerquita, así, con todo y su acento extranjero, «I want to laaay you down on a bed of roses, for tonite I sleep on a bed on naaaails...oooh, I want to beee, just as close, as the holy ghost is, and laaay you down..., on bed of roses.»

Ahora me imagino porqué deseaba tanto mi tío que yo visitara esos lugares. Esa ruta la hacía mínimo una vez al mes, lo conocían bien, era cliente. Bueno, ya me fui muy lejos. Te digo, yo comencé porque cuando ya estaba acá, un día me dijo una amiga, *¿por qué no vas con Rafa y haces una*

prueba en donde él trabaja?, tienes el rostro bien bonito, yo te maquillo, te puedo hacer que te parezcas a Marisela. La verdad que me dije, Why not? No perdía nada y la verdad a mí sí me gustaba mucho cantar y vestirme y cuidarme. Estaba bien delgadita, ahora bueno... todavía no me pienso retirar pero en aquel tiempo, ¡ay amor!, se me hacía una cinturita que muchos me envidiaban.

Y así comenzó. Mis primeras interpretaciones fueron Marisela y Vikki Carr. Me encantaban los vestidos con lentejuelas. Cepillaba mis pelucas y les hacía peinados, así, con spray y toda la cosa. Mi maquillaje, no tienes idea. Me tocó tener todo una maestra: Regina Márquez. Verás que si sigues preguntando alguna te contará sobre ella. Su método consistía en maquillarte la mitad de la cara, decía, *Pon atención que luego tú harás la otra mitad.* Cuando uno terminaba de maquillarse la otra mitad si ésta no estaba bien, ella tomaba un trozo de algodón lleno de aceite y se te iba directamente a los ojos para arruinar el maquillaje. *Ve a lavarte la cara y hazlo de nuevo,* gritaba. Pero así aprendimos. No...ahora las nuevas no ponen atención en los detalles, creen que saben mucho, pero no duran, la gente sí reconoce, se da cuenta cuando hay calidad y cuando no.

Luego fui buscando otros personajes. Me gustaba hacer a Ángela Carrasco y aunque sé que no me le parecía tanto, yo me esforzaba mucho porque las canciones eran llegadoras. La verdad que toda esa época de mujeres que sí cantaban ya se acabó, ya no hay tantas como en ese tiempo. Yo

creo que por eso las seguimos haciendo y la gente viene al bar a verlas. Cantaba la de *Quererte a ti* o la de *Ahora o nunca*, «Ahora o nuncaaa, es la hora de recomenzar, ahora o nuncaaa, o te quedas o te vas.»

Sí, así fue. ¿Somos mejores que las que no se operan? No sé. Desde mi punto de vista es una decisión de tu persona. Yo me fui de mi pueblo porque sabía que allí nunca me dejarían en paz. Cuando llegué aquí, no se podía andar con tanta libertad diciendo, *Ey, a mí me gustan los hombres o quiero cambiar mi cuerpo al de una mujer*. Sin embargo, sí me encontré con gente más como yo, gente que me cuidó y me dio consejos. Las que hacen show transvestista deben hacerlo con compromiso, si se operan eso ya es cosa de cómo quieren vivir su vida. Yo me siento más cómoda así y me veo bien, ¿o tú qué opinas?

De lo que recuerdo es que muy al principio se me ocurrió presentar un número con la canción de *Cama de rosas*, era como una introducción a mi show. Lo hice un tiempo, en ocasiones usaba la versión en español, aunque la mayor de las veces en inglés, creo que sonaba mejor aunque casi ni le entendía. En el bar me daban muchas libertades, entonces ponían en medio del escenario una cama con un pequeño colchón de esponja. Tenía postes y de ellos colgaban telas transparentes en las que yo me enredaba. Caminaba lentamente por todo el escenario. Me encantaba lucir mis piernas. Sentía que estaba dentro de *Flashdance*, sí, de la *movie*. Mi performance era de verdad

muy bueno pero lástima que no pegó. Sólo buenos recuerdos me quedaron de esa canción.

No, la verdad hace mucho que no entro en un *table*, yo creo que años. Quién sabe qué canciones toquen ahora. Claro, no es lo mismo aquí que allá. Los *tables* que te cuento fueron en México. Pero mira que era una buena canción, si no la tienen programada la deberían de considerar de nuevo. Si no hubiera sido por ella, quién sabe qué estaría haciendo yo ahora, definitivamente no estaría aquí.

La destrucción y el orden

 Daniel Herrera

—Usted es escritor, ¿verdad?

Esteban volteó a ver al taxista. Apenas había saludado al subir, dio instrucciones y guardó silencio.

—¿Por qué lo dice?

—Pues por la ropa y la barba y los lentes. Aparte, trae varios libros en la mano.

Esteban se fastidió, no tenía ganas de platicar con un taxista. La situación le estaba absorbiendo la mente. No era para menos, en el trabajo despedían gente...

—Entonces, ¿es o no es escritor? —insistió el taxista.

—Trabajo en un periódico.

—Ah, entonces sí es escritor.

También estaba el problema de la niña, esa enfermedad no terminaba de largarse. Ya llevaba casi tres semanas en cama. En verdad, parecía que todo se iba a la mierda. Es decir: TODO SE IBA A LA MIERDA. Y luego, ahí estaba el problema con Sandra; ella creía que Esteban la engañaba. Pero no podía ser infiel, el trabajo lo agotaba, lo dejaba exhausto. Al final del día se echaba sobre el sofá a ver la televisión. Se sentía como un trapo viejo tirado en medio del sillón. Un trapo viejo y cansado. Así que era imposible buscar a otra mujer. Quiero decir, todos sabemos cómo es eso. Pero

no podía negar que las piernas de aquella mujer eran bellas. Esteban se refería a las de la diseñadora, una de las diseñadoras. Aunque, después de verla miraba hacia abajo para observar con curiosidad su abdomen, su propio abdomen, quiero decir. La grasa sobresalía; antes era poca; ahora parecía como si quisiera escapar, romper los botones de la camisa y asomarse impúdicamente. “Hola, soy la lonja de Esteban, ¿me das un beso?”.

Las piernas de la diseñadora se verían muy bien a un lado de esa grasa descomunal, se verían excelentemente. Mejor continuar con el trabajo, a redactar esa nota espantosa, a sepultar un poco más su vida. Sí, él era algo melodramático, pero si los escritores rusos eran melodramáticos, ¿por qué yo no? Se preguntó Esteban.

Así que lo más conveniente, lo mejor, era proponerle a Sandra una cena. Llevarla a un restaurante y después, quizá a un hotel, como lo hacían antes de los celos y el empleo y la niña y la mierda acumulándose cada día, cayendo pedazo a pedazo. Pero tal vez todavía no era conveniente hacer eso, tenía que recordar a la niña que seguía enferma. Por mientras la cena no podría ser. Aparte, si salían tendrían que limitar otros gastos. El sueldo no alcanzaba. Entonces, lo mejor era pensar en otra cosa.

—¿Oiga? ¿Oiga?

—Disculpe, me distraje, ¿qué decía?

—Que entonces sí es escritor. Así son los escritores, agarran sus viajesotes. Eso me lo dijo un profe de prepa que

tuve. Él decía que los escritores se ponían a viajar con su mente, con su imaginación, que volaban por el mundo y veían otros lugares.

¿De qué diablos estaba hablando el taxista, puta madre?, pensó Esteban. También caviló en comprar unas flores, a lo mejor eso calmaba a Sandra. Esa era la respuesta, comprar un par de rosas y entregárselas. Pero no, tal vez no era tan buena idea.

—Segurote ya se imaginó una historia ahorita mismo, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Sí, que usted ya debió hacer una historia en un ratito. A mí se me hace que va a hacer una sobre un taxista, ¿verdad?

—No lo había pensado.

—Ese profe de prepa del que le hablo, decía que los escritores hacen historias de cualquier cosa. Bien loco, ¿verdad?

—A lo mejor —respondió displicente Esteban.

Y no se calla el cabrón. Tal vez llevarle unas rosas no es tan buena idea. La mente de Esteban divagaba, las flores podrían desatar otro infierno. Sandra creería que se sintió culpable por sus infundados engaños y entonces rechazar con agresividad el regalo. No sólo rechazar las flores, sino que esa fuera la excusa para marcharse de la casa. Que lo haga, pensó Esteban, que se vaya a la chingada. Lo malo es que también se llevaría a la niña y así como se encuentra no

serían buenos los sobresaltos. Entonces, eso no tenía solución. Tendría que pensar en otra cosa. El viaje era largo, debía cruzar la ciudad entera, había tiempo de sobra.

También el vecino era un problema, el que vivía a un lado de la casa, de la de Esteban, quiero decir. El cabrón estaba jodiendo con el ruido. Todos los días ponía su música a todo volumen. Lo peor del caso era lo que escuchaba: cumbias. Todo el puto día cumbias. Pero digamos que ese era un problema menor. Aunque debería solucionarlo. A eso se abocaría en cuanto pudiera dejar de preocuparse por el trabajo.

Y es que ahí estaban los chismes, los rumores de los despidos. Ya habían corrido a unas diez o quince personas.

Esteban regresó a su realidad inmediata. Era un semáforo en rojo. A su derecha unos policías subían a dos tipos a una camioneta. Los llevaban esposados. Uno de ellos traía los ojos rojos. Lloraba, lloraba como un bebé. El otro lo veía y solamente meneaba la cabeza. El de las lágrimas decía algo a los impasibles policías. El verde se encendió. Los ojos del llorón y los de Esteban se cruzaron por un momento. Esteban no encontró nada atrás de esa mirada. Era como si ahora todo estuviera muerto para él, para el esposado quiero decir.

También habían despedido a un amigo suyo. Eso fue la semana pasada. Desde entonces no lo había visto. Aunque le dijeron que no salía de su casa, de su cama. La mujer estaba embarazada. Tampoco ella salía. Ninguno de los dos movía un dedo. Nada.

—¿Quiere escuchar una historia?

El taxista era necio y molesto. Esteban no tuvo otra opción, suspiró quedamente y dijo:

—A ver.

Sabía que no pondría atención, a menos, claro, a menos que la historia fuera interesante, más que la suya, la propia, la de Esteban, quiero decir. Y es que empezaba a ponerse de nuevo autocompasivo. De pronto sentía una opresión en el pecho, era como si una caja fuerte le cayera encima. Espantoso. La sensación acudía a él muy pocas veces, pero cuando esto sucedía no controlaba sus reacciones. Ya había zarandeado a Sandra una vez. Esa noche él llegó tarde, fue con unos compañeros del trabajo por unas cervezas. Regresó levemente ebrio, Sandra estaba en la cama, enojada, es más, encabronadísima. Comenzaron los reclamos. Esteban aguantó, soportó hasta que sus oídos empezaron a zumbar y escuchaba las palabras de su mujer atrás de un silbato agudo. Entonces, aguantó un poco más. Luego fue demasiado. Sintió esa opresión en el pecho, primero con suavidad, después, como si fuera de cien kilos. Tuvo que agarrarla de los hombros y estrujarla. Y, ¿qué si había visto mujeres? Le dijo. Y, ¿qué si estaban sabrosas? Le dijo. Y, ¿qué si había coqueteado? También le dijo. Y, ¿qué si tuvo intenciones de llevarse una al motel? Le volvió a decir. Y, ¿qué si lo hubiera hecho? Le dijo, y luego agregó: aunque no lo hice. Pero, ¿y qué?, ¿qué harías? Sandra lo miró, lo miró durante un minuto, un minuto que se alargó y se alargó y

parecía que lo había estado mirando toda la puta vida. Toda, desde que nació hasta ese momento. Ese momento en especial. Después de mirarlo, le dio la espalda y se acostó. Esteban fue al baño a vomitar lo que había tomado. De inmediato se sintió culpable. Pensó en el único momento en que engañó a Sandra hacía tres años. Ella nunca lo supo.

—La historia comienza con un pendejo. Pero un verdadero pendejo. El tipo fue una noche a tomar unas cervezas. De ahí, después de tomarse algunas, tenía que caminar a su casa. En realidad, no tenía porqué caminar, pero decidió hacerlo. Para llegar, tenía que pasar por un puente. La verdad, la mera neta, es que no tenía porqué pasar por el puente, pues era un puente que cruzaba un vado de río seco. Así que podía haberse ido por abajo. Pero el tipo decidió irse por arriba. ¿Cómo ve?

—Pues, órale —contestó Esteban y la historia continuó.

—Entonces, el tipo, que estaba un poco borracho, a medio puente se asoma por la orilla. Se asomó porque dicen que había visto algo raro, algo así como el cuerpo de un muerto o un carro que había caído del puente. El caso es que se asoma y se va de boca. El tipo cae inexorablemente al vacío.

Esteban rio; no sabía si porque imaginó a la persona cayendo o por la última frase del taxista. El conductor volteó a verlo y frunció las cejas. En realidad, se lo estaba tomando en serio, no era ninguna broma para él, para el taxista, quiero decir. Esteban intentó contener la risa.

El taxista miró por primera vez con desconfianza, luego suspiró enviando los ojos hacia arriba. Continuó su historia:

—El caso es que el tipo se cayó del puente, como dije, inexorablemente, y quedó medio golpeado: de milagro había sobrevivido. Los de la Cruz Roja lo atendieron y le proporcionaron un café, luego le dieron de alta. Hasta aquí todo medio extraño, pero común. Lo raro fue que después de esa caída, el tipo, no conforme con lo sufrido, siguió con la borrachera. La primera caída fue un viernes en la noche, para la tarde del domingo lo volvieron a encontrar, pero ahora en un canal, ese al que le dicen de Sacramento, ¿sí lo saca?

—Más o menos —dijo entre dientes.

—Es uno que lleva agua de una presa, a veces está tumultuoso. El caso es que el tipo para la tarde del domingo ya estaba muerto, se había caído al canal. Se ahogó. Era como si el destino hubiera escogido a esa persona para descargar su puño inexorable. Era como si todo estuviera ya determinado por el ciego destino.

—El ciego desttt...

Ahí fue cuando Esteban no lo soportó más. Era el peor ataque de risa que había tenido desde hacía mucho tiempo. No podía parar. La risa le brotaba desde la garganta y explotaba en su boca.

El taxista primero miró desconcertado. Después comenzó a indignarse. ¿Le parece chistoso?, le preguntó.

—¿Eso le parece gracioso? A mí no me hace ninguna gracia.

—Disculpe, es que el ciegtttrr...

El ataque regresó con mayor potencia.

—Entonces, ¿sí le parece chistoso?; usted es un majadero, cree que esta historia es graciosa. Es una historia muy seria y se la cuento nomás porque usted es escritor. Quería que supiera una historia importante, a ver si podía hacerla cuento. Pero se ríe majaderamente. Es usted un imbécil, un animal, un, un, un...

El tartamudeo desternilló a Esteban, quien no podía parar, es decir, que no podía parar de reírse. Todo estaba saliendo por ahí, por la risa. Su mente le decía que era momento de disculparse y guardar silencio. Su mente sólo estaba molestando. Su risa acababa con todo y lo ponía en su lugar. Es decir, su risa era la destrucción y el orden. Y Esteban se reía, se carcajeaba.

—Le voy a contar otra historia —dijo el taxista indignado mientras daba una vuelta bruscamente. Esteban se fue hacia un lado, su cabeza golpeó contra uno de los vidrios. El golpe hizo que riera todavía más fuerte.

—Es una historia sobre un número, una clave que usamos los trabajadores del volante. Cuando decimos ese número por la radio, significa que necesitamos ayuda, que algún hijo de la chingada quiere aprovecharse. Entonces, los compañeros llegan para ayudar. Suelen traer barras de fierro —interrumpió para decir algo por la radio—, nosotros no perdonamos.

Esteban se reía más fuerte y vio que sus manos temblaban, en realidad se estaba cagando de miedo. Quiero decir que tenía mucho, mucho, mucho, mucho miedo. Nunca

había tenido tanto en su vida y lo sabía. Intentó controlar sus manos, las puso sobre sus piernas. Por unos segundos creyó que si controlaba sus manos controlaría su risa. Pero sus manos siguieron temblando sobre sus piernas.

—Esa es la historia que le quería contar, hijo de la chingada.

Esteban sintió al auto frenarse y vio las luces de otro carro alumbrando el interior. Todavía reía cuando unas manos lo agarraron de la ropa y lo jalaron hacia fuera violentamente, lejos del taxi.

Música de fondo

 Lola Ancira

—*Pretend this is all pretend.*

Sy Parrish en *One Hour Photo*

La última vez que la vi fue un sábado, cuando aún no cumplía la mayoría de edad, hace más de cinco años. Durante esa fiesta le repetí en diversas ocasiones que, luciendo como ella, era imposible mostrarle a los demás, desconocidos todos, que por dentro estaba hecha una mierda. Se limitó a sonreír, beber y bailar hasta que, finalmente, en una pausa para descansar, una lágrima se le escapó mientras su respiración empezaba a acelerarse. La tomé del brazo y salimos de ahí de inmediato, justo a tiempo para que aquel torrente emocional no tuviera testigos despreciables.

Caminamos los minutos suficientes para que se calmara y llegamos a mi departamento. Perdimos la cuenta de lo que habíamos ingerido, pero insistió en beber un poco más y escuchar algo, así que prendí la computadora para dejar una lista de YouTube en reproducción. The XX, Sigur Ros, Placebo y Radiohead fueron algunos de los que inundaron la sala.

A las seis de la mañana, cuando la botella a medias de whisky que encontramos en la cocina quedó por fin vacía, encendí las luces y fui a mi habitación a cambiarme y

buscar alguna prenda que le quedara. Cuando volví, se había quitado ya los tacones, el vestido y las medias y estaba recostada en el sillón, mirando el techo. Su cuerpo era aún más perfecto sin aquellas prendas, era inevitable no querer tocar su tersa piel, pero entonces descubrí algunas heridas recientes en sus muslos y otras en sus antebrazos. A pesar de que trataba de comprender todo lo que le estaba sucediendo, lo más complicado era aceptar que ella misma se infligiera aún más daño. En ese momento, fui yo quien contuvo el llanto. De repente giró la cabeza y, al notar mi preocupación, dijo:

—Descuida, nunca tendría el valor de hacerlo.

—Me duele verte así.

—¿Sabes?, yo no creo que los suicidas sean unos cobardes, sino todo lo contrario, son personas que al final fueron lo suficientemente valientes para despedirse en el momento que ellos mismos eligieron. Me gustaría saber en dónde está su espíritu ahora, poder volver a hablar con ella. No sabes cuántas veces la he soñado.

—Podrías pensar también, como yo, que quizá algunos parten para que otros aprecien sus propias vidas mucho más.

Me senté a su lado y comencé a acariciar su cabello. Levantó la cabeza y me acerqué más para sostenerla en mis piernas. Era la primera vez que me hablaba tan francamente sobre el tema. Desde aquel día en el que me llamó por teléfono para darme la peor noticia que debía comuni-

car hasta entonces, le resultaba imposible articular oración alguna sobre el tema, así que decidí escucharla con toda la atención posible.

—No hay nada más confuso que la muerte.

—Y nada más natural, también.

—Tienes razón. De las conversaciones que he tenido en estos días, he llegado a la conclusión de que las personas son muy egoístas. Están tristes y enojadas porque fueron abandonadas, porque sus sentimientos fueron ignorados, porque parte de su felicidad les fue arrebatada repentinamente. Pero están ofendidas porque son egoístas, y quizá por eso mismo ni siquiera notaron la magnitud del problema que tenían frente a ellas antes de que lo irremediable sucediera. Incluso yo misma lo ignoré, y eso es lo que me está matando. Me alejé cuando menos debía hacerlo, y me siento horriblemente culpable —al pronunciar estas últimas palabras, la voz se le quebró y sentí varias lágrimas humedecer mis muslos.

No pude hacer más que abrazarla, sentí inútil y ridículo decir las frases hechas que me venían a la mente y me limité a mostrarle mi afecto. No conocí a su madre, y nuestra amistad era reciente, así que tampoco sabía cómo actuar exactamente. Pasaron algunos minutos antes de que nos levantáramos para ir a la cama. La convencí de ponerse una playera amplia para dormir, pero no de lavarse el rostro ni los dientes. Ya en la cama, nos acostamos de frente. Había dejado de llorar, pero su expresión de aflicción era la misma. Estaba

empezando a amanecer, así que, para poder descansar mejor cuando llegara el momento, cerré las persianas. Respiró profundamente y comenzó a hablar de nuevo:

—He creado, para cada relación en mi vida, una personalidad específica. En realidad, no es que mienta, sino que oculto ciertos aspectos, pues sé que si soy realmente honesta, incluso en esta sociedad supuestamente respetuosa y liberal, lo más probable es que me juzguen erróneamente con sus estúpidos prejuicios. Odio esa necesidad humana de encasillar, restringir y etiquetar. Así que tú sólo has visto lo que yo he querido, pero hoy me estoy exponiendo por completo. Y probablemente no te guste nada. Lo siento.

—Creo que todos hacemos lo mismo, así que no te preocupes. Quizá te parezca raro también, pero te estimo demasiado y me importas, y escucharé todo lo que tengas que decir o simplemente me mantendré a tu lado hasta que estés más tranquila.

Nos quedamos mirando por varios segundos y noté que sonrió levemente. Sentí cómo mi corazón latía un poco más de prisa, pues jamás imaginé que compartiríamos un momento tan íntimo y que, apenas unos meses después de cruzar la primera palabra, estaría así, tan vulnerable y cerca de mí. Había cierto contacto erótico natural, una proximidad en la que nos reconocimos como entes apartados de una misma especie.

—¿Te imaginas qué sucedería si los fantasmas de todas las personas que han muerto visitaran nuestro

planeta al mismo tiempo? Cientos de millones, habría una infinidad de ellos, como en un Día de Muertos eterno.

—Piensa en todos los que reconoceríamos al andar en la calle. Sería como experimentar algo muy parecido a lo que Bioy Casares describió en la novela *La invención de Morel*, ¿la has leído?

—No.

—Quizá te guste, la tengo en el estudio, recuérdame buscarla más tarde para prestártela.

—Muy bien. El día que nos conocimos en la biblioteca supe que debía hablarte, y no me equivoqué. Sólo por una vez me gustaría que una campana de cristal como la de Plath, pero lo suficientemente grande, nos aislara de todo, de todos. Que estas horas fueran eternas y no tener que salir de tu cama jamás.

—Podemos prolongarlas todo lo que quieras. Lo único que no podemos evitar será salir a buscar comida y agua, porque no queda nada.

—Nos podemos turnar. Sólo tendrías que bajar las persianas de todas las ventanas, porque yo lo haría sin ropa y no quiero que tus vecinos me miren. ¿Crees que exista ese Dios omnipresente del que te advierten desde la infancia que hasta en tus momentos más íntimos te vigila?, ¿a qué clase de Dios le gustaría hacer eso?

—A uno voyerista y cínico. Tiránico, sin duda.

—Y a uno aburrido, también. Buenas noches.

Con su cara adormilada, se acercó y me dio un beso peligrosamente cerca de la comisura de los labios.

Al mismo tiempo, dejamos de respirar y nos miramos con sorpresa. Con movimientos lentos unimos nuestras bocas. Nos besamos tímidamente, y a pesar de todas las horas que estuvimos bebiendo, su boca tenía aquel sabor que yo había imaginado desde la primera vez que charlamos, uno que unía todo lo relacionado con el color rosa y el aroma dulzón que siempre la acompañaba como una segunda sombra.

No sucedió nada más, las manos se mantuvieron tan estáticas como el reto de nuestros cuerpos. Finalmente, aquel ansiado beso había ocurrido. Nos separamos sólo lo suficiente para acomodar nuestras cabezas sobre las almohadas y ella se quedó dormida casi al instante.

La contemplé por minutos enteros, me perdí en la perfección de sus rasgos, de sus formas, esa perfección que yo, bajo mi escrupulosa mirada, no poseía.

La playera apenas le llegaba a la cadera, así que sus pantaletas quedaban a la vista. No quería interrumpir su sueño ni malinterpretar lo que había sucedido, y sabiendo que no la podía tocar, o no al menos como me hubiera gustado, con todo el cuidado del mundo introduje mi mano derecha en mi entrepierna. No tardé demasiado, lo supe porque *How to Disappear Completely* dura casi seis minutos y había iniciado cuando decidí hacerlo. Las endorfinas recorrían mi torrente sanguíneo tras un

apacible orgasmo, después tomé una de sus manos y cerré los ojos.

No supe en qué momento me quedé dormida. Cuando desperté, la habitación estaba ligeramente iluminada, debían ser las once o doce del día. La lista de reproducción se repetía por enésima vez. Estaba sola, lo único que quedaba de mi visita era un rastro de glitter en la almohada. Y su olor, ese particular y dulce olor que sigo recordando y que he percibido de nuevo sólo dos veces más de manera muy breve.

La llamé por su nombre. Nada. Me negaba a aceptar que aquello sería todo, así que lo volví a decir dos, tres veces, cada vez más fuerte y con mayor insistencia y desesperación. Cuando lo pronunciaba, sentía que una mínima parte de su esencia se disipaba en la atmósfera, que tal vez era lo único que me quedaba de ella, una sola palabra para evocar un momento de felicidad gracias a que ella estaba viviendo una tragedia. Aquello no podía ser más triste.

En seguida, pensé que tal vez me estaba precipitando y que sólo había salido para comprar el desayuno, así que respiré profundamente para tranquilizarme un poco y me levanté. Al salir de mi habitación, lo primero que noté fue que la puerta del estudio estaba abierta. Entré y me asomé por la ventana y la vi caminando de prisa, estaba a punto de llegar a la esquina. Le grité y sé que me escuchó porque se detuvo en ese mismo instante, levantó su mano derecha, mostrando un libro, y nada más. Retomó la marcha y giró

hacia la izquierda. Imaginé cuál sería, así que busqué en el estante específico y sí, había tomado a Bioy. Me alegré, pensé que al menos tendría un pretexto para verla de nuevo.

No fue así. Tiempo después supe que se cambió de ciudad y precisamente hoy, la recordé al escuchar *All I need*, así que decidí buscarla en Facebook. El tercer resultado era el indicado, reconocí su rostro de inmediato, pero lo primero que vi en su muro fue el anuncio de su familia sobre el funeral que inició hace dos horas. No pienso pararme ahí, pero sí acomodar a Plath en su honor junto al nuevo Bioy. Quizá nunca sabré si finalmente reunió el valor que le hacía falta, no encontré nada concreto en los comentarios de condolencias, en las pocas fotos y publicaciones que pude encontrar.

Estoy en el mismo sillón en el que decidió mostrarme que aún no elegía la fecha de su partida. Me regaló una noche sólo para dejarme claro que la felicidad y la belleza están en un camino que, invariablemente, coincide con el de la gloriosa calamidad.

Primer día

Julián Mitre

—¡No mamá no mamá no mamá noooooo!

Josecito soltó su mochila de ruedas y se tiró al suelo por tercera ocasión, a quince metros de la entrada a la escuela. Pateó la mochila golpeando con ella las piernas de Martha, su madre.

—¡Ay! Josecito ten cuidado.

El regaño espantó a Jimenita, la otra hija de Martha, de nueve meses, a la que cargaba con su brazo izquierdo.

Martha respiró profundo y se agachó para recoger la mochila.

—Levántate, Josecito. Mira —señaló a su alrededor—, eres el único que está haciendo esto. Todos vienen como si nada.

Josecito dejó de patalear para ver a las otras madres y a sus hijos. Sin dejar de hacer pucheros, se puso de pie y comenzó a caminar.

—Ándale, ¿qué te cuesta? —preguntó Martha al tiempo que le pasaba la mochila al niño.

—No mamá —dijo Josecito cruzando los brazos.

—Agárrala, yo traigo a tu hermanita.

—No mamá.

Martha suspiró, miró a su hijo. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y el uniforme lleno de tierra.

—Óyeme, ¿y la lonchera?

El niño encogió los hombros y siguió caminando.

—Josecito.

Él volvió a encoger los hombros.

—Josecito, ¡la lonchera!

—Lonchera —encogió los hombros por tercera vez— la aventé.

—¡Ay, José! ¿Dónde?

—Sabe.

—Pues te quedas sin comer.

Josecito se detuvo. Martha le dio un empujón para hacerlo avanzar, al sentirlo, Josecito se dejó caer otra vez.

—¡No mamá no mamá no mamá noooooo!

Martha soltó la mochila y jaló de un brazo a su hijo, este forcejeó para mantenerse en el suelo. Martha casi perdió el equilibrio y Jimenita comenzó a llorar. La mujer intentó calmarla. Josecito aprovechó el momento, se puso de pie y se echó a correr.

—¡José, ven para acá!

Martha lo persiguió, pero cargar con la bebé y la mochila le impedía correr.

Una niña que también iba a la escuela, y era mayor que Josecito, vio la escena e interceptó al niño. Logró detenerlo el tiempo suficiente para que Martha llegara.

—Muchas gracias —dijo Martha apenada y apretando fuerte el brazo del niño.

—¡No mamá no mamá no mamá noooooo!

—¡Ay, por dios! —exclamó Martha al ver a su hijo nuevamente en el piso—. ¡Ya José ya José ya José yaaaaa!

Se acomodó a la niña para poder cargarla junto con la mochila, luego se inclinó para alcanzar a coger el brazo de su hijo con la otra mano y empezó a arrastrarlo.

—¡No mamá no mamá no mamá noooooo!

—¡Ya José!

Martha sintió las miradas de alumnos y padres, los ignoró y siguió avanzando. Logró acercarse a un par de metros de la entrada. Entonces Josecito se levantó y se puso a dar de brincos, gritando con más ímpetu. Después mordió a Martha e intentó correr de nuevo, pero un señor lo atrapó, se lo entregó a Martha y se ofreció a llevar la mochila hasta la entrada de la escuela. Sonó el timbre. Josecito pateó a su madre en la espinilla y se volvió a tirar al suelo.

—¡No mamá no mamá no mamá noooooo!

—¡Ya levántate José! —suplicó Martha.

Jimenita se puso a llorar.

—¡Ah, no puede ser!

—A ver, ¿qué está pasando?

Martha reconoció a la mujer que hizo la pregunta, era la directora. Tomó a Josecito del brazo e intentó hacer que se parara. Con la mano libre, Martha sujetó también a su hijo y entre ambas pudieron levantarlo.

—Déjeme ayudarla —dijo una mujer extendiendo los brazos frente a Martha para que le pasara a Jimenita.

Ya con las manos desocupadas, Martha pudo cargar a Josecito y la directora le aferró las piernas para que no continuara dando patadas. Entraron por fin a la escuela.

—Aquí me ayudan señora —la directora hizo señas al conserje—. ¿De qué grado es?

—Primero B —contestó Martha—. Muchas gracias y usted disculpe, ¡qué pena!

—Hay que aprender a controlar a los niños.

A Martha le molestó el comentario. Sonrió con desgano, se dio vuelta y atravesó la puerta de entrada para recoger a Jimenita, pero afuera la calle estaba completamente vacía.

Y vendrá la muerte

 Iván Farías

La casa estaba en medio del bosque. Ahí se había citado a la reunión. Era un bloque de piedra de cantera con acabados en roble. La habían construido en tres años de ardua labor con los ahorros de toda una vida. Habían escogido ese terreno, lejano del puerto, porque la neblina aparecía recién se iba el sol. Comenzaba a formarse a ras de suelo, entre los árboles y poco a poco iba condensándose hasta subir por los troncos. Una vez ya espesa, iniciaba su recorrido, saliendo del bosque para avanzar por los pastizales hasta llegar las ventanas y puertas. La neblina parecía tener vida propia y avanzar a su gusto. Si uno llegaba a la cabaña todavía con luz y salía ya con la luna, el camino por el cual había llegado ya no existía, cuando menos a la vista. Era una imagen tétrica y a la vez hermosa. La soledad del patio, el camino escondido entre la bruma blanca y el sonido de los animales nocturnos.

La casa pertenecía a un par de maestros de la universidad local. Uno de ellos era poeta de clóset y la otra pintora de ratos libres. Se llamaban Rogelio y Vanesa. Rogelio tenía en su haber un par de poemarios publicados en ediciones de autor que se quedaron entre los amigos. Vanesa, por su parte, se daba el lujo de ocupar los muros de su casa como galería privada para sus marinas, sus barcos encallados y

sus pescadores tristes. La casa era la típica de la gente de izquierda, con alguna frase del Che Guevara estampada en un cartel, muebles de madera con herrajes, bordados artesanales, fotos de películas viejas, campanas de cerámica en la puerta de entrada, botellas de ron sin marca, y libros. Muchos libros desbordándose por todos lados. Además de un par de perros viejos que apenas si movían la cabeza acostumbrados a las constantes reuniones.

Frente a una fotografía de Lauren Bacall a punto de besar a Humphrey Bogart, estaba César bebiendo una cerveza. Era un tipo delgado, de cabello largo, que llevaba siendo estudiante más tiempo que algunos maestros. Era el típico sujeto que lleva el olor a marihuana como perfume. Pese a sus casi treinta, pasados, seguía teniendo la lozanía de un chico de veinte. Veía con detenimiento la foto, como si fuera la primera vez que estuviera en esa casa. Lo cual no era así.

Rogelio, el maestro poeta era su amigo. Se habían conocido en la universidad cuando César se matriculó a su clase de historia y éste le tomó cariño. Siempre había heroicidad en el hecho de querer terminar la escuela fuera de tiempo. Con los días acabó adoptándolo como uno de sus amigos más cercanos.

El Turco, detective privado chilango, también estaba ahí. Nadie lo conocía. Era un perfecto extraño. Sólo sabían que Vanesa lo había invitado. Así que no había manera de que alguien se quejara o pidiera lo sacaran. El Turco despertaba la animadversión de los presentes por su forma

de vestir, sus ojos negros, su cabello corto, su cara surcada por un par de navajazos ganados en la calle, debido al vicio de meter la nariz en donde no lo llamaban. El Turco y su hablar seco, violento.

La mayoría de los asistentes a la reunión eran maestros que pasaban de los cincuenta años. Viejos huelguistas de los años ochenta, algunos sobrevivientes del 68. Gente que había visto desmoronarse el muro, a niños bailando en la Plaza Roja vendiendo zapatos marca Perestroika, la estatua de Lenin caer y el busto de Marx convertido en alcancía.

—Es Lauren Bacall, ¿verdad? —dijo el Turco con una cerveza en la mano—. Estoy seguro que es *The big sleep*.

César lo observó con recelo, luego regresó al mirada a la foto y constató que no tenía idea de quién era la actriz.

—No lo sé —dijo cortante.

—Ahí se conocieron.

—¿Quiénes?

—¿Cómo que quiénes?, pues Lauren Bacall y Humphrey Bogart. ¿Ya no enseñan cosas de verdad en la escuela? Una gran película. Ya no la pasan por la televisión. Pero bueno, ya no pasan nada bueno por televisión.

César prefirió ignorarlo.

Rogelio chocó su vaso con una cucharita para llamar la atención del puñado de asistentes a la fiesta. Los maestros, enfundados en sus pantalones caquis, sus faldas bordadas y sus lentes de carey, voltearon hacia donde eran llamados.

—Bueno, el motivo de esta reunión es, como ya saben,

platicar sobre lo que está pasando en la universidad y en la ciudad. —César avanzó unos pasos para integrarse al corrillo de asistentes que hacían una media luna alrededor de Vanesa y Rogelio. El Turco se quedó junto a la fotografía, con su botella de cerveza en la mano. No puso mucha atención al llamado. Se dio la vuelta y se asomó por la ventana. La niebla ya cubría todos los árboles y avanzaba hacia la casa. Entre los troncos distinguió un auto estacionado. Vio su reloj: 8:45.

—La escalada de violencia nos tomó por sorpresa —dijo Vanesa con voz apremiante, tomando el relevo del discurso—. Primero pensamos que era en las afueras, en el puerto, que allá siempre hay problemas, que allá viven los narcotraficantes. Luego empezaron a asaltar a los muchachos. —Volteó a ver a su marido y éste prosiguió. Estaban muy bien coordinados.

—Sí. Le pasó a dos de mis alumnos. César los conoce también. —El aludido asintió con la cabeza y pareció sentirse feliz por la deferencia—. Luego nos tocó a nosotros. A mí me asaltaron saliendo del cajero a plena luz del día. La policía no hizo nada.

Varias voces concordaron con la experiencia y acusaron que ellas también habían sufrido lo mismo, en medio de un rumor general que parecía el murmullo del mar. Uno de los maestros, un calvo con voz ronca por el tabaco, contó que lo hicieron hasta desnudarse para quitarle el auto.

—Pero lo de hace una semana fue algo terrible

—continuó Rogelio—. Golpearon hasta casi la muerte a cinco de los muchachos, mataron a uno y sólo dos escaparon pero, por suerte, vieron salir a los que lo hicieron. Por las señas se nota que son policías. Nos quieren intimidar, nos quieren meter miedo para que no salgamos a protestar por lo que está pasando en la ciudad.

—El chico muerto se llamaba Vicente Ruelas. Era estudiante de maestría en teatro —dijo Vanesa—. Habíamos invitado a su padre pero no quiso venir. Comprendemos su dolor.

—Por favor, César, ¿quieres pasar a contarnos tu experiencia?

El Turco se acercó al corrillo, mientras César hacía cara de seriedad y se ponía al frente.

—Pues como cuentan los maestros, Diego y yo tuvimos la suerte de salir ilesos de la barbarie que cometieron con los compañeros. Como muchos de ustedes saben, los compañeros y yo vivimos en una casa okupa en la esquina de Juárez e Hidalgo, en pleno centro. Ahí nos dedicamos a hacer talleres de gráfica y damos pláticas políticas... —El Turco tomó sonoramente de su cerveza hasta acabarla. Luego se cruzó de manos y con una mirada cínica se le quedó viendo a César. La interrupción fue evidente. Algunos maestros se cuchichearon. El maestro calvo le regaló una mirada de odio profunda y directa. —Bueno, el caso es que compartimos vivienda. Esa noche estábamos haciendo una pequeña reunión y el compañero Diego y yo

fuimos los designados para ir por más cervezas. Lo cual no tiene nada de malo. Entre una cosa y otra nos tardamos en regresar. Cuando por fin llegamos vimos a un grupo de diez encapuchados saliendo de la casa, armados y en formación. Esos cerdos eran policías. Nos la tienen jurada desde que decidimos hacer volantes para hablar sobre la situación por la que estamos pasando. Nos quieren callar.

El Turco lo vio con sorna y luego fue a buscar una silla.

—César siempre se ha distinguido por ser uno de los alumnos más comprometidos. Sin su ayuda, la marcha de febrero pasado no hubiera sido posible —dijo Rogelio acercándose al tipo.

—Por eso yo propongo que —arengó el aludido— debemos de hacer varias acciones a manera de presión. Llamar a medios nacionales, enviar cartas, llamar a Derechos Humanos...

El Turco fue hacia la cocina, abrió el refrigerador, sacó una cerveza y la destapó ayudado por el encendedor. Fue a la sala y una vez más se asomó por la ventana. La neblina seguía avanzando hasta casi la puerta de la entrada. Buscó un sillón y se sentó a escuchar el plan de acción para los siguientes días, mientras bebía de su cerveza. Algunos asistentes lo veían con enojo, otros con miedo. Tenía toda la cara de un policía y en cualquier momento podía hacer algo violento.

—Yo sé que es su casa —dijo el profesor calvo. El hombre vestía un suéter colorido—, pero me gustaría

mucho que nos pudieran decir qué hace este tipo aquí, al cual nunca había visto antes.

Los asistentes por fin voltearon a ver al gran elefante rosa en la sala.

—Es amigo mío —se apresuró a declarar Vanesa.

—Pues no parece estar muy interesado en nuestros problemas. ¿Es nuevo por acá? —preguntó el profesor.

—En realidad voy de paso —afirmó El Turco levantándose de sillón sin perder la sonrisa—. Me invitó la maestra Vanesa Téllez porque me dijo que aquí iba a encontrar a uno de mis amigos de la ciudad. No estaba seguro, porque, ¿saben?, yo fui a la escuela hace mucho. Pero soy buen fisonomista.

¿Se puede saber quién es su amigo?

—Tengo mucho de no verlo, así que tal vez ya no se acuerde de mí. ¿Verdad, César?

El tipo volteó extrañado hacia el que lo mencionaba. Luego volteó a ver hacia los asistentes y como disculpándose dijo:

—En mi vida lo he visto.

—Les dije. Es que han pasado muchos años. —El Turco vio su reloj y supo que estaba en tiempo. Conservaba la sonrisa socarrona de quien está haciendo una broma que nadie entiende—. Pero sí, nos conocimos en la huelga de la UNAM hace ya poco más de quince años. ¿Sergio, te llamabas en ese entonces?

—No tengo idea de qué hablas.

—Estabas en los comités de lucha por la gratuidad de la

educación. Yo en ese entonces era policía. Acababa de entrar...

—¿Ven?, les dije que era policía —gritó un maestro barbón tocándose el pecho como si estuviera a punto de darle un paro cardíaco.

—Era. Ya no lo soy.

—¿Quién lo invitó? —preguntó una maestra ya entrada en años que parecía indignadísima.

—Para ser maestros no hacen mucho caso. Vengo por invitación de la maestra Téllez. Ella me dijo que aquí podía encontrar a mi amigo Sergio Manzo, ahora conocido como César.

—Este tipo es un infiltrado —gritó el aludido señalándolo con la mano muy estirada y con la mirada llena de odio—. No lo conozco de ningún lado.

Los maestros se vieron entre ellos, contrariados. Unos gritaban que se fuera el Turco, otros que aclararan lo que estaba pasando. Rogelio volteó a ver a su esposa y ella le pidió que esperara, bajando la mano derecha.

—Nos conocimos en la carrera de Sociología —continuó sereno—. Tú eras líder de uno de los comités y fuiste delegado varias veces. Conocías a todos los demás líderes. En ese tiempo te decían el *Calaco*, pero en realidad deberían de decirte *Suertudo*. Cuando cayeron los policías federales, curiosamente, decidiste ir a ver a tus padres. Luego desapareciste y ahora ya eres de nuevo líder de unos muchachos. Y de nuevo, como hace años, volviste a tener suerte cuando los golpearon.

—Suerte fue ver quiénes eran. Si alguien debe dar expli-

caciones eres tú. Seguro te pagan para reventar las reuniones. ¿Lo vamos a dejar, maestros? ¿Vamos a dejar que nos separen, que nos envenenen? —arengó a los asistentes que, como hipnotizados, comenzaron a pedir que se fuera el Turco.

—Eso mismo hacían en la Guerra Sucia, nos quieren poner uno contra el otro —dijo una de las maestras más veteranas.

—¡Lárgate! —gritó uno más.

—Está bien, está bien. —El Turco levantó los brazos para pedir calma—. En una cosa tiene razón. La verdad es que no nos conocemos.

—Ya ven, ya ven cómo miente —gritó César sintiéndose a salvo.

—Pero sí estuvo en la huelga. —El Turco sacó de entre sus ropas un mazo de fotocopias—. Acá su credencial de estudiante.— De manera teatral la mostró. Era una ampliación que se veía desde cualquier lado. Luego se la aventó a la cara—. Cinco años después vuelve a aparecer, pero ahora ya no es estudiante, sino indiciado en un caso de estupro. —Tomó otra fotocopia y repitió la acción: enseñarla y aventarla—. No sabemos por qué pero lo absuelven de los cargos. Un año después es detenido por un robo menor, luego portación de armas, distribución de drogas y otras cosas más hasta que desaparece y ahora está acá, como alumno estrella.

—Con una mierda. Ustedes me conocen. Saben que son mentiras. ¿Cómo le van a creer a este cabrón?

—Tal vez por esto. —Metió la mano en la bolsa del

pantalón y sacó una grabadora—. Un teléfono fijo es difícil de cablear, pero un celular es muy fácil.

Accionó un botón y una grabación sucia se escuchó:

—Voy a la reunión de los maestros. Saliendo entrego reporte.

César, con su cabello largo y sus finos modales sacó una pequeña pistola que tenía escondida en la espalda, atorada en el cinturón.

—¡A la chingada! Si alguien se mueve, me lo llevo. Abran paso.

Los maestros se quedaron quietos, como en el juego de las estatuas. Algunos recordaron sus años mozos, en que la policía hacía razias constantes y los subía a la camioneta para “ablandarlos” y recordarles quién manda. César caminó lento hacia la puerta mientras los asistentes se movían como peces dejando que avanzara el tiburón.

—Por tu culpa mataron a un niño. Tú los pusiste —le gritó el Turco y del dicho al hecho se fue contra él, pero el tipo le dio de lleno en la cara con la culata de la pistola. El detective cayó al suelo, mientras Vanesa bajaba la mirada llena de miedo. El Turco, por el contrario, soltó una sonrisa que se iba llenando con un hilo de su propia sangre.

César apenas tocó la puerta salió corriendo hacia el bosque, guardando la pistola. En cuanto la neblina se lo tragara se perdería para siempre.

—¿Por qué no vas por él? —preguntó Vanesa contrariada. El Turco ya estaba de pie, pero se limitó a sonreírle.

—Ese cabrón siempre se ha escondido en las sombras, en el humo de sus pinches mentiras. Pero esta vez no.

Todos lo vieron meterse entre la neblina y los árboles. Por un momento sólo se oyeron las respiraciones agitadas de los maestros y las pisadas desesperadas de César. Luego un golpe seco, después, el silencio.

Nadie se movía o decía algo. De entre la niebla salió un hombre jalando por los pies a César, quien semiconsciente sólo se quejaba del golpe recibido. Le salía sangre de la cara y esta se le metía en los ojos, encegueciéndolo.

El Turco volteó a ver a Vanesa y esta comprendió. Ambos se acercaron con pasos lentos hacia ellos.

—Te presento al papá de Eduardo. Él me contrató —le dijo al caído.

El Turco tomó el otro pie del sujeto y los hombres se metieron entre el bosque, hacia la neblina, perdiéndose de vista.

—Vendrá la muerte y tendrá tus ojos —dijo Roberto acordándose de un poema.

Una pluma de ave en la cornisa

 **Penélope Córdova**

El supervisor de la estación ferroviaria tenía una peculiar afición por las palomas, que siempre le dejaban el uniforme lleno de mierda. Su cortejo de animalitos constataba, con un montón de plumas cafés, grises y negras, el dominio que sobre él ejercía. Hasta que un día, por entretener a los plumíferos, hizo el ridículo y perdió la oportunidad de ascender de puesto y nos echó a nosotros la culpa por no defenderlo ante el inspector de sección.

Qué podíamos hacer, las aves lo necesitaban más que el sistema nacional de trenes; el egoísmo es un lujo que no debemos permitirnos cuando el amor escasea. Luego el supervisor adquirió una infección producida por las heces de paloma y murió. Las aves se comportaron como viudas enloquecidas durante unas semanas, se sacaban los ojos unas a otras y la mitad de ellas murió de pena o de hambre, ninguna quiso abandonar la estación. Las sobrevivientes se dedicaron a seguirme por todos lados y a partir de entonces no me permitieron un minuto de tranquilidad.

Por esos días conocí a Maruja. Yo iba de regreso al departamento en donde vivía, y decir departamento es mucho, en verdad era un estudio en el que resguardaba columnas y columnas de libros que mi padre había querido desechar tiempo atrás, pero a mí me pareció un agravio a la

memoria de los grandes maestros, así que decidí conservarlos íntegros, aunque a veces amenazaran con aplastar mi delicado cráneo en alguna noche de dulces ensoñaciones. Entonces ese día en el tren, rumbo a mi cuarto del quinto piso, conocí a Maruja y con ella me fui.

Hay palabras dentro de cada hombre que están destinadas a una sola persona en todo el mundo. Yo dejé a Maruja cuando las palabras para ella se me agotaron, cuando, por más que me busqué en la lengua, no encontré nada. Hoy pienso que lo saludable es dejar al menos una de esas palabras dentro de la boca y masticarla durante mucho tiempo, todo el tiempo posible, alimentarse de ella. Los desenlaces me provocan tantas náuseas como las heces de paloma, así que después de lo de Maruja busqué otro empleo y me propuse no volver a enamorarme. Pero el gañido de las aves me acompañaba adonde quiera que fuese, aun cuando estaba en la taberna del Tigre de Oro me perforaba los oídos, y cuando salía y caminaba por la calle, ahí estaba la nube de plumíferos, planeando por encima de mi cabeza o apostados en las cornisas, en los cables de luz, sin perderme de vista.

Estuve unas cuantas semanas encerrado en compañía de mis apolillados clásicos, y después de una noche febril en la que Montaigne me prohibió el encierro si no era con fines estrictamente filosóficos, y me aconsejó retornar al mundo, no dejarme amedrentar por unos pájaros estúpidos, decidí dar la cara y hacerme cargo de las viudas

emplumadas que se amontonaban en torno a mi ventana. Por eso yo también enfermé, así es como llegué al hospital. Ellas fueron mi único consuelo, las alimenté todos los días con migas de pan y maíz que la enfermera me hacía el favor de hurtar del comedor de empleados.

Ahora que bajo surcando el viento en una ráfaga de ocaso, miro las corcholatas con el emblema de la cerveza Pilsner incrustadas en el pavimento y evoco las tardes en el Tigre de Oro, o sea casi todas las tardes desde hace más años de los que puedo contar, y mientras más caigo, más me figuro los ojos, como estrellas o corcholatas también, de Maruja, que me besó en el pasillo oscuro del tren, y a cuyo suave y húmedo cuerpo me pegué aunque no reconocí ni su voz ni nada. Incluso recuerdo haber pensado que ella se había confundido, y yo creí que era una rotunda falta de cortesía decepcionarla diciéndole que tal vez no eran mis labios los que buscaba en realidad, aunque eran mis labios a los que se entregaba con todo el candor de su madurez, pero cuando la electricidad regresó y la miré y ella me miró no había sorpresa en sus ojos, más bien triunfo e impertinencia, de lo cual deduje que, al igual que las palomas, me había estado acechando, y cuando salimos del tren yo me fui con ella y pensé que la gente no debería vivir nunca en un piso número cinco, porque ella vivía en ese piso, justo como yo y como la habitación de este hospital, en donde los plumíferos se posan todo el día y roban la escasa calma que les resta a los otros convalecientes; ahora abro la mano y

las migas de pan se me escapan y al contrario de mí, se van hacia arriba, y vuelvo a ver las corcholatas y los ojos y recuerdo que no era por esto que me asomé a la ventana.

Efectos secundarios

 **Alejandro Badillo**

Estoy en mi cama, custodiado por mis gatas. Alzo la vista y miro el techo. Me siento una parte del paisaje. Imagino que soy una nube oscura y pesada. Sólo puedo pensar mientras mis gatas se concentran en mi respiración y parpadean lentamente. Pensar y pensar. Es lo único que he hecho desde que desperté. Supongamos, retomando la idea, que soy una nube. Y me imagino inmaterial, hecho de un aire oscuro, casi algodónoso. Quizás si profundizo en la imagen, me puedo ver flotando por la habitación.

Cuando abrí los ojos, hace unos minutos, intenté levantarme de la cama pero mi cuerpo no respondió. Las gatas atestiguaron mi esfuerzo y su displicencia pareció, en ese momento, una secreta y fugaz simpatía. Ahora, ante la imposibilidad de moverme, abandono cualquier esfuerzo. Miro las puntas de los pies bajo las sábanas y pienso, casi convencido, que son elementos extraños a mi cuerpo. Es como si alguien hubiera puesto ahí, al otro extremo, una elaborada broma, una trampa. Las puntas de mis pies son dos monumentos demasiado pesados para mover, como si su escasa materia concentrara un fragmento del universo. Están ahí, inertes, esperando una señal, el impulso adecuado para despertar y moverse. Me

concentro en ellos. Soy un náufrago que mira, con desesperación, un par de islas rocosas.

Imagino que nunca podré salir de la cama. Estas sábanas tibias, el cobertor de cuadros grises, son sutiles mecanismos que detendrán el tiempo o lo volverán irrelevante. Recuerdo las aspirinas que tomé ayer antes de dormir. Eran dos pastillas redondas, pequeñas, blancas, y un poco porosas. Las gatas estaban echadas sobre mis pantalones de pana. Un pertinaz dolor de cabeza me agobiaba. Era una luz que se abría paso en mi cráneo. Fui por un vaso con agua. Me apresuré y di un par de largos tragos. Quizás, desde ese instante, hubo un anuncio, sutil, de inmovilidad. Tal vez un hormigueo en las manos que atribuí, acaso, al invierno. Las pastillas viajaban, veloces, por mi cuerpo. A lo mejor, por misteriosas razones, habían sobrevivido al viaje por mi esófago y estaban muy quietas, escondidas en la profundidad de mi estómago, como piedras en el lecho de un río. Pienso en esta posibilidad. Miro el techo de la habitación. Escarbo una vez más en la memoria. Recuerdo haber dejado el vaso cerca de la estufa. Mis gatas se pasearon entre mis piernas. Había algo de ansiedad en su paseo. Quizás era una advertencia. Las aspirinas seguían ahí, inmunes al desgaste y al embate constante de ácidos y fluidos. Yo, ignorante de todo, apagué las luces y fui a la cama dispuesto a dormir. El dolor de cabeza había desaparecido a pesar de que las aspirinas seguían latentes e inmunes. Tal vez fue la sugestión que,

como se sabe, puede generar efectos poderosos. ¿Cómo desaprovechar la oportunidad?

Sólo quería un sueño profundo, cerrar los ojos e internarme en un mar estéril. Entonces, ocurrió. Las pastillas dejaron en libertad un principio activo que, en lugar de las acostumbradas propiedades analgésicas, detonó un cambio en mi cuerpo. La actividad de mis músculos comenzó a menguar. El sueño en el que me sumergía era un sutil analgésico que evitaba cualquier reacción intempestiva. ¿Qué mente diseñó este experimento? ¿Acaso soy yo la única persona en el mundo sujeta a un extravagante efecto secundario? Tal vez un laboratorista, un sujeto de lentes gruesos, cobijado por el anonimato y con acceso a los últimos avances en química, descubrió una sustancia para aletargar indefinidamente al cuerpo humano y, de esta forma, acercarse un poco más a la inmortalidad. No fue difícil usar aspirinas como vehículo transportador. Este hombre buscó en una base de datos el perfil de pacientes con migraña recurrente. La información personal es, en estos tiempos, botín para cualquiera que tenga un poco de ingenio. Consultó candidatos ideales y dio con mi nombre. Se enteró, no con poco morbo, de mi tipo de sangre, de la extirpación de mi apéndice y, lo más importante, de la agenda de mis visitas médicas. Se aproximaba una consulta que era requisito indispensable para renovar mi seguro. Recuerdo la tarde de hace un par de días, cuando acudí a la clínica con mis análisis generales y el nerviosismo natural

de un paciente poco experimentado. Sentado en mi silla, con las manos tiesas sobre los muslos, ratifiqué mi migraña a un tipo a quien tomé por doctor. “Es importante que controle el dolor de cabeza para que no lo incapaciten. Le recomiendo tomar aspirinas con regularidad”, me dijo asediándome tras los gruesos cristales de sus lentes, imitando el tono paternal de un doctor. Después, con dedos seguros y veloces, tecleó una receta en la máquina de escribir. Disfrutó su victoria, con una escueta sonrisa, mientras me dirigía a la puerta del consultorio. El resto sería sencillo: esperar a que fuera a la farmacia que está en la esquina de la calle en donde vivo y que yo escogiera las pastillas adecuadas, aquellas que él había empacado meticulosamente en cajas y colocado en los estantes, en una sagaz maniobra de sustitución, aprovechando un descuido de los dependientes. Ahora está vigilando mi ventana desde la calle o desde la azotea de una casa vecina.

El movimiento en mis venas está detenido. Los pulsos nerviosos no renuevan su energía y emiten un murmullo vacío. Sólo queda mi respiración que conduce, solitaria, mi vida. Los pulmones se esponjan y distienden, pero no hay mucho más. Una química perversa se ha cebado en cada rincón de mi cuerpo. Por eso me enfrasco en mi conciencia, en mi voz que no es sonido sino pensamiento. Trato, inútilmente, de mover la mano derecha que está oculta bajo las sábanas. Tal vez mi cuerpo es sólo lo que puedo ver y, el resto, que pensaba encallado bajo el cobertor, ha desapare-

cido. ¿Qué le diré a mi esposa cuando llegue a casa después de su viaje y me pida ayuda para bajar las maletas? Casi la puedo escuchar, bajando del taxi, cerrando la reja. Pero las gatas están tranquilas. Una está cerca de mi pierna derecha y la otra está sobre una cajonera, mirando por la ventana, como lánguida vigía de porcelana. Ellas detectarán el sonido del motor y comenzarán a husmear. En realidad mi destino no es tan terrible. Soy, a pesar de mis limitaciones, un dios inmóvil pero aún con poder para imaginar y encontrar significados ocultos en la línea de luz que entra por la ventana. Tanta inmovilidad me llevará a interpretar el sueño inescrutable de mis gatas. Escucho el taxi. Quizás todo esto es una tontería. Podría inventarme situaciones aún más inverosímiles. Por ejemplo, que el aire estancado de esta habitación (sus enrarecidas moléculas) es el elíxir de la inmovilidad. Desde aquí ese extraño fenómeno colonizará el mundo. Miles de millones quedarán varados en sus cuerpos. Vaya tontería. Reiría si pudiera hacerlo. Las gatas no se mueven a pesar del rechinido de la reja y del cerrojo abriéndose. Intento, desesperado, atisbar desde el encuadre estático de mi mirada. La que está a mi lado ni siquiera dirige las orejas. La otra sigue vigilante en la cajonera, pero su postura –que no ha variado ni un milímetro desde hace minutos– y el brillo inútil de sus ojos, me revelan la verdad. Sólo resta esperar a que mi esposa suba las escaleras y abra la puerta.

Después de la siesta

 Edna Montes

Mi vida se fue a la mierda, o eso parece los últimos días. Por eso me encerré en mi cuarto a pensar las cosas, necesito un *break*. Mi hermanito está dormido y papá salió, es la única forma de bajarle al drama en la casa. Le tengo envidia al bodoque, él puede echarse una siesta y olvidarse de todo. Sé que no me va a oír, pero no quiero llorar, no voy a quebrarme ahora. Trato de ordenar todas las ideas amontonadas en mi cabeza, dejar de sentirme chinche; eso es muy tonto, ni siquiera entiendo cómo empezó todo. Cada recuerdo en mi mente, me destroza con más fuerza que el anterior.

Ayer traté de darle un beso de buenas noches a papá. Estaba dormido en el sillón. Cuando mis labios rozaron su mejilla, me empujó y se levantó de un salto, luego se me quedó mirando fijamente, como si no me conociera. Sin decir nada, se dio la vuelta y se largó a su cuarto. Me ignoró vilmente. Esa noche me fui a la cama con ganas de pegarle hasta que me hablara, pero terminé llorando hasta el amanecer. Cuando me levanté, el viejo ya no estaba, se había llevado al niño a la escuela. Se supone que a mí me toca llevar a Carlos a la primaria, me queda de camino a la prepa. Al parecer mi familia ya no me necesita, Julián jamás va a perdonarme.

Él tiene el sueño pesado, nunca le molestó que yo bajara al estudio a practicar de madrugada. El sonido lo arrullaba, eso solía decirme cuando me acababa de comprar el piano. Como no podía dormir, hice lo mismo de siempre, tocar hasta sentirme tranquila. Pensé que si empezaba con el *Nocturno en Si bemol menor Op 9 N° 1* de Chopin, el favorito de mi padre, él lo apreciaría. Julián es un ingeniero de audio, pero yo creo que a su modo también es un artista. Además juraba que mi talento era su mayor orgullo. La música siempre nos unía.

Apenas había tocado unos compases de la partitura, cuando bajó hecho una furia. “¡Cállate ya, maldita sea!, ¡¿Es que quieres volverme loco?!”, la violencia en su voz me estremeció. Casi me machuca los dedos al bajar la tapa del piano. Estaba asustada, papá se la ha pasado bebiendo de más desde que mamá se fue, se veía ido por largos ratos. Carlos bajó muy asustado al oír los gritos, le decía a Julián que me había escuchado tocar el piano. Mi padre lo abrazó para cargarlo de vuelta a su cuarto jurándole que se lo estaba imaginando.

Yo me quedé ahí, como tonta. Quise entender las cosas, calmarme, pero de repente ya estaba chillando a mares. Respiré profundo como veinte veces. Antes del choque, papá jamás me trató mal, sabe lo sensible que soy. Además, la que gritaba por todo era mamá, Julián era muy tranquilo. Al subir las escaleras sentí como me temblaban las piernas, era como flotar. Pegué la oreja a la puerta de Carlos, con

cuidado de no hacer ruido. Lo escuché llorar mientras rezaba para que papá volviera a la normalidad. Las súplicas de mi hermanito me partieron el alma; en ese momento entendí que nada volvería a ser como antes. Tenía miedo de dormir, bajé de nuevo, prendí la tele y le quité todo volumen. No recuerdo nada más hasta que amaneció y mejor me subí a mi recámara. Tampoco es que importe, la verdad.

En la mañana quise hacer las paces, fui a su recámara y le dije que yo prepararía el desayuno. Me quedé mirando el hueco de mamá en la cama; ella habría sabido qué hacer, parecía increíble pero yo la extrañaba. Papá se quedó dormido, se le hizo tarde, se levantó enojado, frió un par de huevos y se llevó a Carlos a la escuela. La sangre se me subió a la cara, apreté fuerte los puños y lancé todos los trastes al suelo mientras ellos salían rumbo al auto. Me fui detrás de ellos, le grité que me valía madres, mejor que él lo llevara diario, total, a mí me trataba como una inútil. Julián gruñó un par de frases incomprensibles para calmar a Carlos, luego se fueron.

Desde ese día sólo me queda practicar el piano cuando ellos se van, intentar dormir y robarme las pastillas de Julián. No me las tomo, las escondo por molestar, porque quiero joderle la vida como él me la jode a mí. Después, cuando lo veo poner la casa de cabeza para hallarlas me siento culpable. Luego me encabrono de nuevo porque no le importo a nadie. La vida se volvió miserable en un tiempo récord. Sólo pensar en levantarme de la cama e ir a

la prepa me pone peor todavía. Si tanto le intereso al desobligado de mi padre ya vendrá a gritarme cuando le digan que no voy a clases.

Mamá llamó ayer, no contesté, no tenía fuerzas para eso. La contestadora hizo lo suyo, en esa grabación todavía sonábamos como una familia feliz. “Quiero ver a Carlos, pero desde lo que pasó con Julia no soy capaz de poner un pie en la casa. Entiéndeme, Julián, no puedo ni verla”. Recordé las peleas, sus sermones sobre que la música era un *hobbie*, no una carrera. “No es sano pasar tantas horas tocando el piano”, “sal a fiestas”, “haz amigos”, “ten un novio” y la peor de todas: “¡Cómo quisiera que fueras normal, Julia!” Mi madre parecía avergonzada de mí hasta por existir. Daba siempre en el punto exacto para volverme loca.

Eso fue lo que pasó cuando me dieron el permiso de manejar. Papá era mi cómplice, me enseñó a conducir para cuando fuera al conservatorio, iba a necesitar el coche. No contábamos con su trabajo, así que al final fue mamá la encargada de traerme de regreso, obviamente no me dejó tocar el volante ni de broma. Quisiera recordar cómo empezó la pelea, el manoteo... mi mente sólo consigue volver a cuando nuestros gritos se ahogaron entre el estallido de los cristales y el rechinido del metal al torcerse.

Una pesadilla constante, dolor, oscuridad. El sonido de las ambulancias, un tubo en mi garganta, huesos rotos, ruidos mecánicos, mi incapacidad de moverme. Los medicamentos hicieron lo suyo: todo es como una bruma en mi

cabeza. La claridad no regresa hasta el día en que desperté en mi cama. Mamá estaba en la puerta mirándome, lloraba sin poderse contener. Cuando se quitó las manos de la cara vi una enorme cicatriz que atravesaba su bonito rostro de lado a lado. Papá trató de consolarla. Al día siguiente, ella hizo las maletas y se largó de casa. “No soporto ver esto”, la única explicación. Casi podía ver las palabras flotando por los pasillos de mi hogar hasta perderse en la nada. Julián empezó a cambiar ese día, creo que nunca va a perdonarme.

La puerta de mi habitación se abre despacio, Carlos asoma su cabecita casi con miedo y me ve tirada en cama, bañada en llanto. Al final, no pude contenerme. “¿Julia?”, pregunta mientras se talla los ojos, adormilado. Le hago un gesto para que se acueste a mi lado y le pregunto si tuvo un mal sueño. Asiente, me abraza y él también comienza a llorar en silencio. Nos quedamos hechos ovillo, él es la única familia que me queda ahora.

Papá abre la puerta, nos mira con ternura. Las lágrimas también se asoman a sus ojos, pero se aguanta. Está ahí callado, sin moverse. Lo extraño mucho, al hombre que era mi mejor amigo, mi confidente, al que me quería como nadie más en el mundo y creía en mis sueños.

Carlos se sorbe los mocos. “Hermanita, te quiero mucho”, dice tartamudeando. La expresión de Julián cambia mientras se acerca lentamente a la cama. ¿Será que al fin recordó que somos una familia?, ¿que nos queremos? El tiempo se detiene mientras espero ese abrazo de reconcilia-

ción, como si bastara para deshacer estas semanas de tragedia. Todavía podemos arreglar las cosas. Las vacaciones están cerca, podríamos ir los tres a la playa o a una cabaña en el bosque. Cualquier sitio lejos de esta situación de mierda.

Papá se sienta despacio en la cama, “Carlos, ¿qué haces aquí, hijo?”. Me quedo callada, no sé cómo reaccionar. “Estoy consolando a Julia, papi”. Mi padre vuelve a pasar de mí, jala a mi hermano con cuidado y lo estrecha entre sus brazos. “Campeón, ya hemos hablado de esto antes. Está bien, yo también quiero mucho, mucho a Julia, pero ya no podemos hablar con ella”.

Me levanto de un golpe, ya no soporto más. “Eres un pendejo papá, ¿por qué chingados me haces esto?, ¿qué te hice yo?, ¡dime!, ¿neta me estás aplicando la ley de hielo? ¡No mames, Julián!, sí, ya te lo dije, no mames... ahora qué vas a hacer, ¿eh?” En el fondo sólo quiero que me mire, que me grite, que haga algo para recordarme que existo. No funciona, me ignora, caigo al suelo echa bolita de pura impotencia. Él nada más abraza fuerte a mi hermano porque escucharme gritar lo puso todo loco, no deja de lanzar puñetazos y patalear gritando mi nombre, diciendo que quiere estar conmigo.

El tiempo que papá pasa abrazando a mi hermanito y aguantando sus golpes sin aflojar ni un poco se me hace eterno. A lo mejor mi mamá tiene razón, tal vez sí estoy destrozando a mi familia. El accidente es mi culpa, todo es mi culpa y ya es demasiado tarde para arreglarlo.

La voz de mi Julián me saca de mis pensamientos. “Carlitos, hijo, ya hablamos de esto, tu hermana no está aquí.” “No, papá, mírala, está ahí, en la alfombra”, “Mi amor, te lo estás imaginando porque la extrañas mucho, mucho. Igual que yo. Julia está muerta, no va a volver nunca más. Está bien si lloramos, porque nos hace falta. Ahora tu hermana está en el cielo, es un ángel y nos cuida siempre.”

Me pongo de pie y grito con todas mis fuerzas. “Mírenme, aquí estoy, no estoy muerta” ¿Me volví loca?, ¿es una pesadilla?, ni siquiera Carlos me escucha ahora. Entonces lo entiendo, no recuerdo cuándo fue la última vez que comí o dormí. No siento frío, hambre, nada. Desde esa noche me la he pasado deambulando por la casa, no sé cuánto tiempo hace. Ahora está vacía, no queda ni mi familia ni mi piano y yo sigo caminado entre las habitaciones. A veces vienen algunas personas miran la casa y se van. Ya no sé qué hacer. No soy un ángel, no soy nada. ¿Cómo salgo de aquí?

Como todos los días

 **Ronnie Medellín**

*A Pablo y Diego, que tomé sus monstruos
para sacarlos a pasear.*

Niña, levanta ese rostro. No pasa nada, sólo son un par de escaleras y listo, entras al pasillo que va directamente a tu cuarto.

Muy bien, un pie después del otro y recuerda mirar hacia delante.

¿Qué te preocupa? ¡Ya sé!, tienes miedo, lo puedo ver en lo pálido que está tu rostro ¿Querías que alguien te acompañara? Pues no pequeña, así es la vida. Hoy no están tus padres ni tus hermanos. Hoy estás sola y eres libre de hacer lo que quieras. ¿El pasillo se te hace enorme? Me vas a decir que tienes miedo de caminar entre esas paredes sin ventanas, donde los tragaluces han dejado de ser tus aliados porque la maldita noche ha caído para no dejarte caminar por ese estrecho pasillo.

Es ese sentimiento de horror por lo que lloras. No te da pena porque sabes que nadie te observa; peor aún, sabes que nadie te va a ayudar. Ya colocaste el pie descalzo sobre el piso frío color crema. Sientes cómo raspan las pequeñas grietas en él. Tus sentidos están a flor de piel y como un hombre cayendo de un desfiladero, conoces tu destino.

Ten calma, camina despacio como lo estuviste haciendo en la mañana. ¿Qué pasa? Para ti ese pasillo siempre está en penumbras, ¿es el miedo y el olor a viejos recuerdos? Es peor, ¿verdad? Pero tú camina; ya pusiste el otro pie, preciosa. Sigue caminando, ahí dentro no hay nada; tu papá ya te lo ha dicho miles de veces. ¿No lo recuerdas? Recorrió los pasillos contigo en busca de tu miedo, te ayudó a dormir leyendo ese relato de la niña sin zapatos. Además llevó el veneno mata monstruos, recorrió cada esquina del cuarto de paredes color pastel. Es más, lo pintaron de azul para ti, para que distinguieras las sombras oscuras y tuvieras tiempo para tocar la campana, y así tus hermanos vinieran a tu rescate.

Eso es. Camina despacio, no pasa nada. El camino se hace largo, mides la distancia según los cuartos y no hay problema alguno. Mira a tu alrededor: no hay ninguna sombra ni criatura que aceche tu caminar. Una cómoda con un pequeño alhajero en el centro y nada más. Un pie tras otro hasta llegar a tu destino.

Te detuviste. ¿Qué pasa? Tus pies están tiesos. Miras a la izquierda hacia el cuarto de tus hermanos, intentas meter tu rostro al interior. ¿Qué te pasa? Tienes miedo y no prendes la luz. En vez de eso esperas que algo salga de ahí. No están tus hermanos, ¿lo recuerdas? ¡Ah!, ya sé. Estás recordando esa noche que tuviste pesadillas y corriste en busca de tus hermanos. Luis te corrió a patadas y Juan le gritaba desesperado que te creía. Tú lloraste y te quedaste

como una roca sobre el piso del pasillo hasta que llegaran tus padres de esas fiestas de señores aburridos que suelen embriagarse y jugar póker.

Niña, camina, tus hermanos no están y el pasillo está vacío. No hay nada que temer, ni a las viejas sombras que pasan y pasan por el tragaluz. Son ramas, dijo tu padre. Son almas de niños que han sido devoradas por el viejo del costal, dijo tu hermano. Sean lo que sean, nunca te han hecho nada; no hay nada que temer. Son aves nocturnas sin rumbo fijo, pequeños cuervos que se anidan en la arboleda del exterior. Nada te picará los ojos, yo lo sé, tú lo sabes; camina.

Anda, así, un pie después del otro, ¿o me vas a decir que sigues recordando las manos frías y negras que te acechaban a temprana edad? Es mejor que no lo recuerdes, si lo haces, no vas a poder avanzar. Aleja esos recuerdos, todo fue un sueño. Tus ojos no eran tus ojos, sólo la mirada de un vago recuerdo. Esas manos largas y negras, frías y duras como largos mangos de pinceles sin articulaciones eran las de tus hermanos, recuerda, tu padre te lo dijo. No llores, tu padre echó insecticida por toda la casa y les dio una tunda a esos hermanos traviosos de manos largas. ¿Qué sientes? ¿Sigues pensando en eso? ¿Acaso en la noche sigues sin poder dormir, esperando a que te aceche la oscuridad y esa criatura extienda sus brazos como lo hacen las arañas abrazándose a la madera? Recuerda, fueron tus malditos hermanos, esos niños groseros de sonrisas de comercial de pastas de dientes. De

oreja a oreja, falsas como las explicaciones de tu padre. Pero no lo odies, lo hacía por tu bien.

Eso es, coloca tu mirada hacia el frente. Camina poco a poco disimulando que aquella criatura a tus espaldas no existe. No te preocupes, es tan enorme que no cabe en el pasillo. Tú tienes ventaja al correr. No importa que sus dedos, los cuales se extienden del muñón que tiene por brazos, sin palma alguna, rechinen a los lados. Él no existe. Te has acostumbrado a tener ese peso en tu espalda, esa sensación recurrente que te hostiga todos los días y todas las noches.

Niña, niñita, camina. El cuarto de tus padres está cerca, no te detengas. Camina sigilosamente, pero camina. No mires hacia el fondo, finge valentía, como si la penumbra no desembocara del fondo del cuarto de tus padres, ni del pasillo.

¡No lo hagas! ¡No mires! Sigue adelante, pasa desapercibida a los ojos del Jesucristo crucificado. Cada vez que lo haces, esos ojos no dejan de mirarte. ¿Es eso a lo que le tienes miedo? Calma, aquella mirada punitiva es una mera ilusión, un truco del escultor. ¿Por qué tu caminar se detiene? Te estás agitando. Calma, no pasa nada, sólo son los recuerdos. Son tus padres, están discutiendo sobre el hombre de negro, el del sombrero alto. ¿Lo recuerdas? El hombre maldito que embarga a la familia, pero por alguna extraña razón ahora sólo lo puedes ver tú.

¡Espera! ¿Por qué corres? Tus pies parecen los de un caballo a galope y de repente... te detienes. Estás agitada, asustada, tienes un miedo incontrolable. ¿Qué pasa?

¿Por qué te detienes en tu recámara? Sigue caminando.

Ya sé qué pasa, sigues recordando. Su rostro oscuro y sin rasgos. Sólo recuerdas despertar de la pesadilla, mirar a tu izquierda y observar al hombre delgado, alto y de garganta profunda. ¿Qué viste dentro de él? Un yacimiento de petróleo que gorgoreaba una especie de aceite. Esa noche gritaste muy fuerte. ¿Lo recuerdas? Tu padre se levantó y ya no estaba ese hombre. ¿Cuántas veces te sucedió? Unas tres veces por semana hasta que no lo soportaste más y te ocultaste en las sábanas de tus padres, pero su rostro sin forma jamás se fue de tu mente. Ese es el problema, las maldiciones no se alejan como un perro sin dueño, se establecen como uno con rabia, hasta cumplir su cometido: morder.

Ellos sabían que ese hombre existía, ¿por qué lo negaron?

Ahora le das la cara a tu cuarto. Es él, ¿verdad? Sabes que está ahí adentro acechando desde el techo, esperando a que entres para mostrarte lo que hay dentro de él. Tienes razón, es mejor darle la cara y dejar de pensar en él.

Miras de reojo al espejo que está frente al cuarto de tus padres, están llorando. Tú lo sabes, yo lo sé. Fue tu historia la que los puso así. ¿Lo recuerdas? Eran las tres de la mañana, abriste los ojos y él estaba sobre ti, con la boca abierta y sus manos largas como los pies de una araña tomándote por el cuello y forzándote a abrir la boca, intentando quitarte el aire, el suspiro, dijiste tú.

¿Dónde estaba tu padre con ese veneno contra monstruos? ¿Dónde estaba tu crucifijo con los ojos abiertos?

¿Dónde estaban tus hermanos para defenderte? ¡Corre, niña! ¡Corre! Hasta que tus pies descalzos no puedan más, aunque las escamas residuales de los monstruos que gobiernan tus pasillos te lastimen las plantas de los pies y no puedas más.

¡Hey! ¿Por qué te detienes? ¿A qué le tienes miedo? Sigo sin entenderte, niñita. Al final del pasillo sólo hay un espejo. ¿Qué pasa? ¿Quieres echarte hacia atrás? Estás llorando mi dulce y pequeña niña ¿Qué pasa? ¿Todo este alboroto por un espejo? Mira, ve tu rostro, está tan demacrado, tan triste y lleno de llagas.

¡Espera! No grites, vas a despertar a los vecinos, a los monstruos y a los que habitan detrás de ese espejo.

Ya los asustaste. La pobre mujer detrás del espejo está llorando.

Amor mío, ¿no te he dicho varias veces que tú no existes?

Cerillo

 **Mario Sánchez Carbajal**

Cuando mi papá se fue a Estados Unidos me regaló un muñeco con el pelo parado y rojo, como escupido por un dragón. Para que tengas con quien jugar, dijo, y yo quise bautizarlo con el nombre de Cerillo, porque parecía un cerillo prendido. En el cuaderno de tareas dibujé su cabeza muchas veces hasta acabar con las hojas. Una noche en que mi mamá estaba distraída viendo la tele mientras yo me aburría, saqué de la mochila el bicolor y decidí dibujar a Cerillo en la pared de la cocina. Hice un círculo grande que era el contorno de su cabeza y le pinté el cabello de rojo y los ojos de azul marino.

Mi mamá entró, puso cara de sorpresa y se empezó a enojar. Entonces cerré los ojos y apreté la panza cuando dijo pon las manos. Mis brazos temblaron el mismo rato que ella tardó en darme dos manazos. Luego me dio otro en la boca porque le grité pinche vieja. Con la manga del suéter tallé el golpe hasta que mis labios ardieron. A ella se le pusieron los ojos rojos y llorosos. ¡Ahorita vas a limpiar eso!, y tronó los dedos apurándome. Me le quedé viendo feo. ¡No me veas así! Entonces cómo quieres que te vea, le contesté y volteé hacia el suelo. Me agarró del brazo, pero me jaloneé hasta soltarme y corrí hacia la sala. Ella vino

atrás de mí. Tomé a Cerillo, que estaba encima de la tele y nos aventamos de un salto al sillón. Puse su cabello de flama a la altura de mi cara y le dije al oído esa pinche vieja está loca. Él dijo que sí y de repente gritó ¡ahí viene! Escuché cómo reventaron dos cinturonzos sobre mis piernas. Fue tan rápido que ni siquiera los vi, pero el ardor se quedó pegado a mi piel y creció hasta que no aguanté las ganas de llorar. Ya, mami, no es cierto, ya, perdón, y puse las manos para que no fuera a darme más. Ella me empujó hasta la cocina y me aventó un trapo para limpiar la pared.

Después de un rato de estar tallando por fin pude irme a dormir. Estaba cansado pero no tenía sueño y me dolía mucho el hombro. Apenas me tumbé en la cama oí la risa de Cerillo: Te pegó tu mamá, se burlaba. De qué te estás riendo, le grité. Lo puse sobre la almohada y lo ignoré dándole la espalda. Escuché con atención los ruidos que venían de la avenida central y comencé a quedarme dormido. Luego sonó un claxon desesperado y salté del susto; una sombra pasó volando por afuera de la ventana y sentí que una fila de hormigas subía corriendo hasta mi cabeza.

¿Por qué te quedas callado?, le pregunté a Cerillo.

No le tengo miedo a las sombras, me dijo.

Yo tampoco, le contesté.

¿Sabes por qué no me dan miedo?, porque tengo poderes... como los tuyos.

Yo no tengo poderes.

Cerillo se empezó a reír y me contagió la risa. Volteé

hacia él y le hice cosquillas. Mis poderes de cosquillas, grité mientras le picaba la panza con las uñas. Nos reímos tan fuerte que mi mamá gritó desde el pasillo ¡Santiago, ya duérmete! Guardé a Cerillo en su caja de zapatos, le dije buenas noches y lo metí abajo de la cama.

Soñé que Cerillo me señalaba y decía estos son tus poderes, y un rayo de luz salía de su dedo y me daba en la frente. Entonces dentro de mi cerebro se formaba una cueva oscura adonde sólo yo podía entrar. Luego la cueva se convertía en un cuarto parecido a la sala de mi casa: había el mismo sillón. Olía a quemado. El sol entraba por un hoyo en la pared y dejaba una mancha de luz en el suelo. Yo decía voy a levantar el sillón: esforzaba la mente, en mi cabeza me imaginaba alzándolo y en ese mismo momento de verdad se despegaba del suelo. Y así lo hice varias veces hasta que me distraje y el sillón azotó. Desperté de un brinco y dije estoy en la cueva; pero vi por la ventana que afuera el cielo ya estaba azul cielo.

Lo primero que hice fue mirar fijamente las cortinas y dije que se abran por completo: pensé que eso sucedería y esperé..., entonces llegó mi mamá diciendo ya párate que vamos a ir con tu abuelita. Caminó hasta la ventana y abrió las cortinas. Me sentí fuerte. Me hiqué en el colchón, agarré vuelo y me paré de un salto como si fuera un resorte. Empecé a dar brincos hasta casi tocar el techo con la punta de los cabellos.

¿Le avisaste a mi abuelita que vamos a ir?

Deja de estar brincando en la cama, contestó ella y fue a prender el bóiler.

Mi mamá regresó enojada a bajarme del colchón. Intentó quitarme la playera que se quedó atorada en mi cabeza. Le dio un jalón fuerte y casi voy a dar al suelo: lo bueno fue que planté recio los pies y me pude liberar. Ella dijo estás todo rojo de la frente, y nos dio risa. Tengo poderes de cosquillas, grité, y empecé a hacerle cosquillas en el cuello. Pero ella no rio. Métete a bañar, ándale. No quería bañarme; hacía mucho frío.

Imaginé con fuerza que se apagaba el bóiler. Entré al baño. Mamá, el agua está fría, le grité. Ella metió la mano debajo del chorro y dijo no es cierto. Yo metí otra vez la mano: el agua estaba congelada. ¡Santiago!, ya no estés jugando y métete. Está fría, está fría... Pegué la espalda a la pared y le dije que había apagado el bóiler. Qué bóiler ni qué bóiler. Me agarró de los brazos y me puso debajo de la regadera. El agua helada me enchinó la piel; me tembló la quijada y frente a mis ojos pasó un montón de lucecitas. Le grité tú quieres congelarme. Me dio dos nalgadas. Me enjabonó rápido e igual de rápido me enjuagó. Por fin cerró la llave y salí del baño temblando aunque ya estaba envuelto en la toalla.

Me vestí y nos fuimos a la casa de mi abuelita. En el camino mi mamá trató de hablar conmigo: no le contesté. Siempre que iba a salir con mi tío se ponía de buenas un ratito antes de irse. Me dolía la cabeza; estaba enojado; no

quería que se fuera. Si haces berrinche te pego, amenazó cuando mi tío llegó por ella.

En la noche le pregunté a Cerillo qué pasaría si mi abuelita se cayera de las escaleras. Lo levanté para vernos de frente. ¿Qué tienes? Pero él no quiso hablar. Estaba enojado porque no lo saqué de su caja en todo el día. Le dije no me importa, pero me dio mucho coraje. ¡Pon las manos!, le ordené, y él desobedeció. Me levanté y bajé al baño. ¿A dónde vas?, preguntó mi abuelita que estaba en la sala echando las cartas. Le dije que iba a hacer pipí. Guardé el rollo de papel en la bolsa del pantalón, regresé al cuarto y envolví a Cerillo igual que a una momia. ¿Quieres quedarte callado?, pues te vas a quedar callado para siempre. Lo aventé adentro de su caja, le puse la tapa y pensé cómo no tengo lumbre para incendiarlo. Lo escuché llorar y también me dieron ganas, pero me aguanté.

Mi abuelita se asomó al cuarto. Fingí que estaba dormido y ella no lo creyó. Se acercó y dijo qué tienes. Me acarició la cabeza, sentí que su mano era una lombriz babosa que se arrastraba por mi cabello. No abrí los ojos. Le di la espalda y dije ojalá se caiga. Dentro de mi cabeza la miré cayendo por las escaleras hasta azotar en el suelo; luego se quedaba tiesa viendo el techo, asustada, quejándose de dolor.

En la mañana desperté y saqué a Cerillo de su caja. Con el sudor se le había pegado el papel y tuve que quitárselo con las uñas como si fueran pellejos. Le pedí perdón y él

contestó no hay problema. Volvimos a ser amigos. Vamos a desayunar, dije, y cuando estábamos por bajar vimos a mi abuelita tirada al final de las escaleras. ¡Es culpa de tus poderes!, gritó Cerillo. Me quedé tieso, sin aire. Ándale, apúrate, y su voz fue una cachetada que me devolvió la respiración. Fui hasta donde estaba mi abuelita. Por un momento pensé que todo sucedía en mi imaginación, pero me di cuenta de que no era así cuando toqué su mano arrugada y tibia. Déjame, no me jales, dijo regañándome porque intenté ayudarla a levantarse. Ve por la señora Carmela. Salí corriendo hacia la casa de enfrente. Abrió la señora y le grité apúrese. Ella no entendía. La llevé jalando del suéter. Entramos y, apenas la vio, dijo espantada santo dios y corrió a hablar por teléfono. Fue mi culpa, le confesé a la señora Carmela cuando los de la ambulancia ya se habían llevado a mi abuelita. Ella no escuchó, sólo prometió que todo iba a estar bien y me dio un bolillo. Yo ya quería que llegara mi mamá.

Fuimos al hospital en la patrulla de mi tío Javier. Mi mamá estaba a punto de llorar y cuando intentó decir algo las palabras se le ahogaron con la saliva. Él le dijo no pasa nada y le acarició la pierna. La falda de ella estaba llena de círculos de colores. Yo traía a Cerillo bien apretado en la mano y lo había empapado de sudor. Lo saqué por la ventana para secarlo. Llegamos al hospital. Mi mamá se bajó del carro. Intenté abrir la puerta pero no servía la manija. Nos vemos en la casa, dijo ella. Rápido imaginé que la puerta se abría: no pasó nada. Le grité yo voy contigo pero no

escuchó y entró al hospital. Avanzó el carro. Seguí gritando y con el puño cerrado golpeé el vidrio. A ver, cabrón, dijo mi tío con su voz de judicial, cálese y pásese pa' delante. Lo obedecí. Me senté a su lado y le pregunté a dónde vamos. Contestó que íbamos a ir por mi prima Ana. En el camino, también me explicó que ella no era mi prima de verdad y que él tampoco era mi tío, sino sólo un amigo. Entonces por qué mi mamá dice que sí lo eres. Porque está loca. Reí mucho.

Cuando llegamos por mi prima, su mamá preguntó quién es ese chamaco. La señora era un poco gorda y tenía la frente arrugada. En cambio Ana sí era bonita, tenía apenas tres años y sus ojos estaban grandes y de color miel. Mi tío la sentó en el asiento de atrás y le abrochó el cinturón. La señora no dejó de verme feo y no supe por qué. Según dijo Cerillo, ella me odiaba.

Llegamos a la casa. Mi tío me pidió que cuidara a mi prima y luego dijo que se iba a dormir porque andaba todo mareado. Sacó del refrigerador una cerveza y se la tomó de un trago, luego abrió otra y se encerró en el cuarto de mi mamá. Yo entré y le dije que el bóiler no servía. Nada más alzó los hombros y me ordenó cerrar la puerta. Senté a Ana en el sillón y para entretenerla le di unos carros y unos soldados viejos que ya no me gustaban. Fui por agua a la cocina y en el reloj vi que eran las cinco. Prendí la tele porque ya no tardaba en empezar mi caricatura. Recordé que los cyborgs del doctor Malvado estaban a punto de ganar la batalla. Pero el Robot bueno soltó sus manos de

misil y mató a muchos; otros, los más cobardes, huyeron.

Terminó el capítulo y vi que Ana no estaba donde la había dejado. La llamé. No contestó. Fui a la cocina y ahí tampoco la encontré. Me asomé al baño y nada. Volví a la sala asustado pensando que se había salido de la casa, pero de repente la vi que venía de atrás del sillón. Me acerqué, le dije regañándola siéntate a ver la tele y la jalé del brazo. Miré que traía algo rojo en la boca. Ábrela grande, di a. Metí los dedos, toqué su lengua babosa y con mucho asco le saqué unos pelitos rojos. Me asomé atrás del sillón y vi a Cerillo con el pelo arrancado. Lo levanté. No dijo nada, sólo se quejó. Lo envolví en un trapo, con mucho cuidado lo metí a su caja y lo escondí debajo de la cama. Le dije a Ana eso no se hace y le di de nalgadas hasta que me dolió la mano. Ella lloró y gritó tan fuerte que despertó a mi tío. Él salió enojado, me gritó hijo de la chingada y me dio un sopapo. ¡Pinche güey!, le dije y cuando vi que venía hacia mí corrí a encerrarme en el cuarto.

Desenvolví a Cerillo: tenía la cara muy pálida. Los pocos cabellos que le quedaron estaban pegados con saliva a su cabeza y parecían hilos de sangre. Sus ojos permanecían muy abiertos, asustados. Lo levanté con cuidado y sentí en mis manos su cuerpo frío, completamente apagado. Apreté los puños y le pegué al colchón hasta cansarme. Mi tío tocó la puerta y le grité que se largara. Ojalá se muera la pinche puta de Ana, pensé.

Mi mamá llegó y le conté lo que había pasado. Ella ni siquiera me volteó a ver. Que yo era un berrinchudo, que le había pegado a la niña, que no sé cuántas cosas le decía mi tío. Fui por Cerillo y se lo enseñé, pero ella no hizo nada. ¡Me lo regaló mi papá!, grité. Vete a tu cuarto y dame ese chingado muñeco, y me lo arrebató para echarlo arriba de la vitrina. Escuché el azotón que dio el cuerpo de Cerillo: sentí que se me agrandaba el ombligo y entraba aire. Mi mamá estuvo a punto de darme una nalgada, pero mi tío, como se dio cuenta de que mi enojo era también mucha tristeza, le dijo ya déjalo en paz. Sacó su cartera de cuero y me dio uno de a cien: Ándele, cabrón, pa que se compre otro.

Aventé el billete al suelo y me largué a mi cuarto. A nadie le importaba la muerte de Cerillo, y a mi mamá menos, a ella ni siquiera le hubiese importado si yo moría. Y era culpa de Ana porque ella lo mató. Ojalá que la lumbré de Cerillo le queme la panza: la odio, la odio, pensé y al mismo tiempo lo dije en voz baja; se me salieron esas palabras como burbujas de veneno que debían ir a explotar en su cara. Entonces me acosté en la cama mirando el techo e imaginé su muerte. Fui a mi cueva y ahí estaba ella: la vi sentada y de repente un misil invisible le daba en la cabeza y se le salía toda la sangre. Lo imaginé una y otra vez casi de la misma manera, a veces sólo cambiaba el color de su ropa.

Al otro día mi mamá preguntó si ya había pasado el berrinche. No le contesté. Le pedía a Cerillo y dijo no te lo voy a dar hasta que te levante el castigo.

Toda la semana, en las tardes, cuando mi mamá iba al hospital me pasaba a dejar con doña Carmela porque ella se ofreció a cuidarme. Yo no necesitaba que nadie cuidara de mí, y menos esa señora que se le pasaba haciendo carpetas: ¿Para qué hace más?, le pregunté, y ella se rio y dijo te voy a enseñar cómo se hacen, pero nunca me dejó agarrar lo ganchos porque me podía lastimar, decía. Yo ya deseaba que fuera sábado para que mi mamá me regresara a Cerillo, y así poder enterrarlo.

El sábado me levanté y vi por la ventana que el cielo todavía estaba azul oscuro. Fui a revisar el reloj de la cocina. Eran las seis. Entré al cuarto de mi mamá y le dije que era sábado, que si podía agarrar a Cerillo. Ella movió la cabeza diciendo que no y luego dijo duérmete otro rato. Esperé despierto hasta que se levantó. Se lo volví a pedir. Hasta que acabes de desayunar, y preparó unos huevos a la mexicana y sirvió leche. Eché todo el huevo en una sola tortilla y lo terminé de tres mordidas. Luego desaparecí la leche de un trago. ¡Ya terminé!, le dije. Sonó el timbre. Era mi tío. A mi mamá se le hizo muy raro que viniera tan temprano. Mi prima no venía con él. Recordé lo que había imaginado. Corrí hasta la patrulla a ver si Ana estaba dormida adentro. ¡Santiago, métete!, ordenó mi mamá. Mi tío, apenas llegando a la puerta, la abrazó fuerte y casi se le cae encima. Estaba borracho y se puso a llorar. Vete a ver la tele. Encendí la televisión pero le bajé el volumen y escuché que dijo me la mataron, y lo repitió muchas veces. Hubo silencio. La tele

comenzó a tambalearse, también el foco y la vitrina, y no dejaron de moverse hasta que me acosté en el sillón.

Entonces una idea se encendió en mi cabeza. Arrastré una silla hasta la vitrina y me subí en ella para bajar a Cerillo. Ahí mismo lo agarré recio con las dos manos y le dije regresa a la vida. Imaginé con toda mi fuerza que Cerillo revivía, y él parpadeó. Corrí a la cocina y entré gritando yo puedo hacer que Ana vuelva a vivir. Mi tío se echó a reír y a llorar al mismo tiempo. Mi mamá se levantó rápido y me sacó de la cocina. Yo la maté con mis poderes, le confesé. Ella me dio una cachetada y dijo cállate y enciérrate en tu cuarto.

Sri Avinanda

 **Tatlacatl Alejandro Carrillo Rosas**

Sri Avinanda, con su mirada pausada y la dulce sonrisa que se escapaba de su cara como una paloma, observaba a sus discípulos en el salón principal del Ashram.

María había soñado con ese día desde siempre; había dejado todo y cruzado el mundo y hoy, por primera vez, estaba frente a su maestro. Lo miraba emocionada, sacudida por la presencia del Gurú. Es perfecto. Este es mi lugar, junto a él.

Sri Avinanda habló y llenó el corazón de María con las palabras suaves de la primavera. Es como lo imaginé, dorado, hermoso, así debió sentirse la pastorcita la primera vez que contempló a Krishna.

Después de las palabras, breves pero llenas de flores y verdades que algún día despertarían dentro de sus discípulos, Sri Avinanda comenzó la meditación.

María cerró los ojos. Siguió muy despacio el ritmo de su respiración hasta que la pálida suavidad de la meditación la inundó.... estaba ya en ese lugar fresco, en el centro perfecto del mundo, donde las palabras y los segundos desaparecen, cuando algo la trajo de vuelta; una intuición, a lo mejor, o un leve olor a podrido que se filtraba en el aire.

Abrió los ojos.

De la espalda de Sri Avinanda cuatro tentáculos violeta, carnosos, se movían empujando un aire pútrido a lo largo del salón.

El horror cubrió con su manto reseco el corazón de María. La angustia endureció su pecho. Por un tiempo que le pareció eterno se quedó paralizada. Apenas respiraba. Debe ser una prueba, no tengo porqué sentir miedo. Debe ser una prueba.

Apretó lo ojos esforzándose para que la visión desapareciera. Tengo que ser fuerte. Los demás discípulos ya han de haber pasado por esto. No puede destruirme algo así, no puedo desconfiar de él, de mi camino.

Sri Avinanda abrió los ojos. Dio por terminada la meditación y se dirigió con su voz cálida a los nuevos discípulos: les dijo que ahora era el momento de hacer los votos y abrazar el camino para siempre. Los tentáculos, sin embargo, seguían girando; subían y se alargaban sobre sus cabezas y nadie parecía verlos.

Uno a uno los aspirantes repitieron las palabras que Sri Avinanda les decía y con ello entraron en la comunidad del Gurú.

Era el turno de María. Le temblaban los huesos. El olor que despedían los tentáculos crecía más y más y no podía bloquearlo. Tenía que decidir. Es una prueba. No puedo confiar en mí. En la estúpida mente. Me engaña. Es mi propio ego. Él es perfecto, es la encarnación de Krishna. No puedo confiar en mí.

Con trabajo repitió las palabras de Sri Avinanda y mareada por el olor nauseabundo, se postró ante su maestro y aceptó los votos.

Despertares incómodos

 **Magdiel Torres**

De la primera vez que morí recuerdo el olor del asfalto, un dolor en las costillas y la rara sensación de saber, poco antes de despertar, que un camión me había arrojado más allá de la muerte.

Supe que estaba muerto por las mujeres que habían salido a comprar el pan por la mañana y observaban un charco de sangre que emergía de mi cráneo roto. Lo intuí por los gritos que intentaban detener al conductor que huía y lo advirtió también mi dolor que había adquirido voluntad propia para salir de mi cuerpo y susurrarme al oído que ahí estaba un camión de carga que parecía asustado ante mi cadáver.

Me entregué a la muerte como quien al llegar a casa se tira a la cama tras un día pesado de trabajo. Mi lecho era de asfalto y de llovizna.

Después aparecieron otros dolores, sensaciones funestas que recorrían el cuerpo como si lo transformaran para la muerte. El dolor que me advirtió sobre mi nueva condición de cadáver no fue aquel que me habló de la presencia de un automotor tímido y desconfiado, sino uno en el estómago. Un padecimiento incontenible que se empeñaba en salir de mí, como el vómito que desafía la fuerza de gravedad y se prolonga irremediabilmente por

la nariz y la boca. Así se siente la muerte, como un vómito.

Y así como al acto de vomitar le sigue una sensación de descanso, de igual manera llegó la tranquilidad que supuse tendría morir. La paz de no tener piernas ni brazos ni cabeza partida que cargar. Una vez que el dolor me abandonó me encontré en un lugar oscuro, sin nada. Yo era una presencia en un espacio, digamos, muerto. Suspendido ahí tuve la oportunidad de pensar en lo que me podría esperar en mi nuevo estado.

Siempre había creído que tras el último acto existía algo, la vida que tras la muerte nos habían prometido si éramos buenos y humildes. Aquella muerte consciente era lo más parecido a esa promesa. No estaba mal. Sin percibir todas las maravillas que me anunciaron en vida, mi nueva condición era al menos consoladora. Intuí que podía materializar recuerdos agradables a mi antojo y personas que jamás volvería a ver, aparecerían ante mí con un simple trazo de mi memoria.

Pero después desperté con la misma nostalgia del sonido del despertador que por una oscura razón no timbró, me descubrí atrasado y apenas tuve tiempo de pensar en ese extraño juego de la muerte mientras bajaba las escaleras de casa y me precipitaba hacia la calle. Las remembranzas de las pesadillas me abandonaron por un instante para volver después con la certeza espantosa de que mi cuerpo en el asfalto no era un sueño, sino el terrible recuerdo de la muerte primigenia.

Desde entonces he muerto cientos de veces. Esta es mi nueva vida, mi vida después de la muerte: mi limbo. Todos los días, al despertar, no importa lo que haga o deje de hacer, diez minutos después de abrir los ojos, caigo muerto en circunstancias absurdas, paradójicas y chuscas, para volver al despertar en mi cama e iniciar un día similar al de la muerte primera.

Pero los recuerdos de la muerte, instantánea y puntual, pasaron a segundo plano cuando advertí que al despertar sólo tenía diez minutos de vida y los dediqué a salvarme de morir, inútilmente.

Con tan solo unos minutos de vida salí a la calle para buscar ayuda, pero lo único que pude conseguir fue la impresión de algunos cuantos que se quedaban pasmados ante el cadáver de un hombre extraño que hablaba de un problema incomprensible antes de perder la vida.

El primero que intentó ayudarme fue un desconocido que esperaba el autobús a unos pasos de mi casa. Inicié la conversación con el pretexto de las lluvias que habían dejado en tan mal estado las calles y cuando él empezaba a hablar de las inexactitudes del servicio meteorológico, le hablé de mi problema y morí.

Al despertar corrí a verle nuevamente en la parada del autobús, confiado de que ya había avanzado en la explicación de mi problema y que ahora hablaríamos sobre las probables soluciones. Pero el tipo no me conocía, ni recordaba la conversación anterior, pues estaba otra vez en el

primer día de mi muerte y el olvido me había devorado para colocarme nuevamente en un tiempo inalterable e inédito.

Al despertar pensé en él y lloré hasta morir.

Pero como la vida es terca y obstinada volví a la parada de autobús. Con el tiempo aquel sujeto que no me recordaba se convirtió, sin saberlo, en mi mejor amigo. Las charlas más intrascendentes se convirtieron para mí en reflexiones profundísimas sobre la naturaleza de los charcos, la insignificancia humana ante el enorme monstruo de la naturaleza que no era capaz de revelarnos siquiera la certeza de la proximidad de una llovizna simple, o el sinnúmero de misterios que nos estaban velados detrás de los retrasos del servicio de autobuses urbanos.

Después no sé qué paso. Debió ser queapestaba a muerte o que la impresión de ver morir a alguien todos los días en un tiempo circular destinado al olvido, dejaseuelas nunca comprensibles en la gente, pero el tipo no volvió a la parada del autobús. El día en que encontré el espacio vacío me dispuse a buscarlo con fervor. Cuando me desplomé en una calle cercana, muerto, mi rostro debió haber reflejado el rictus del desespero.

El cuerpo es una máquina de vivir que insensible a los dolores que llamamos profundos o del alma, continúa su misión impostergable hasta la muerte; en mi caso, hacia los despertares incómodos que me colocaban en tiempos inauditos. Cuando me levanté de la cama me fui en seguida a la calle para ver si en esta ocasión tenía suerte. La parada de

autobús estaba siniestramente sola. Miré alrededor en busca de alguien, pero era tan temprano que la gente seguramente estaba aún en sus casas.

Confiado de que la calle en la que el día anterior había buscado a mi amigo estaba sola, me encaminé hacia la dirección contraria y pude ver a un trío de señoras charlando en una esquina, pero morí en el intento de alcanzarlas.

Después ya no me importó mi amigo, sino entablar conversación con alguien. Cierta día pasó un chico en una bicicleta y le grité, pero no pareció escucharme. En otra ruta, en la búsqueda de gente, vislumbré a un hombre que salía de su casa. Corrí para darle alcance, pero debió pensar que se trataba de un ataque o algo parecido porque huyó de mí y de mi muerte.

Tras tanto intento fallido descubrí que aquel barrio, a esa hora, era particularmente intransitado. Lo irónico era que la gente que podía observar a lo lejos y que me era inalcanzable, una vez que moría se acercaba por su propia voluntad a ver mi cuerpo que paulatinamente se iba vaciando de vida.

Como los autobuses no pasaban con la regularidad que me convenía y la gente se encontraba fuera de mi alcance, intenté llamar a las puertas cercanas. Pero los vecinos tardaban en abrir o en asomarse desconcertados por la ventana, por lo que sólo alcanzaban a verme morir. Ese día, al despertar, iracundo y sin miedo al pudor que en mi antigua vida había sido una constante, salí de casa y grité

tan fuerte a mitad de la calle, que me quedé sin voz poco antes de que la muerte llegara a la cita.

Cuando volví a despertar no lo dudé ni un minuto. Mi terror consistía en perder la capacidad de comunicarme, de olvidarme de las palabras para siempre debido a que no tenía con quién hablar de nada. Aquello no podía continuar y decidí enfrentarme a la muerte con mis propios medios: tendí una soga de una viga del techo y me colgué. Durante siete minutos observé mi casa desde la altura y con esa perspectiva encontré algunos objetos que creía irremediablemente perdidos. Después morí, con la puntualidad de siempre.

Desde entonces, y para evitar olvidarme de las palabras, me puse a escribir. Pero diez minutos son insuficientes para saciar la necesidad de contar cada detalle que pasa, para hablar de esta costumbre de aferrarnos a la vida, de las infinitas posibilidades de la muerte que se vence en aras de la eternidad, de los silencios que acechan en cada predio desolado del alma, de los objetos que confabulan en cada esquina de la casa para matarme, de la noche que solamente existe como una imagen en el recuerdo, de las fotografías enmarcadas en las paredes que ya no me hablan, de la presencia de Dios en los momentos sin palabras, de las ganas a deshoras de escapar por la ventana, de saberse la imagen de un hombre entre dos espejos, del ritual de glorificar a los muertos, de los sueños que no son pesadillas, de los sortilegios que nunca comunicaron nada, de la rabia de la vida, la colección absurda de misterios, las veladas a la

orilla del silencio, el coraje de los días, la imagen de una casa en el campo tras una carpeta de polvo vista desde un auto que se aleja, las correrías tras un camión escolar en algún lugar remoto de la memoria, el insomnio siniestro en que descubrí los llantos de mamá, las preguntas que mis padres nunca respondieron, la niña sin nombre que se bañaba con la lluvia tras mi ventana, el sol que acribillaba pelusas en la casa de los abuelos, la tienda de la esquina que ya no tiene nombre, la lluvia quieta de las nueve de la mañana, los tendedores taciturnos de Buenavista, sus calles preñadas de ocasos, los juegos de los besos en la infancia, los dibujos eróticos en los baños de la escuela, la borrosa imagen de la primera mujer desnuda, el olor de Mónica a la hora de la cama, su champú de hierbas, su falda sin misterios, la casa de sus padres, la carne asada, el cáncer, la náusea, la lluvia, la escuela, la tarde, los secretos, el sol, el mar, el

Algo sobre Görmand

(Esperando la revelación y hablar de Docta Malaliento, Lentesauto Infulero y las Plantas Culopodrido)

 **David Chávez**

I

hoy ando medio seriesón. hoy es la consecutiva ocasión de las que vienen que lo hacen sentir a uno frágil. cuando los teléfonos de los que conoces no reciben las llamadas. cuando uno quiere dormir y no puede. desas ocasiones que uno se da cuenta que va con la inercia y nomás dejándose llevar. sin saber si todo está bien o está mal.

es como el previo a la epifanía. a la revelación. a darse cuenta que hay que chingarle. escribir. mierda. de nuevo dejaron las plantas dentro de la oficina. con esos pinches platitos abajo de ellas. caray. pinche agua puerca. apesta. será que las plantas también orinan. ora sí. a esperar a que llegue algo para transcribir. a pasearse por la pinche oficina esperando que llegue algo para poder trabajar.

llegué aquí hace dos años. cuatro meses antes de eso no tenía un empleo. ahora no sé. espero esa revelación que quizá ponga cierto orden. estoy seguro que no llegará. pa qué. puro pensar nangueras. cuestión de ponerse a hacer las cosas según decía mi abuela. qué musas ni que ocho cuartos. a trabajar trabajar trabajar.

el trabajo es fácil. lo conseguí creo que igual. digo. no es sencillo en estos tiempos encontrar un trabajo. aquí somos tres: yo. que en ocasiones llego temprano para dedicarle atención y elaborar buenas copias. buenas transcripciones: el tipo de los lentes y el auto que cuando quiere llega a la hora. se dice estudiado y estaba aquí antes que yo entrara a trabajar: la chica de la nariz grande y la risa inclasificable. y la revelación que no llega. si dejaran fumar aquí... pero está prohibido. lo prohibió el jefe para que nadie más que él pudiera fumar.

entonces... aquí llega el fax. tendré que pedir que lo envíen de nuevo porque está ilegible. llegará otro. la chica de la nariz grande. le huele la boca. acepté el trabajo por falta de algo mejor. me engaño. quise trabajar en esto: me daría tiempo libre y me tendría ocupado para no pensar en otra cosa que no fuera irme. salir. llevo tanto tiempo planeándolo. sobre el tipo del auto no puedo decir otra cosa que no sea que está aquí porque no se suda. no se cansa uno más que de las manos y los ojos. el trabajo es de noche. son 6 horas diarias.

pero la chica de risa inclasificable dice que esperó 2 años para encontrar trabajo. yo me siento como dije antes. como lo vengo diciendo desde que salí del baño y me arreglé para venir a trabajar: ando seriesón. así le dicen a esa apariencia los de esta oficina cuando sólo piensas en largarte ya. en terminar tu trabajo. en que los demás debieran hacer bien su trabajo.

el tipo de los lentes y sus problemas para encontrarle trabajo a su novia. je. a veces me pregunto qué tanta carga o presión laboral puede soportar alguien que se deja llevar por la inercia. recuerdo a bartleby. leí esa novelita en la prepa. la releí a los dos meses antes de entrar a trabajar aquí. por eso pienso que yo deseé este empleo. no hay mucho que hacer: sólo transcribir. leer. redactar. aquí no se piensa. se trabaja en automático.

la chica a la que le huele la boca dice con aires doctos que es inadmisibile la cantidad de errores ortográficos que se encuentra en lo que debe transcribir. como el tipo del auto no había llegado aún cuando ella fue contratada yo tuve que explicarle en qué consistía todo. después tembló. un pequeño sismo sacudió el edificio e intenté relacionarlo con esa revelación que esperaba. que me dijera qué es lo que debo hacer. nunca llegó. ni creo que llegue. quizá ya sea tarde para eso. en fin.

le dije a Malaliento que debía transcribir. que si no quería problemas con el jefe hiciera lo que yo: editar. redactar. reescribir. corregirlo todo. parece ser mucho para Docta Malaliento. para qué. y amenazó con sólo transcribir. qué huevos. desde entonces hago parte de su trabajo. soy el revisor del trabajo que debería hacer Docta Malaliento y soporto las ínfulas de Lentesauto. y a Jefe Malumor Sina-tento que despotrica contra los tres cuando alguno de nosotros ha cometido un error.

a veces. en ocasiones como esta. yo le digo la verdad a las Plantas Culopodrido: la gente no sabe que sabe. y yo sé que saben y que se hacen los que no saben. entonces me doy cuenta. entonces me estoy dando cuenta en este momento de la revelación. ¡sí! parece que al fin llegó: he tomado conciencia de que Docta Malaliento Narizgrande y Lentesauto Infulero saben. que viven lo mismo que yo. que pensarían lo que yo. que los tres nos dejamos arrastrar por la inercia porque para qué Docta tiene que hacer lo que yo de todas formas haré. porque para qué Lentesauto tiene que preocuparse si estoy yo.

¿y en dónde quedo yo? saben. les digo a las plantas: después de todo las revelaciones no son tan necesarias. a final de cuentas uno termina por saber que está atrapado en la inercia. pero Docta Lentesauto Malaliento Infulero son en realidad como estas plantas. son hijos de Culopodrido. quién entonces seré yo. a trabajar trabajar trabajar. putas plantas. cuándo trabajarán las plantas... cuándo seré un Culopodrido como ellas. como ellos.

II

es cuando transcribo que me cuido de cometer errores. pero es Malaliento quien más errores comete. ¿a quién culpar o puede culparse entonces a alguien? yo me enojo entonces. como a las plantas Culopodrido. así a Malaliento que no puede rebajarse a poner atención y no cometer

tantos errores. Docta tiene sus publicados. aun así es un error. justifica sus errores.

me pregunto si la revelación no debería ser para ella. para darse cuenta que me está jodiendo la chamba. ayer hablé con ella y no. parece no entender. definitivamente a Docta Malaliento Narizgrande hay que anexarle el Culopodrido. es una de ellas. bartleby. tan sincero él. no tuve un trabajo como el suyo. no terminaré igual que él. pero esto parece ser una enfermedad. contagiarse de errores ortográficos. lingüísticos. gramáticos. sintácticos. cómo hacen la Plantas Culopodrido para no cometer errores. para ser tan valemadres como Lentesauto.

junto con las plantas. con Narizgrande. con Infulero. con Jefe Malumor Sinatento debe haber más que van con la inercia. acabo de tirar las plantas. a la basura. basta ya.

III

dejé el trabajo de transcripción. en esta oficina no hay plantas. no tengo que lidiar con Infulero. ni con Malaliento. allá ellos. acá yo. ahora se trata de reescribir. de darles palabras. soy el encargado de prevención. de suministros para la buena redacción.

no niego que mi trabajo anterior me sirvió de mucho para obtener este. digamos que ahora sí trabajo con las palabras. es un trabajo entre literal y ficticio. hay palabras. clasificadas todas. están los sinónimos en sus estantes. los

acentos en cajones. los dobles sentidos y albures enclavados bajo llave. es un mundo de palabras. con ellas esta oficina parece un taller más que una sala de redacción.

ando por los pasillos como quien anda por el jardín donde dio sus primeros pasos. como si se viviera de toda la vida en ese pueblito y se conociera la vida de todos en él. como estar entre una gran familia. mis compañeros son diferentes a mis anteriores compañeros. estoy contento por lo que ha pasado. ya no espero más esa señal. esa revelación. escribí esto más animado. lo hice porque ahora mi trabajo es ese: escribir. escribir escribir escribir. qué falta hacen las musas de las que hablaba mamá lupe cuando decía que había que trabajar trabajar trabajar cuando se está rodeado de tantas palabras tantas tantastantas que me puedo dar el lujo de repetirlas una y otra vez: tantas tantas tantas.

cuando veo que escasean es cuestión de llamar al departamento de adverbios o verbos o al que correspondan y encargar más. lo mismo con los signos de puntuación. las comas. los puntos. como pueden notar no nos han llegado las comas. je. ese es mi trabajo: vigilar que las palabras no se terminen. que mis compañeros de trabajo: orfebres de la palabra: artistas de la creación literaria o periodística o ensayística o poética tengan a la mano la palabra.

ahora iré a solicitar esas comas que tanta falta hacen. y unos cuantos miles de acentos... y mayúsculas. esas se terminaron hace dos horas.

Ozunna

 **Iliana Vargas**

No tenía ningún plan cuando salió de su casa. Simplemente verificó su estado de cuenta en el cajero más cercano a la estación de trenes e hizo los cálculos de la cantidad que debían depositarle a más tardar en quince días por concepto de su liquidación y los años trabajados en esa empresa, que aunque pública, se manejaba como privada en el trato hacia sus esclavos/empleados.

Después de encontrar algo más de la cantidad que sabía segura, Ozunna revisó de nuevo su identificación, pasaporte y la credencial que la acreditaba todavía como trabajadora de aquella empresa. Se preguntó qué otra cosa le haría falta y, aunque no se preocupó mucho por la ropa que había empacado esa misma tarde al regresar de la oficina, decidió detenerse en uno de esos almacenes inmensos de abarrotes para conseguirse un par de guantes, gorro, orejeras y una buena chamarra. Hacía tanto calor que había decidido tomar el tren a Kalámiru y ahí comprar el peaje de entronque hacia Koostila, una de las ciudades más frías, pequeñas y menos pobladas de las que había leído en las revistas dedicadas a los viajeros más aventurados (no es que ella fuera uno de ellos; su trabajo era leer y corregir las pruebas de esas publicaciones).

En la estación de trenes se sintió aliviada de la opresión que había tenido durante el día. Miró el reloj de la entrada: faltaba poco para las ocho de la noche. Sonrió con tanto gusto frente a su reflejo en la ventana de la taquilla al saber que estaba allí y no en su casa, allí a punto de comprar un boleto para Kalámiru y no preocupándose por la gente que ni redactar sabe y gana más que ella, allí y no acostada en su cama preguntándose cómo sería su vida si no se preocupara tanto por el día siguiente y la comida del día siguiente y la renta del mes siguiente. Allí estaba Ozunna, una Ozunna que al fin había dejado el miedo en la silla de rueditas y el escritorio atiborrado de papeles y una computadora a la que solía hablarle con cariño para que fuera menos lenta, para que no se apagara de improviso, para que no se quedara pasmada en uno de esos campos de interconexión espacial.

—¿A dónde? —preguntó el despachador.

—A Kalámiru, por favor. ¿A qué hora sale el próximo tren?

—Señorita, en estos momentos todos quisiéramos estar en Kalámiru, pero hubo una gran nevada hace un par de días y más de la mitad del camino está repleto de nieve, montañas de nieve. No hay trenes a Kalámiru.

—Mmm... ¿Y alguno que vaya a Koostila?

—¡A Koostila! Señorita, Koostila es, en estos días, el paraíso. Sería hermoso estar ahí, con tanta nieve, y el aire tan frío y las lagunas congeladas, las flores congeladas, los colores del atardecer interminable... Sí, sería hermoso,

pero tendría usted que ir primero a Kalámiru y ahí entroncar hacia Koostila... Y ya ve...

—Pero...

—¿Pero?

—¿No hay otra forma de llegar?

—¡Oh, sí que la hay, señorita!, pero si el camino en tren es largo, ese otro camino es casi intolerable. Aunque si usted está tan deseosa de llegar a Koostila seguramente no le importará...

—No, señor. Prisa no tengo.

—Entonces tome el tren que va a Sostrener y ahí pregunte por los autobuses que llegan a la costa. En la costa deberá subir al ferry que la cruzará a Kiiston, donde tendrá que preguntar por la vieja estación de trenes. Ahí podrá usted comprar su boleto para Koostila.

—Muy bien. Entonces, un boleto para Sostrener.

—Muy bien. Un boleto para Sostrener. ¿Sencillo?

—Sí.

—¿Fumar?

—No.

—Ventana, supongo...

—Sí, por favor.

—¿Su nombre?

—Ozunna Trenton

—Bien, señorita Ozunna Trenton, aquí tiene su boleto para Sostrener, que sale hoy a las 21 horas, andén 5, vía 3.

—Muchas gracias.

—Para servirle, y que disfrute el paisaje.

Después de 10 horas de viaje, Ozzuna llega a la costa de Sostrener. Ahí el calor es más fuerte que en la ciudad y la luz reflejada en el piso y las paredes rojizas del impermeabilizante con el que están cubiertas todas las casas, le hace sentir que está entrando a un círculo de fuego. El puerto donde tomará el ferry no está muy lejos de la estación de trenes. Al llegar, le sorprende ver a tanta gente en espera y piensa que quizá deberá buscar una habitación y cruzar al día siguiente, pero nota que la taquilla expide boletos de manera fluida, y se acerca a preguntar si podrá adquirir uno y cuánto deberá esperar.

La chica que atiende el local arranca el boleto de un talonario bastante grueso y mira el reloj al tiempo que le dice que quince, veinte minutos a lo más, tardará en llegar el próximo cruce. Ozunna pregunta si tanta gente irá a bordo. La chica le sonríe y le explica que el ferry es de tres pisos y mide lo que la plataforma donde están paradas.

Ozzuna cruza el pedazo de mar que la separa de Kiiston, y al desembarcar le sorprende la frescura del aire que le da la bienvenida. En vez de preguntar por la vieja estación de trenes, pide indicaciones para llegar a algún lugar donde hospedarse. Quiere comer, descansar y conocer un poco más ese lugar que, como apreciara desde el tercer piso del ferry, le parece interminable por pequeño y lleno de caminos estrechos y curvados, de cuyas paredes de piedra cuelgan plantas y enredaderas.

Se registra en el hostal y el hombre que la atiende le pregunta la razón por la que eligió quedarse en un pueblo fantasma, que tiene como particularidad sólo dos cosas: ser el puerto de paso hacia los tres países más pequeños del mundo y tener como habitantes a los viajeros que, en vez de seguir su camino, pasan la noche ahí. Ella sonríe mientras anota sus datos. Él la mira esperando su respuesta, pero Ozunna sólo le pregunta si debe compartir su habitación o si hay alguna individual disponible. Entonces él, en plena carcajada, le dice que puede elegir la habitación que quiera: ella es la huésped estrella del hostal.

Ozzuna duerme la mitad de la tarde. Despierta a las 7 y sale a buscar algo de comer. Le sorprende lo distinta que se ve la ciudad conforme va oscureciendo: descubre que son pocas las casas con luz eléctrica, y la mayoría de la gente come sobre las banquetas o en los patios que dan a la calle, alumbrados por algunas veladoras. Le estremece pensar que tendrá que comer en un lugar así, pero después de recorrer las calles por las que asoman esas lucecillas lo único que encuentra es una tienda de víveres, y curiosamente ella es la única que parece interesada en comprar algo. Por supuesto, el servicio de paga es automático.

Al día siguiente desecha su intención de conocer el pueblo. Sin embargo termina recorriéndolo de extremo a extremo en todos los sentidos de la orientación cardinal, pues al preguntar por la estación de trenes, aunque la gente es muy amable y le indica con todas las señas posibles, cada

persona le da una dirección distinta, como si nadie recordara en dónde está la estación o como si nadie pudiera constatar que existe, como si nadie la hubiera utilizado nunca... Durante su búsqueda, que se extiende una semana, no atina a adivinar qué hace o de qué vive esa gente. Al igual que ella, parece estar caminado durante el día de un lado a otro, como buscando algo.

Varias veces intenta tomar el ferry de regreso, pero en cuanto va a comprar el boleto, vuelve su obsesión de encontrar el tren hacia Koostila. *Es imposible que nadie sepa dónde está, y si nadie lo sabe, yo podría encontrarla, se anima.* Pero el ánimo se acaba después de recorrer no sólo los senderos, sino las pequeñas veredas que se alejan del pueblo y que, esperanzadoras al principio, terminan en un barranco o en un sembradío de maleza o en una enorme fortaleza de piedra. *¡Bien, si no hay tren a Koostila, iré caminando a Koostila!*, le grita furiosa a la piedra y al barranco y a la maleza. Recoge sus cosas del hostel, pero no encuentra al hostelero para despedirse de él. Sabe que en el desembarcadero del ferry hay un mapa, así que va allá a tomar nota. En efecto, está marcado con un punto rojo un pequeño pedazo de tierra blanca que dice Koostila. La línea que marca el camino es más curva que línea, pero los días transcurridos en Kiiston le parecen suficiente experiencia para atravesarlo. Al salir de Kiiston, un frío sobrenatural la atraviesa aun después de envolverse en su chamarra y guantes y bufanda y orejeras. Voltea a ver el sendero que la

llevó hacia allá: sol traspasando las hojas de los árboles. *¡No, no me van a retener!* Y sigue avanzando. Como si atravesara dunas de nieve blanda y fresca, sus pies se hunden más y más hacia el fondo, a cada paso sobre el árido camino de piedra negra.

Vicente

 **Elvira Liceaga**

¿Por qué te cortaste el pelo? Reclama Iris, mi vecina de abajo. ¡Te ves más chavita! Lo tomo como un halago, pero no me da tiempo de sonreír porque su rostro es más bien de preocupación. Ni modo, vas a tener que hacerte la seria, dice con las manos en esa cintura devorada por las lonjas. Quiere que la acompañe. Tomo, entonces, del perchero la bata blanca que me consiguió. Me la abotono mientras bajamos los escalones. No me dijo si me va bien el nuevo look.

Su departamento huele como una librería de viejo y escucho al fondo una telenovela. El espacio está distribuido en espejo al mío, sin embargo, los estantes vomitando libros y las pilas de periódicos que Iris amontona contra las paredes y sobre la mesa del comedor para luego vender, lo hace parecer todavía más pequeño. La armadura al lado del sillón ya no tiene la cabeza, tal vez por fin la están vendiendo, aunque sea por partes. Entro detrás de Iris a la habitación donde Vicente cree que se está muriendo.

Buenas noches, Vicente. Me siento en el borde de la cama. ¿Qué le pasa? Se lo pregunto como a un niño pequeño al que no le salen las palabras porque no para de llorar. Al pobre hombre le falta el aire, otra vez. Iris tiene que presentarme, a pesar de que la última vez que vine fue hace tres

noches, cuando Vicente pensaba que el calor lo mataba. Tampoco podía respirar y sentía que se estaba pudriendo. Tuve que abrir las ventanas para que corriera el aire y quitar los cartones con los que hace muchos años cubrieron algunos cristales que descubrí rotos. Iris le baja el volumen a la televisión enorme, en la que un par de actrices muy sensuales parecen discutir.

Hola. Yo soy la doctora Verónica, ¿se acuerda de mí? Bueno, no importa. Tranquilo, Vicente. A ver, enderécese tantito. Le ayudo a incorporarse como empujando un mueble desvencijado. Respire profundo. Me inclino a su cuerpo, presiono con una mano el pecho y con la otra la espalda como revisando que no tenga zafado algo ahí dentro. Más profundo. Ahora suéltelo. Lento. Uy, no, más lento. Eso. Eso, muy bien, Vicente. Otra vez. Iris, con un ojo en la telenovela y otro en nosotros, se acuesta en su lado de la cama, el cabello gris le cae hacia un lado, le cubre un ojo y casi me parece coqueta. Vicente y yo repetimos ejercicios de respiración que recuerdo de cuando tomé una clase de yoga que me regaló mi jefa.

Su esposa me dijo que no puede respirar y mire usted cómo sí puede, pero Vicente se esfuerza por toser. Se da golpecitos en el pecho. Me quito los zapatos para subirme a la cama y arrodillarme frente a él. Cierre los ojos. El anciano obedece. Inhala y contiene la respiración. Le quito los lentes, los dejo sobre la colcha brillante de flores. Le tomo las manos y estiro sus brazos hacia mí. No, no. Tiene que

soltar el aire, no se lo guarde. Ahora respire, respire bien hondo, y mientras respira escuche al aire viajar por su cuerpo. Destine su respiración hasta sus pies.

Suena el timbre de la casa. Iris se levanta de la cama con un gemido. Parece que un hombre viene a recoger algo. Vicente sigue con los ojos cerrados, respirando. Su camiseta blanca está amarillenta y tiesa a la altura de las axilas. El cliente en la sala le pregunta a Iris el precio de varios artículos. Pongo las manos de Vicente en mis senos. El viejo abre los ojos y yo los cierro mientras me los masajeo. Los cristales de un candelabro chocan unos contra otros como si lo levantaran y se lo llevaran a través de la puerta. Devuelvo las manos de Vicente a la colcha, sobre sus piernas, y abro los ojos. Él los ha cerrado. Respiramos. El tintineo se desvaneció. Iris viene hacia nosotros. Se acomoda otra vez en su lado de la cama, nos miramos con una sonrisa apretada. *Lo está usted haciendo muy bien, Vicente. Piense que estamos en la playa. Imagine la arena e imagine el mar. El sonido del mar, subir y bajar, acercarse y alejarse. No deje de respirar. Eso, así.* Iris me está observando con el ceño fruncido. *No deje de respirar.* Lo dejo ahí, recargado en la cabecera de mimbres empolvado, respirando con los ojos cerrados, le digo que no se mueva.

Voy a la cocina por un vaso con agua. Les grito que no abra los ojos ni deje de respirar, mientras lavo un vaso del fregadero. Iris pega un grito agudo pero firme, ¡No! Seco el vaso con la bata a falta de un trapo limpio y lo lleno con agua de la llave.

A ver, *Vicente*. Le acomodo la cadena de oro que lleva colgada. *Esto, señor Vicente*, le digo mirándolo con los ojos bien abiertos, y coloco el vaso con agua entre nosotros y unas mentas que acostumbro guardar en el bolsillo izquierdo de la bata, *es una medicina muy fuerte, muy buena. Ponga mucha atención, las personas que no pueden respirar, como usted ahora, se toman esta pastilla y pueden respirar perfectamente. Puedo asegurarle que no tendrán ningún problema. Además, tiene un resultado especial para que la gente no se muera en muchos, muchos años*, le guiño el ojo y él sonríe con sus labios resecos. Volteo a ver a Iris, quien ha estado asintiendo y dándose palmadas en el muslo desde la otra orilla de la cama. Vigilamos al viejo, se toma las pastillas y toda el agua a sorbitos. Da un suspiro con la boca abierta. *¿Se siente mejor? Sí, doctora, muchas gracias*. Es la primera vez que habla. Nos sonreímos. Se dibujan esas arrugas que nacen de sus ojeras. *Bueno, pues me regreso al hospital, entonces. Señora, dejo su vaso aquí en el buró*. Iris rueda hacia su borde de la cama y se pone de pie. Se ajusta el mandil. *Ahorita vengo, Vicente, voy a acompañar a la doctora. Adiós, Vicente*, me despido.

Ay, mil gracias, Vero. Me da un abrazo estrujado. Me toma de los hombros, su mirada recorre mi cabeza, *Te ves bien, fíjate*. Yo la muevo de un lado a otro, orgullosa de mi nuevo corte de pelo.

El chirrido de la puerta cerrando resuena en el pasillo. Me voy desabotonando la bata en el camino a mi departa-

mento. La cuelgo en el perchero, me echo una menta en la boca, me siento en mi escritorio y termino de calificar.

Rey del glam

 Raquel Castro

A Guillo, el auténtico rey del glam

Cuando suena el timbre ya tienes todo listo: los adornos frágiles, los libros difíciles de conseguir y los aparatos electrónicos están encerrados con llave en una de las recámaras, el sofá está libre de estorbos, las sillas plegables están a la vista, pero no tan cerca como para arruinar el ambiente en caso de que no venga suficiente banda. Alguna vez intentaste poner platones con botanas pero resultó fatal: tres platones rotos y un par de heridos porque tus amigos, hay que admitirlo, no entienden la diferencia entre un sillón y una mesa de centro o entre sentarse y aventarse al sofá desde la segunda cuerda. No importa: ya te resignaste y sustituiste los platones para la botana por bolsas de frituras que, bien lo sabes, serán una lata a la hora de recoger el tiradero post fiesta, pero menos complicado que limpiar una mancha de sangre del tapiz de los muebles.

El timbre suena de nuevo y, antes de abrir, te miras en el espejo. No puedes reprimir una sonrisa, te gusta tu atuendo falsamente descuidado, *darkma non tropo*, piensas, cómodo pero *fashion*, no por nada te dicen el rey del *glam*.

—¡Reeeey! ¡Abre! ¡Me estoy miando! —grita una voz masculina desde el otro lado de la puerta.

Suspiras, resignado: tus amigos jamás brillarán en sociedad. *Pero podría ser peor*, te dices, aunque prefieres no imaginar algo peor que lo que ya han hecho: las paredes de tu departamento (y tú) han sido testigos de falsos intentos de suicidio (con una sobredosis de chochitos homeopáticos), madrizas, *threesomes*, *catfights* (que merecen categoría aparte de las madrizas, porque las rucas pelean de otro modo), sesiones de *slam* al ritmo de Banda Bostik (*¿quién trajo un cedé de Banda Bostik?*), intentos reales de suicidio (con unas pantimedias a falta de soga) y una extravagante gama de etcéteras, incluyendo la vez que Mario, el bajista de la banda en la que tocas, llegó con tres chicas cristianas que pensaban que iban a una velada de oración y que terminaron haciendo un show lésbico. Una de ellas, Florentina, de plano dejó la iglesia y a veces te la encuentras en los antros de ambiente, siempre con una conquista distinta.

—¡Reeeeeeeey! ¡No mameeeeees! —grita de nuevo la voz. La reconoces: es Javier, el guitarrista de la banda en la que tocas. Mientras abres la puerta te preguntas por qué los piensas como “la banda en la que tocas” en lugar de “tu banda”. Te respondes de inmediato: para esos dos, Mario y Javier, la banda es lo más importante, más que el trabajo o los estudios (que hace mucho abandonaron) o las chavas. En cambio, para ti, la banda es una de las cosas que haces.

Sirve para conocer chicos guapos (el pretexto de que tienes que cargar el pedal y los platillos te permite piropearles la musculatura sin parecer una loca, y así le ayudas a tu *gaydar*, que en general funciona a medias), pero no te imaginas viviendo de eso.

—Tocayo —dice Javier y choca su puño con el tuyo sin detenerse en su carrera hacia el baño.

Vas a cerrar pero descubres en el vano de la puerta a un tipo alto y muy delgado, vestido como recién salido de Whitby: falda larga de terciopelo, camiseta de vinil sin mangas, collar de púas. También trae unos calientabrazos hechos de pantimedias, obviamente negras, muy en plan *old school*, y unas botas de plataforma con muchísimas hebillas. Su cabello te recuerda al de Johnny Depp en *Edward Scissorhands*, sólo que está teñido de azul eléctrico. Quiere parecerte conocido pero no estás seguro. *Se ve mejor que yo*, piensas, y te invade el mal humor.

—Pásale —le dices, la voz convertida en témpano, y ni siquiera cuando te dedica una sonrisa cálida como una taza de té con miel y te ofrece la mano te mejora el humor. De todos modos respondes al saludo con tanta amabilidad como puedes, porque a fin de cuentas eres el anfitrión.

—Píter —dice —, como Peter Murphy.

Tú no le dices tu nombre: tendría que saberlo si vino a tu casa, ¿no? ¿O es un gorrón sin la mínima educación como para preguntar “¿A dónde vamos?”?

—Estás en tu casa —le dices—. Voy a cambiarme.

—Así te ves muy bien —responde desde la seguridad que le da su atuendo perfecto y te dan ganas de matarlo.

—¿En estas fachas? Cómo crees. Justo me iba a arreglar cuando llegaron —y lo dices con un velado reproche en la voz, como si fuera cierto, pero Píter no se da por enterado.

En eso sale Javier del baño y los dejas solos:

—Tomen lo que gusten, en el refri hay jamón y queso por si quieren —dices, esperando que se note que la segunda intención es *llegaron demasiado temprano y no tuve tiempo de comer*; pero en el fondo sabes bien que tus habladas son tan sutiles que nadie las percibe.

Aprovechas que Javier jala a su amigo a la cocina para asaltar el refrigerador y corres a tu recámara. Te miras en el espejo: tu atuendo ya no se ve cómodo—pero—fashion, es simplemente fodongo. *Fachas indignas del rey del glam*, piensas. Mientras revisas tu clóset escuchas cómo los recién llegados se apoderan de tu estéreo y ponen algo *darketísimo* que, obviamente, reconoces de inmediato porque es de tus bandas favoritas, pero que justo ahorita te pone de mal humor. *¿Stoa, de veras?*, te preguntas. *Claro, ¿qué otra cosa podrías esperar de un darketo de falda larga y medias en los brazos?*, te respondes tú solo mientras eliges un pantalón acampanado de pana negra y la camisa setentera —obviamente negra también— que estabas guardando para tu cumpleaños. Complementas con tus botas favoritas y te miras de nuevo al espejo, satisfecho. Ningún gorrón se va a ver mejor que tú.

Sales de la recámara para encontrarte con que ya hay cuatro o cinco fulanos más y un motín en torno al estéreo: alguien quiere poner a los Carniceros del Norte para prender el ambiente mientras que Javier se aferra al dark-wave neoclásico de Stoa y dice que sólo permitirá que lo quiten para poner a In TheNursery, Ataraxia o Black Tape for a Blue Girl. Buscas a Píter con la mirada y lo encuentras en TU sillón, hojeando uno de TUS libros de David LaChapelle, que según tú habías puesto a resguardo en la recámara. Lo miras fijamente, esperando que suelte el libro, pero cuando se da cuenta de que alguien lo observa y de que ese alguien eres tú sólo sonrío y te sostiene la mirada un momento, sólo para volver al libro.

—¡Rey! Es tu casa, tú decide qué ponemos —te dice Javier.

—¡Es una fiesta, Rey! Dile a Javier que no chingue —reclama Juan, otro de los presentes—. Además, yo me voy a ir temprano.

—Eso es tu pedo, güey —le responde Javier—. No vamos a poner naqueces.

—No mames. Los Carniceros no son naqueces, tocayo —le dices a Javier—. Y yo sí quiero bailar.

—Pon algo que sea intermedio —interviene el tal Píter—. ¿Qué tal algo de Alaska?

Su voz suena tan cerca que te sobresaltas y, al voltear, lo descubres a tu lado. Él pone su mano en tu hombro y te sonrío de nuevo. Sientes que te derrites y necesitas de toda tu disciplina para fingir indiferencia.

—¿Pegamoides? —le preguntas, intentando mantenerte helado.

—Dinarama —te responde y guiña el ojo.

Hay algo terriblemente varonil en él. *Pinches bugas llevaditos*, piensas, esperando que de una vez te quite la mano de encima: si fueras tú quien lo tocara a él, ¿se portaría con la misma naturalidad o le iría a llorar a alguien conque *tu amigo gay me acosa*?

Todos aclaman la sugerencia, excepto Javier, que refunfuña pero no tiene más remedio que ceder. *Ni tú ni nadie* comienza a sonar y todos llevan el ritmo con la cabeza o los pies, pero nadie se anima a bailar. Te mueres de ganas de echarte la coreografía completa, pero te contienes. Si sólo estuviera Ofelia, vocalista de la banda y tu cómplice en las fiestas, la sacarías a abrir pista. Pero todavía no llega una sola ruca. Ves la hora, todavía es temprano. *Apenas se estarán arreglando*, imaginas.

—Faltan chavas —dice Píter, como si te leyera el pensamiento.

Asientes con la cabeza pero en el fondo el alma se te va a los pies: *con que sí es un buga llevadito, maldita sea*. Pronosticas que en cuanto llegue Ofe con su palomilla de chicas sexis, Píter olvidará su amabilidad contigo. La historia de mi vida, te dices.

Empieza *Cómo pudiste hacerme esto a mí* y Píter se pone a bailar frente a ti. Te pones nervioso, mueves un poco los brazos y la cabeza; no se puede decir que estés bailando,

pero tampoco que lo tiras de a loco: te dices que es tu deber como anfitrión, pero evitas en todo momento encontrar sus ojos con los tuyos.

—¡Qué bien te ves, por cierto! —te dice, y no te queda más remedio que mirarlo.

—Pues no había de otra. Me veía como pordiosero junto a ti —le respondes, y te sorprende tu propia honestidad.

Él ríe antes de responder.

—Oye, pues me trajeron a una fiesta del mítico rey del glam. Ni modo de venir como recién salido de la cama, ¿no?

Te quedas mudo. En tu cabeza las preguntas se formulan a toda velocidad, pero la garganta está atascada y simplemente no salen.

—Te he visto en mil tocadas pero nunca me pelas —te dice—. Siempre me quedo mirándote pero tú te haces bien güey.

Lo piensas un poco y te das cuenta de que sí, que claro, lo has visto en las tocadas de la banda, sólo que con el cabello rojo ¿o negro? *Maldita sea, tengo que empezar a usar los lentes*, piensas y te quieres dar de topes.

—Necesito ir al oculista pero los anteojos me dan no sé qué —respondes y sabes que suena a mal pretexto.

—Seguro encontrarás un modelo poca madre cuando te decidas a usarlos —y su sonrisa es de que te creyó el pretexto que no es pretexto.

Entonces comienza a sonar *El rey del glam*.

—Tu canción —dice Píter, tomándote de la cintura mientras baila.

Ir al oftalmólogo, apuntas mentalmente en tu lista de pendientes. Y buscar un amazón poca madre, alcanzas a pensar antes de darle el primer beso.

Los ojitos pizpiretos de la Nena

 **José Manuel Cuéllar Moreno**

Se armó un escándalo de aquellos cuando la Nena se plantó en medio de la cocina y anunció entre hipidos que estaba embarazada. La mamá tardó unos segundos en captar el sentido exacto de la frase —“ay, mami, qué le digo, que ya por mensa me embaracé”— antes de echarse a llorar con un llanto copioso y desgarrador. Atraída por el barullo, la hermana mayor irrumpió en la cocina. ¿Qué está pasando, qué pasa, por qué chilla ésta? Se persignó, soltó una majadería —la más certera que se le vino a la mente— y después se abalanzó sobre la Nena blandiendo su puño por los aires. La pobre Nena se hizo un ovillo junto al garrafón y se cubrió la cara con los brazos mientras gemía inconsolablemente. Entre las dos —mamá y hermana— bombardearon a la Nena con insultos —cada vez más dolorosos— que alternaban con patadas y agarrones de greñas. Alguna de las dos —mamá o hermana— sacó a relucir lo cara que costaba su educación, lo ingrata que era: ni siquiera desquitaba las tortillas y los frijoles que se comía. La acusaron de mentirosa —¡mentirosa, mentirosa!—; la acusaron de mujerzuela —¡jaladora, airada!— y la acusaron también, en el súmmum de la rabia, de haber robado veinte pesos —¡o más!— del monedero de Josefa.

La hermana mayor clavó su mirada chisporroteante de ira en el vientre de la Nena y echó a rodar su imaginación: con la voz en grito, hizo una lista —larga, larguísima y exagerada— de los amantes de la Nena: Fulano, Sutano, Mengano, el Carnicero, el Bolero, el Chamaco-del-otro-día, el Portero, el Señor-de-bigote. A fuerza de cachetadas y tirones de oreja, la hermana mayor intentó en vano arrancarle una confesión. No te hagas, decía, ya dime la verdad, yo te he visto, no me haces guaje: te he visto hacerle ojitos pizpiretos a más de medio mundo. Ay, exclamó la madre, qué vergüenza. Se llevó su mano ajada de lavandera a su frente ajada de viuda y dijo: qué bueno que tu padre está muerto, qué bueno que ya se fue, que está en los cielos, porque si no te mataba o se volvía a morir. Me duele el pecho —añadió—, me está dando fiebre.

La Nena trató de hablar pero un nudo de saliva se formaba constantemente en su garganta. El rostro bañado en lágrimas y deformado por el dolor a duras penas conseguía despertar la compasión de su hermana, que siguió arremetiendo y enlistando nombres: Javi, la Rata, Ernesto, Paquito, ¿fue Paquito, verdad, escuincla? Te voy a dar unas para que te acuerdes de mí.

El eco de los golpes y los chillidos alborotó a las vecinas y convocó a una pequeña multitud justo afuera del departamento 203. Sin embargo, nadie se atrevió a intervenir, al fin y al cabo —decían— el respeto al derecho ajeno es la paz: se contentaban con seguir con oído atento el desarrollo de

la pelea, inferir los motivos, los nombres. Un amago malicioso de sonrisa se esbozó en una cara, y luego en otra y en otra más, según la hermana mayor aumentaba el tono de voz y afilaba su lengua.

Para evitar el síncope, la madre —ataviada con un delantal desteñido, de flores— estiró la mano y tomó un *TvNotas* que usó para abanicarse con vehemencia. Pensó, de repente, que el arroz se había chamuscado, pero el arroz —se dijo— no importa ahora. La hermana mayor se detuvo un instante para devolver sus mechones canos a las horquillas —no había necesidad de perder el decoro—. Después amenazó a la Nena con ir por uno de los cinturones de su papacito, a ver si así despepitaba. ¡A ver si así!

Que agarre... sus tiliches... y se largue, espetó la mamá con la respiración entrecortada y los labios temblorosos: sus tristes y marchitos labios de viuda.

Por suerte, la Nena deshizo en ese momento el nudo de saliva y alzó el mentón con gesto desafiante. Aferrándose al garrafón, soltó el nombre que le pedía su hermana: pronunció cada letra de aquel nombre con morosa delectación y con un regusto de triunfo en el paladar.

La boda se celebró un mes después. Los invitados emitieron la opinión unánime de que el vestido de la Nena no sólo era precioso, sino que era, tal vez, *el más precioso que hubiesen visto nunca* a causa de los bordados y las perlas falsas. Fue decisión de la Nena servir enchiladas de

mole en el banquete y contratar a la Santanera para que amenizara el evento. Una vecina —la ruca del 303— perdió los estribos en la pista de baile: hubo necesidad de sacarla en volandas de la fiesta.

Josefa, la madre, regaló a los novios una manta tejida por ella misma a lo largo de tres —pesarosos— años. Era una manta hermosa, blanca y reluciente, con las iniciales de los recién casados en una esquina.

La hermana mayor, Gaby, apeñuscó sus ahorros para comprar a la Nena un juego de cacerolas en Liverpool. Al entregárselo, se le quebraron las facciones y se echó a llorar con un llanto de inmensa alegría. La sangre, alcanzó a susurrar Gaby, siempre es más espesa que el agua.

Finalmente, las compañeras de clase despidieron a la Nena con abrazos, besos y felicitaciones efusivas. La Nena ondeó la mano desde la ventanilla del coche antes de partir a su luna de miel en un *resort all-inclusive* de la Riviera Maya.

Al esposo, un hombre alto y moreno —rollizo y de piel cacariza, pero galán a pesar de todo— le sentaba muy bien el frac. Se llamaba Lalo —o Pablo— y sonreía con una sonrisa aceitosa y amplia de elote. La manera en que volaba de aquí para allá, yendo de un invitado a otro, y la manera —tan varonil— en que prodigaba sus cariños a la Nena, hacía pensar a uno que aquel hombre había nacido para el matrimonio.

Que estaba feliz, decía. Que la nena era la mujer de su vida, la niña de sus ojos, seguía diciendo. Que ya quería ser padre. Que qué buena abuela tendría su hijo, que qué buena tía.

El licenciado Eduardo —Pablo— Domínguez encargó a su administrador las cinco o seis maquiladoras que poseía y se subió al auto, donde ya lo esperaba, pestañeando, la Nena.

Carnicería



Luis Panini

1. Dos buitres

En realidad, la composición de la imagen fotográfica, galaronada con un Pulitzer en 1994, es muy sencilla, tanto que cualquier especulación u opinión de tipo subjetivo resultaría fuera de lugar. Sería ridículo interpretarla como algo distinto de lo que es: una niña y un buitre esperando a que muera para devorarla, eso es todo. Una situación que encuentra en su apática simplicidad la grandiosidad que sólo los hechos más condenables ameritan. La pequeña aparece en primer plano sobre una superficie de tierra suelta, rodeada de hierba quemada por el sol sudanés. Está desnuda, tumbada en el suelo, el cuerpo demacrado por la desnutrición, a punto de sucumbir ante la falta de líquidos y alimento. Tiene el cuello decorado con un collar blanco hecho de huesos o piedras, también lleva una pulsera del mismo color. No se le ve la cara porque mira hacia el suelo y consolida la poca energía que le queda en los codos para sostenerse y seguir arrastrándose. En segundo plano está el buitre con sus alas replegadas, las garras firmes sobre el terreno. Es muy probable que se trate de un alimocho sombrío, también conocido por su nombre científico como

Necrosyrtesmonachus, o bien puede que sea un buitre cabe- ciblanco, *Trigonocephsoccipitalis*, ambas especies nativas de esta región. El pajarraco tiene clavada la mirada sobre la espalda de la esquelética niña. Espera con inmutable paciencia su muerte para picotearle la escasa carne que aún le envuelve los huesos. El instinto le dicta que sería inapropiado arrojarle sobre el cuerpo de la pequeña mien- tras ella lucha por eludir su inevitable extinción.

2. Gallinita ciega

El conductor del programa televisivo de mayor éxito en el país informa a su público que el próximo invitado, después de los comerciales, será un domador de bestias de gran renombre. Noventa segundos más tarde el jefe de piso indica al conductor, mediante un ademán, que ha termi- nado la pausa y se encuentran de nuevo al aire. El programa se transmite en vivo, por cadena nacional y llega a los hogares de un promedio de quince millones de televidentes cada noche, además de los trescientos espectadores presentes en el estudio durante la emisión. El domador entra al escuchar su nombre y la osa que jala consigo, una variedad del Grizzly norteamericano, se muestra irritada al ser recibida por las luces estrobos- cópicas del escenario que se encienden y apagan a razón de una vez por segundo, como flashazos de cámara, congelando de forma momen- tánea cada uno de los movimientos de los iluminados. Los

aplausos del público alteran a la osa, quien, confundida por el alboroto, se arroja sobre la figura del conductor. Las luces se encienden. El conductor aparece con la musculatura del rostro expuesta: sin nariz, sin piel, sin ojos y sin labios. Camina desorientado, con los brazos extendidos, como si una gruesa venda obstaculizara la visión que ya no posee.

3. Fauna suburbana

Una madre soltera transporta a su hija de seis meses en un porta-bebé que de lunes a viernes sitúa en el asiento trasero de su automóvil. En la otra mano lleva una bebida caliente. Son las siete con quince de la mañana y le urge llegar a su despacho para preparar los documentos que serán revisados durante una junta administrativa. Dicha reunión tendrá lugar a las ocho en punto y tiene como objetivo primordial evaluar el futuro inmediato de la empresa. La madre olvida sus llaves, coloca el porta-bebé sobre el cofre del auto y regresa al departamento para buscarlas. Al volver, descubre a un zorro encima de su hija. La mujer golpea al animal con el envase térmico en que deposita el café que bebe cada mañana mientras conduce hacia la casa de la niñera antes de dirigirse a su empleo. El zorro huye despavorido; a mordidas le ha arrancado las manos a la criatura. En la distancia, la madre alcanza a distinguirlos colgando del hocico del animal.

La absurda biblia de Kafka

 **Franco Félix**

—Marco... —gritas, Phillip, en la oscuridad de tu habitación. Despiertas repentinamente. Los últimos meses has estado soñando lo mismo. Una bruja celta —aunque no tienes idea de dónde proviene tu sentido céltico—, sentada en uno de los sillones de su estancia, te pide que termines pronto el proyecto bíblico. La mujer acaricia su cayado— un bastón decorado con pequeños cráneos, colmillos y plumas—, habla sin parar sobre la maldición que ha caído sobre ti. Su boca se mueve, pero, Phillip, no entiendes nada, no puedes prestar mucha atención, te pierdes con el movimiento erótico de los labios carnosos, sus palabras no pesan y la erección es inevitable. No es una anciana, es una mujer joven, rubia, delgada, con los ojos verdes. Está sucia y maltratada pero debe ser hermosa debajo de las costras. La bruja se percata que habla en balde, que no la escuchas como se debe y se pone de pie con un gesto diabólico. Te dice algo en un dialecto insoportable, ancestral. Disminuye la intensidad de la luz. Sus ojos se tornan blancos, levanta la cabeza, mira hacia el techo, su boca se abre inmensamente y sale de ella una barra negra. Un tubo angosto que crece unos ochenta centímetros hacia arriba. Después, aparece una mano, el antebrazo, el brazo completo, el hombro y al

final una cabeza. La mujer celta arroja un cuerpo nuevo por la boca. Es un hombre con bastón. Es expulsado completamente. Mete la mano en la piel arrugada y extrae del fondo un sombrero de copa. Lo coloca en su cabeza y con la punta del bastón recoge la piel y la avienta lejos. Permítame presentarme, dice el hombre alargando su mano, mi nombre es Franz Kafka...

*

Phillip, estás bañado en sudor. Te quitas de encima la sábana y te enjugas los ojos.

*

—Polo. Siempre es posible descender un poco más. Te atraviesa la idea de que has llegado al fondo, pero dejas atrás esa emoción fugaz de seguridad y en un instante te vas al carajo a velocidades supersónicas. Caes. No solamente caes, te desprendes de ti mismo. Te deshumanizas. Te conviertes en un objeto de goma suspendido en la oscuridad que gira sobre su propio eje. Tienes una elasticidad limitada. Y también observas, eres testigo, parte de esa nada que envuelve el espacio en el que flota esa sustancia que se extiende casi infinitamente y logra encogerse con facilidad. Esto sucede: todos sus movimientos, en su aberrante naturaleza, tienen una ecuación cartesiana que influye en tu estado de ánimo. Cuando la goma está estirada al máximo experimentas náuseas y, a medida que se desplazan sus

extremos y su superficie produce varias formas, sientes rabia, dolor, nostalgia, desesperación, impotencia, ira, miedo, temple, sorpresa, tristeza, apatía, incluso felicidad, alegría, furor, cólera, demencia. Hay una coreografía cruel dentro de ti, fuera de ti.

Regresas a ese estado gris, opaco, te vuelves esa persona sin matices, irritable y vulgar en la que te has convertido, en la que tú mismo te has convertido aislándote, alejándote de todos esos sujetos que fueron tus amigos, los extraños de tu familia, las mil putas que has tenido como noviecitas. Enciendes la luz. Lo primero que ves es tu cuerpo mediocre y repulsivo bañado en sudor. Tocas tus senos, acaricias los pliegues repugnantes de tu panza, tu anatomía provoca lástima, ya no eres ese hombre con músculos y frescura. Ahora eres un animal arrojado a su suerte, un pedazo de carne sin sentido, sin proyectos. La calamidad kafkiana de Greogorio Samsa es enorme, exquisita, sofisticada en comparación con la tragedia que eres, imbecil. No tienes estructura, tu esqueleto es un soporte fortuito que sostiene tus órganos inexplicablemente. Te apagarás. Es el único consuelo que tienes en tus patéticas manos. La última puerta al final del pasillo desgastado que es tu vida. Te apagarás cuando traspases ese túnel por el que viajas frenéticamente como un tren hinchado de electricidad. Hemos elegido esto. Tú y yo. Escogimos extinguirnos lentamente, imperceptiblemente, mientras todos levantaban la mano para adelantarse en la puta vida, para

activar el mundo, para reciclarse. Mientras los demás se presentaban como voluntarios para ser absorbidos por el ciclo viciado del puñetero planeta Tierra. Tú y yo decidimos dar un paso atrás mientras todos se abalanzaban por las mejores cosas de la cagada existencia. Los vimos a todos, estirando sus brazos para alcanzar la nefasta arena del mar mientras una vagina afeitada aplaudía junto a ellos. Elegimos ser la señora que fuma pipa en el lobby de un hotel en Cracovia, el primer gemelo asesinado en el concierto de Tony Corleone, el individuo que enciende su camión en un barrio olvidado a las 4:41 de la mañana, el soldador español que no tiene idea que saldrá en Discovery Channel en un programa especial sobre un edificio de Peter Eisenman, un buzo francés perdidamente enamorado de sus estudios sobre las algas, el secuaz derribado en una mala novela policiaca, el dibujo de un hombre que pateo una pelota en una lata de cloruro de etilo. Te levantarás repentinamente y hablarás conmigo. Habrás perdido la razón, chico. No te quedará más que hablar conmigo y perderte.

*

Franz Kafka, delante de ti, dice cosas abusivas. Ha excedido los límites, te trata como a un idiota. Dice que te volverás loco, y le crees. Le prestas atención, incluso a su tonto plan para salvarte. ¿En serio crees que es posible hacer una biblia kafkiana? ¿Qué demonios sabe Franz Kafka sobre el canal Discovery? Es una mierda.

*

—Resulta sencillísimo, querido amigo. Debe redactar lo que yo le dicte, sin cuestionamientos. Sin preguntas. Dedicarse absolutamente a escribir lo que yo le vaya dictando en cada una de las sesiones del programa. Debe hacerlo, de otro modo, terminará usted muy mal parado. Ahora, tome nota de lo que voy a decir.

*

Te entrega un bloque de hojas y un bolígrafo sangrante que extrae de la bruja, el repugnante saco de piel. Camina hacia el estéreo y elige entre tus discos con demasiada confianza y familiaridad. Mete un disco de jazz. Truenan los dedos al ritmo de Blue Train.

*

—“En un principio la oscuridad no era un fenómeno de la naturaleza sino un animal tendido sobre el universo, echado sobre uno de sus costados. Era una bestia podrida amamantando a sus crías. Tres brutos, herederos de la muerte, bebían la todavía leche tibia sin advertir la extinción de su madre. En un principio, el hambre, la ubre vacía de un contenedor de gusanos que no responde al llanto de los famélicos. En un principio el canibalismo, la carne descompuesta.”

*

Abres los ojos. “Marco”, dices en voz baja, pero nadie responde. Una luz tenue se asoma por la ventana. Cuando Kafka no responde, es que ha terminado de dictar. “Marco”, luego “Polo”. La clave. Si responde no ha terminado la jornada como copista. Pero si te ofrece el silencio, puedes levantarte de la cama, salir de tu casa, volver a tu trabajo normal, tu segundo empleo. Un trabajo ruin en la oficina, con un jefe peor vestido que Kafka y con amenazas de índole financiera: reducción de sueldo, despido, menos bonos, mierda y media. Termina el día. Otras ocho repugnantes horas. Haces la cuenta. Dieciséis horas en dictados y redacciones. Lamentas tu vida, Phillip. Llegas a casa y tomas el bloque de hojas que has escrito en las madrugadas. Eliges una página al azar:

*

—“Entonces, el Agrimensor golpeó la costa con su bastón y el mar se abrió en dos para que sus amigos, la horda de monos educados, atravesaran sin problema, huyendo así de los horarios de oficina. Se extinguían lentamente los hermanos del Agrimensor.”

*

Te han tomado el pelo. Ese Kafka lleva muy lejos la farsa. La biblia kafkiana es una copia barata de la biblia cristiana. El personaje principal, al que atan en la cruz, Diablo, es la evidente configuración de un antagonista mesiánico.

Luego hay capítulos que no tienen nada que ver con la historiografía humana. ¿A quién carajos le interesa que Diablo haya estado en Bagdad? Con esta biblia escandalizarás a cientos de amas de casa. Es lo único que pasará con tu librito de mierda. Te van a quemar en la hoguera por insinuar que Cristo es un muchacho que busca una salsa para espagueti en una tienda de abarrotes.

*

—“Entonces, cuando no haya sino sólo cenizas, y los jinetes se hayan marchado con sus bolas de fuego, quedarás tú, frente a la computadora, redactando mis palabras, hijo mío”. Y eso es todo, caballero. Ahora lo que sigue es una campaña para publicarla. De eso te encargarás tú, amiguito. Por qué yo estoy exhausto. Iré a echarme por ahí. Una cosa más. Tu amigo tiene razón. Quizá exageré en algunas cosas. Puedes desecharlas. Quizá me propasé un poco diciendo que Cristo era un muchacho hambriento secuestrado en una tienda. Con eso puedes hacer lo que quieras. Toma toda esa basura y edita el libro. Haz algo de provecho, hombre, con todos esos recortes. Estaré arriba en el dormitorio.

*

—Marco —susurras atemorizado. Un puñado de hojas en blanco junto a tu cama tiembla ligeramente con el viento que se cuela por la ventana. Es de madrugada. La habitación en penumbra respira. No has aprendido a diferenciar

una pesadilla de la realidad. Suspiras largamente. Remueves las hojas, no hay ni un solo garabato en ellas. No tienes que trabajar como secretario de un Kafka tiránico. Necesitas una confirmación y repites:

—Marco —la incertidumbre se alimenta del miedo.

—Polo —responde una voz que suena como el crepitar de una fogata a punto de apagarse en la oscuridad.

Dulces sueños

 **Macaria España**

Admirado Gael García:

Tal vez no me recuerdes, soy Gordita #234 y casi muero por tu culpa.

Hasta hace unos meses yo era una gorda infeliz que creía que la apariencia lo era todo, había intentado mil dietas y no lograba bajar de peso. Los estudios de hipotiroidismo negativos llevaron a mi médico a decirme que me resignara, que yo era una gorda natural. Pero me negaba a tal hecho. Hasta que un día, encontré la convocatoria de tu casa productora Cananea, buscando una gordita para protagonista de su nueva película. La felicidad me invadió, por fin podría ser la estrella que siempre había soñado convertirme y mi sobrepeso me había negado, pero ahora esos kilos extras serían los que me conducirían a la fama.

Yo recibiendo un Ariel (no, no el jabón, sino la estatuilla plateada) con un vestido negro en el que se transparentaran mis regordetas tetas con todo y pezones, era la imagen cúspide de mi incipiente carrera histriónica.

Mandé mis fotografías a la dirección que señalaban para el casting. Escogí una con un minivestido negro donde las lonjas se remarcaban deliciosamente, una con bikini rosa mexicano que resaltaba mi moreno tono de

piel. Después de un par de días recibí en mi bandeja de entrada la clave Gordita #234 para asistir al casting en los Estudios Churrusco. La emoción invadía cada una de mis células adiposas.

Me arreglé bastante bien, con un traje sastre color lila que acentuaba mi redonda figura, ya me sentía del *jetset* filmico de nuestro país. Pero cuando por fin tocó mi turno, el director me dijo que no me haría el casting porque no era lo “suficientemente gorda” para el personaje, que en las fotos me veía más rellena. Mi talla 16 era, por primera vez, muy pequeña para algo.

Imploré por una oportunidad, yo podría dar el peso adecuado para ser la estrella de su película, así que me dijeron que el casting continuaría al día siguiente y si en menos de 24 horas lograba aumentar 10 kilos, podrían tomarme en cuenta.

Corrí de inmediato al buffete de comida china y me atasqué de las costillitas de cerdo cantonesas, un *won ton* crujiente, como meras entradas, para después continuar con una sopa Buda, puerco agridulce, empanizados de camarón y *chow fan* de cerdo. Por un momento pensé que iba a vomitar, pero después de caminar tres veces al baño, la comida se asentó y pude comerme de postre un pastel de arroz con chocolate.

Me pesé en la báscula de una farmacia y había aumentado dos mil quinientos cincuenta gramos. Aún me faltaban poco más de siete kilos para lograr la meta. Decidí darme

una vuelta por el centro comercial y pasar por cada uno de los restaurantes en los que engullí sus platillos más representativos y grasosos: alitas de pollo picantes en el Ejército Alas, sopa de tortilla en El Comal, puré de papa con un pedazo de res frita en Comemás. Por último, fui por el postre a la donería CrispiCrispin para atragantarme con una dona de cada especialidad: rellena de crema pastelera, glaseada, chocobanana, estilo Homero, de frambuesa, etc. Pedí una dotación idéntica para llevar.

Ya en la tienda de la esquina de mi casa, compré un galón de leche para acompañar mi bomba de carbohidratos.

Pasaron 2 horas con 47 minutos para acabarme las 22 donas con 4 litros de leche. Rompí mi propio Récord Personal en engullición a marchas forzadas y mi LAL (Límite de Azúcar y Lácteos). Dando tumbos fui al baño a pesarme, apenas podía moverme y el sudor me escurría por los cachetes. La báscula marcó 99 kilos 200 gramos repartidos en mi 1.55 metros. Había cruzado la línea de meta.

La alarma sonó *pip-pip-pip* a las 6 de la mañana, era el momento para comenzar a arreglarme y empezar mi nueva vida artística. Traté de apagar el molesto *pip-pip-pip*, pero no podía. Mi brazo derecho no respondía. Ni el izquierdo. Tampoco podía mover las piernas, ni la cabeza. Mucho menos pude gritarle a Pay de Queso, mi gato, para pedirle ayuda.

Después de tres horas llegó mi tía Anselma, me encontró inmóvil en mi cama, pensó que estaba muerta.

Trató de levantarme pero no pudo conmigo y me dejó en la cama mientras gritaba por teléfono pidiendo auxilio.

La ambulancia llegó por mí, tuvieron que sacarme entre cuatro socorristas. Estuve una semana en terapia intensiva, gracias a una hiperglucemia o como yo la llamo, una explosión azucarada.

No recuerdo mucho porque los sedantes fluyeron siempre por mi cuerpo a través del suero que fue mi único alimento por 7 días. Bajé 12 kilos. Adiós. Dulces sueños en la farándula.

Con todo mi cariño,
Gordita #234

Manolín

 **Paulina Del Collado**

Soy un tipo circunstancialmente gordo. Hago hincapié en lo “circunstancial” de mi estado de obesidad porque éste, estoy convencido, es una etapa de transición, semejante al proceso que sufre un gusano antes de convertirse en mariposa. No es la analogía más masculina que se me ha ocurrido en la vida pero de momento es la única que se me vino a la cabeza.

Como decía, mi particular y muy común condición corpórea me ha excluido de las mejores primeras experiencias de las que gozan los sujetos de mi edad considerados guapos, no tan feos o medianamente humanos; entre éstas, la de la primera cogida. Hace algunos años no me perturbaba el hecho de no haberme tirado nunca a una mujer pero en una semana cumpla dieciocho, este evento —ni bueno ni malo en esencia— ha detonado una cierta angustia a los embates de la selección natural. Ya es suficiente llegar gordo a la casi segunda década de mi existencia. No necesito llegar, además, hecho un pendejo.

Todos mis conocidos, incluidos los socialmente discapacitados, han tenido éxito en una o varias empresas carnales con el sexo femenino, incluso algunos —los de ánimo vanguardista— habían sostenido fugaces encuen-

tros con individuos del mismo género y esporádicamente, con otras formas de vida derivadas del carbono. No daré detalles de esto último, ni de cómo lo sé, ni de quién se trata. Puedo ser un puto gordo, pero también soy un hombre prudente. Pero si se lo preguntan, pregúntenselo al perro de Federico Gutiérrez.

Esto en realidad es grave y nadie se toma un minuto para considerarlo: el mundo como lo conocíamos cuando se estrenó la última película de *Hellboy*, es hoy una feliz pero distante reminiscencia. Mis amigos, un selecto grupo de hombres que resistieron la mayoría de su adolescencia a las embestidas de las modas sentimentales, fueron cayendo poco a poco como mafiosos japoneses contra Beatrix Kiddo en la primera parte de *Kill Bill*. Algunos dieron mejor batalla que otros, pero todos, tarde o temprano, acabaron siendo masacrados por el látigo de la presión social.

Por ejemplo, antes solíamos congregarnos alrededor de la consola de *X-box*, hablábamos de música o de más videojuegos. No es que lo de juntarnos a jugar haya cambiado, pero hace algunos años nuestras discusiones fueron bombardeadas por historias de roces, avistamientos de culos, besos de lengua con fuertes dosis étlicas de por medio y estrujamientos de incipientes senos.

Yo sabía que era cuestión de tiempo. Incluso los seres más inteligentes del grupo caerían en las redes de la atracción al sexo opuesto, la madre naturaleza reclamaba que nuestros cuerpos —ahora aparentemente capacitados

para la reproducción— hicieran lo que les dictaba el instinto. Con el tiempo, la concurrencia en las noches de videojuegos fue disminuyendo, hasta que quedamos Federico —también conocido como *Pildorita*— y yo.

No busco ser malinterpretado: las historias de mis amigos me resultaban tan entretenidas como remotas, como cuando uno lee a Tolkien y entiende que la Tierra Media es pura ficción y que ninguna elfa voluptuosa con buena autoestima renunciaría a la vida eterna por un humano con malos hábitos de higiene. No obstante, entre más crecíamos, la atención se desviaba de los sucesos del exterior hacia mi falta de sucesos del exterior. Fue así como me convertí en el blanco de observaciones del tipo: “con la panza que se carga este cabrón jamás se ha visto el pito”, etcétera, etcétera.

Dejé de ver a mis amigos de la infancia al salir del bachillerato. Entré a la Facultad de Ingeniería, un lugar donde no existen las posibilidades de: a) un encuentro fortuito con un ser del sexo opuesto que parezca, en efecto, un ser del sexo opuesto, b) el consecuente coito y las lágrimas de felicidad y agradecimiento por parte de la afortunada, c) el repentino éxito social y la eventual conquista del mundo.

El tiempo en la Facultad transcurría en años luz y ninguno de mis colegas parecía muy interesado en mi vida privada, así que olvidé el asunto por un rato, unos meses para ser concreto.

Todo marchaba con relativa normalidad, mis ciento treinta kilos de peso y yo empezábamos a hacer las paces y aprendíamos sobre nuestros propios límites: no ganaríamos un concurso de fisicoculturismo juntos pero sí podíamos trabajar para ser estúpidamente ricos en el futuro. Era un plan redondo.

No obstante, la bomba atómica para mi Hiroshima fue, concretamente, una visión. Fui perturbado hasta los huesos por una repentina imagen del futuro próximo: mi madre y mi abuela — féminas con quienes he vivido desde mi feliz natalicio—, ambas, congregadas alrededor de un pastel de chocolate con mi nombre escrito en mayúsculas con *M&M's*: Manolín. La condescendencia del mote, el diminutivo añadido a mi nombre, que nunca antes me había irritado tanto, las dieciocho velitas que emergían amenazantes desde la densidad del betún marrón, las voces desentonadas, nasal una y chirriante la otra... todo estaba dispuesto con un objetivo: evidenciar mi fracaso como semental.

Mi destino, como el de Edipo, era inescapable: la genealogía de los Pérez Gutiérrez terminaba conmigo.

No permitiré que se me malinterprete; no es que no lo haya intentado. Mi abuela me instó, económica y espiritualmente, a invitarle un helado a algunas chicas aleatorias que ella conocía en el autobús, en la iglesia, en el grupo de oración, en el club de tejido y hasta en el bar de la esquina. Me esforcé bastante las primeras veces, casi con el mismo ahínco que los Curie con el asunto de los rayos X y, aunque

no di mi vida por la causa, estiré varias veces los límites de la humillación humana hasta que la liga de la tolerancia terminó por reventarse. Empecé a gastar el dinero del helado con potenciales receptáculos de mis hipotéticos descendientes, en cómics y videojuegos. Así las cosas.

Después, siempre hay un después en estas historias, en algún momento —entre el final de la ortodoncia y el inicio de un agresivo tratamiento dermatológico— estuvo Susana. Íbamos juntos a clase de francés durante una época en la que mi madre intentaba internacionalizarme y hacerme un robusto hombre interesante.

Susana no era el tipo de belleza que uno ofrendaría a un monstruo mitológico para impedir que destruyera la ciudad, pero era (dentro de un rango razonable donde se tomen en cuenta raza, edad, peso, altura, nivel socioeconómico, antecedentes penales e historial médico) bonita.

Lo mejor de Susana era el autodesconocimiento de su atributos. La experiencia, madre del conocimiento empírico, me ha enseñado que cuando las mujeres descubren su potencial seductivo se vuelven automáticamente frívolas y condescendientes. En especial si un espécimen adiposo e inseguro como yo intentaba invitarlas a salir. Susana era todo lo contrario. Parecía no estar al corriente de ninguna moda, vestía siempre jeans y alguna camiseta con dibujos, tenía la piel más blanca que el Yeti, su pelo parecía una madeja desordenada de alambre de púas y era, grandes paradojas de la vida, tan flaca como una rama.

Supongo que lo que más me gustaba de ella era su habilidad para pasar desapercibida. Yo me di cuenta de que Susana existía dos meses después de haber estado en el mismo salón. ¿Que qué me hizo notarla? No estoy orgulloso de esto pero no estoy intentando agradarle a nadie, así que lo diré de todos modos; la primera vez que me detuve a ver con atención a Susana fue porque abrió una bolsa de doritos de queso justo en el momento en que Madame Gutiérrez, que de francesa no tenía un pelo, explicaba qué verbos exigían el *être* y cuáles el *avoir*.

No es tan difícil de entender, no el francés, lo del tema de los doritos: un tiburón tigre puede olfatear una parte de sangre en cien millones de partes de agua. Así yo con los carbohidratos. Soy un hombre que presume del dominio de su cuerpo, soy capaz de controlar pasiones bajas e impulsos básicos. No obstante, comencé a salivar como un perro a medio desierto en el instante en que el olor del queso alcanzó mis fosas nasales. Todo empeoró cuando vi que Susana sacaba el primer dorito de la bolsa y se lo llevaba furtivamente a la boca.

De pronto, sin poder rehuir a la imagen, me vi atrapado en una red de frituras de queso y labios femeninos. ¿Qué fue primero, la gula o la lujuria?, ¿son ambas parte de la misma trampa? Quería levantarme de la silla, gritarle a la Madame Gutiérrez que se fuera a hablar en *français* con su puta madre y caminar hacia donde estaba Susana y poseerla en ese instante.

De esa epifanía amorosa saqué dos conclusiones: la gente nunca voltear a verte si eres el gordo misántropo de la clase, excepto cuando tienes una erección ridícula entre las piernas, y Susana, tan enigmática y atractiva como empezaba a resultarme, era un ser impío que se unió enseguida al mar de risas que había detonado mi situación.

Boté las clases de francés por tres semanas.

Mi madre me llevaba todos los martes a las cuatro de la tarde fuera de la alianza francesa, yo bajaba del coche y hacía todo el numerito: *gracias, ma. Sí, te llamo cuando termine la clase. Bye ma.* Esperaba a que se la tragara el tráfico para cruzar la calle y refugiarme en el VIPS más cercano. Fue una temporada de café americano ilimitado y pastel de limón. A veces, cuando Susana salía de clases, me dedicaba a seguirla hasta su casa. Según yo, esto no era el comportamiento de un sociópata porque en alguna de esas ocasiones le iba a pedir que saliera conmigo. Eso, me adelanto a las expectativas, no sucedió nunca.

Intenté hablarle apenas regresé a clase. Tuve que enfrentarme a unos cuantos brotes de risas anónimas que dejaban escapar mis compañeros cada vez que me miraban. Susana ni siquiera se percató de mi presencia. Vimos un documental sobre Proust. Un tipo rico y enfermizo que tenía una niñera que le transcribía a la máquina de escribir todas las idioteces que él, desde la comodidad de su cama, garabateaba en cientos de hojas hasta que después juntó tantas que se publicaron en siete tomos. Una pérdida de tiempo.

Por lo visto a ella le interesaban estas cosas. A mí la literatura fuera de Tolkien me parecía una tierra de dioses mínimos y acomplexados. No obstante, me conmovió la reacción de Susana, en cuanto la madame apagó la luz, ella le sonreía ensimismada a la pantalla. Primero experimenté algo muy parecido a la ternura, luego la contemplé como si fuera la encarnación del patetismo. Su soledad, su fascinación absoluta ante la imagen de un actor que fingía ser un genio literario en estado febril, sólo evidenció —con infinita intensidad— la mía. Yo era un pinche gordo solitario.

Estuvo Susana pero jamás me atreví a decirle nada.

Después olvidé el tema. Me concentré en tres objetivos: la carrera, las novedades de la tienda de cómics y terminar *Assassin's Creed II* que —dicho sea de paso— no es tarea fácil y no cualquiera puede hacerlo aunque la página quince de la revista *Game Planet* diga lo contrario.

Esta lista de prioridades me mantuvo feliz y ocupado por un buen tiempo. Sin embargo la visión del pastel y las velitas con el rótulo del infierno *Manolín, Manolín, Manolín*, comenzó a atormentarme en los momentos más inesperados: en las taquillas del metro, en el excusado, en misa, en mi cama antes de dormir, en mi cama después de dormir, en mi cama cuando no hacía nada en particular o sí... Terminé haciendo lo que todo hombre ilustrado haría: preguntarle a Pildorita.

Como cada viernes, Pildorita se presentó puntual y con pizza a mi casa para jugar *Call of Duty 4*. Estábamos jugando

en línea con un par de japoneses que llevaban tres semanas partiéndonos la madre en el campo de batalla. Escuché a mi madre y a mi abuela saludarlo, le comentaron algo acerca del suéter que llevaba puesto. Y seguí el ruido de sus pasos a mi habitación.

—¿Qué pedo, gordo? Oye, me dijo el de la pizzería que hoy no te podía mandar los veinte palitos de mozzarella de siempre pero que te mandaba diez. No mames, ni has prendido el *Xbox*, ¡qué huevos! A ver muévete. ¿Qué te pasa, güey?, ¿estás enfermo? —me preguntó Pildorita mientras acomodaba la caja de pizza en el suelo, prendía la consola, y desenredaba el cable de los controles.

Le tuve que contar que no estaba enfermo, creo que en alguna parte de la respuesta utilicé la palabra “angustiado”. Me miró como si fuera la primera vez que veía a un tipo deprimirse.

—Híjole, gordo. No sé qué decirte. Lo de la cogida no es tan grave, güey. Podemos decirle a la banda que ya te agarraste a una vieja y listo. Yo no digo nada —sugirió mi amigo.

Tengo que admitir que fue gratificante corroborar la hidalguía de Pildorita en cuanto a nuestro lazo amistoso, pero no estaba entendiendo nada: no se trataba de que los demás pensarán que yo ya no era virgen, se trataba de que yo supiera que no era un gordo pendejo, que algo había hecho bien en la vida para salir del laberinto de las masturbaciones solitarias. Algo.

Me convencí a mí mismo de que la inminencia de mi cumpleaños sólo confirmaba lo que yo, en el fondo, ya sabía: el mundo está repleto de dos tipos de seres: gente feliz y gente miserable. Éste, el segundo tipo, mi tipo, se encargaba de dividir el átomo, desarrollar nuevos software, descubrir vacunas, diseñar aviones y crear bombas biológicas, para que el primer tipo de gente pudiera seguir jugando a vivir la vida y a todas esas estupideces. Puto Darwin; ya lo he dicho: selección natural. Yo era el plancton de esta cadena alimenticia.

No contaba con que llegaría una llamada de Pildorita:

—Güey, qué pedo, soy yo. Oye, ponte guapo, te tengo un regalo. Paso por ti a tu jaula en veinte —apenas terminó de darme instrucciones, colgó el teléfono sin darme tiempo para decir nada.

Debo admitir que en ese momento no sé por qué no imaginé la naturaleza del plan, siendo mi amigo tan básico como un ingeniero industrial puede llegar a ser y yo, sufriendo una calamidad tan primitiva como la que padecía, era evidente que terminaríamos manejando hasta un *table*.

Pildorita pretendía estar tranquilo, en su elemento. Desde que estábamos en el coche pude oler que se había rociado con veinte litros de colonia y que llevaba más fijador en el pelo que Astro Boy. Yo comencé a ponerme nervioso, me sudaba la espalda, se me aceleró el pulso y presentí que no me había bañado lo suficientemente bien. ¿Y si terminaba teniendo un encuentro carnal? Claro está

que, quien lo llame “encuentro carnal”, no debería estar autorizado para coger, ni aunque quisiera.

En el *table*, donde ya podía pasar legalmente, me abandonó Pildorita a mi suerte. Me sentí como un villano de Kryptón enviado a prisión en la Zona Fantasma. Qué se suponía que debía de hacer.

Me imaginé hablándole a mi madre de esto: “Hey, mamá, deberías quitar ese diminutivo del pastel, ya no soy Manolín, ahora llámame Manolo. Y tú, abuela, ya no me des dinero para comprar helados, ahora dámelo para preservativos, drogas y alimentos con grasas saturadas”. Me parecía absurdo. Yo era absurdo.

Ahí estaba, sudando, sentado en un sofá rojo de polipiel, reflejado al infinito gracias a la disposición de la cincuentena de espejos socialmente aceptada como “erótica”. Y lo único que vi fue a un gordo pendejo.

Fui víctima de un golpe de energía. Un tipo que no soy yo, tal vez Manolo sin diminutivos, me hizo levantarme del sofá, salir al coche donde Píldora escuchaba música y pedirle que acelerara, que nos fuéramos de ahí cuanto antes. Mi cuerpo era una orquesta de reacciones químicas dirigidas por la epinefrina.

—¡Qué cabrón! ¡Quieres irte sin pagar, qué chido!
—dijo fascinado mientras daba marcha al coche y salíamos de ese lugar.

En el trayecto de vuelta le confesé a Pildorita que no pude hacerlo. Le hablé del momento en que me vi al espejo,

de lo incómodo que me sentía. Él me dijo que yo era un gordo cobarde pero que de todos modos era su gordo cobarde y que ningún idiota se iba a meter conmigo para hacerme sentir mal, ni siquiera yo mismo.

Después, le pedí un último favor a mi amigo como regalo de cumpleaños. Le di una dirección y ahí estábamos los dos a las once cuarenta y cinco de la noche fuera de casa de Susana.

Toqué el timbre una vez, me temblaban las piernas. No sabía qué reacción iba a tener Susana después de tanto tiempo, además, yo nunca le había dirigido la palabra. Tal vez ni siquiera se acordaba de mí. Era un idiota.

Contestó una voz femenina, adormilada, en el interfono. Y yo abrí mi corazón:

—Hola Susana. Perdón, yo sé que es tardísimo. Soy Manolo. No sé si te acuerdas pero íbamos juntos a la clase de francés de madame Gutiérrez en la alianza. Sé que fue hace mucho pero igual y te acuerdas... Mira, soy un imbécil. Desde que te vi comer doritos de queso en clase quise invitarte a salir pero nunca me animé a hacerlo. Por cobarde, yo creo. Y puede que ahora tengas novio, que estés más buena y no quieras salir con un tipo de mis dimensiones pero, Susana, hoy es mi cumpleaños y quiero festejarlo contigo. Dame chance. Sólo un rato, por favor.

—Híjole. Manolo, ¿verdad? Lo siento mucho pero Susi se fue a vivir a Canadá para hacer la maestría. Yo soy su mami... híjole, qué pena mijo. ¿Quieres que le diga que viniste?

—Que mucha suerte en Canadá y que le manda saludos Manolín.

Regresé al coche de Pildorita. No le dije nada porque creo que mi cara explicaba bastante. Él puso música y aceleró sin mirar atrás.

Charcos para Lucila

 **Gabriel Rodríguez**

Está el cielo en el tono de los malos presagios, está Salvador rezándole a un dios en quien ya no cree. Necesita que llueva. Y no una lluvia mediocre. Necesita un diluvio, un aguacero que descalabre. Mira el cielo suplicándole llanto. Detrás de él su mujer sueña que jamás envejeció. Abrazados a ella sus dos hijos, de igual modo, duermen; son como un par de globos desinflados. Él no aparta la mirada del cielo. Las nubes están grises. Las supone también dormidas. O mejor dicho: sonámbulas

Faltan pocas horas para el partido.

Camina de puntitas y con los pies descubiertos encima de la madera. Evita provocar cualquier ruido. Sabe que si despierta a su esposa la casa se llenará de reclamos, el rugir de tripas y aquellas peleas con que los niños evocarán la infancia el resto de sus días. Todo suena a malestar en aquel rincón del mundo. ¡Pero huele a tierra mojada! Es ese olor el que le da fuerzas a Salvador para volver el rostro y atreverse a observar lo que queda de su mujer coronada entre dos Salvadores.

Pero en su mente sigue presente lo que ocurre a través de la ventana. Arriba. El cielo afligido. ¡No! Conviene más pasar lista a los restos del chubasco de anoche: el vidrio

lleno de las cicatrices que dejan los gotazos, macetas satisfechas, lodo endurecido, agua de lluvia que encontró cubil en ciertas cuencas. Todo ayer se trató de un aguacero. Salvador no quiere pensar que el cielo se quedó ayer sin agua. Mira la estampa del Mesías encima de la cabecera. Qué más quisiera.

Hoy, como no ha pasado en dos años, el equipo Cruz Azul se juega la calificación a cuartos de final.

Sin calzarse abandona el cuarto. Abre la puerta como no queriendo, la cierra con delicadeza de ratero. Cruza el pasillo y los mecates colgando forman las líneas de una mano. En las escaleras se pone, primero, los calcetines y luego los zapatos aún mojados de ayer; duros y acartonados. Frío. Avanza rápido entre los departamentos evitando ser descubierto por la casera. Caladas, las suelas se vienen como echando pedos. Corre. La calle más bien parece la sombra de una calle lejana. Por primera vez desde que se hizo de día entre sus ojos y el cielo no hay un vidrio de por medio. Camina bajo una animosa escala de grises. Le suplica a su dios: por favor que llueva...

Al director técnico del equipo visitante le preocupa que la cancha esté resbalosa, que eso impida el buen desarrollo del encuentro. En algunas zonas del campo se formaron pozas debido al chubasco de anoche, se queja rabiosamente del pésimo drenaje del Estadio Azul.

Salvador decide irse caminando hasta el estadio, el juego empieza en una hora. Antes debe pasar por las capas.

Avanza con la cabeza rendida. Lo único que desea es que, de pronto, un pequeño redondel de agua caiga coloreando la banqueta. Y luego que caiga otro. Que poco a poco sean círculos más ostentosos, grandes, enormes, que se apoderen uno a uno y velozmente de la calle. Estrellando sus distintas sílabas empapadas en el pavimento.

Las primeras banderas combaten el aire, se agitan en el cielo apagado. Tibios rayos de luz quieren atravesar las nubes de algodón puerco. Los boletos se venden al triple de su precio. En casa, los hijos de Salvador se despiertan con antojo de todo. Él se gasta el poco dinero ahorrado en una sola cosa: el doble de capas. Cruza los dedos mientras recibe la mercancía. Que hoy llueva, Padre mío...

Aparece, de pronto, un bello lunar de agua en su brazo.

La segunda gota cae en una porrista que baila. Aún no salen a calentar ni los del equipo visitante. No falta mucho para que principie aquel partido de vuelta. Algunos aficionados se dejan espantar por el murmullo de la lluvia y retrasan su ingreso, guarecidos en los túneles que circundan la cancha. La tercera gota cae afuera del estadio, en el toldo de un puesto de pambazos. La décima gota cae en el peluche de una liebre de juguete. Salvador alza la mirada: una gota ciento y pico se aplasta en la mica de sus lentes.

Pero, al mismo tiempo, el Sol da a luz sus niñas.

El cuerpo de Salvador se transforma en un tapiz de piel chinita. Nunca tanta hambre intentó derrumbarlo con tal saña, nunca los cólicos insoportables de su mujer, nunca las

cartas a los Reyes Magos de sus hijos. El Sol le escupe brillos a todo lo que abajo existe. El ligero chipi chipi amenaza con desaparecer. El precio de las capas que Salvador vende sigue siendo de diez pesos.

Si tan sólo lloviera las vendería al doble. O más. Si tan sólo lloviera podría comprar suéteres para los niños, sacar a su mujer a bailar y tranquilizar a la casera, ponerse ebrio. Tal vez hasta le sobren unas monedas y las regale a alguno más desafortunado que él. Si tan sólo lloviera podría vender sus impermeables hasta en treinta pesos, o dos por cincuenta; es decir: una goliza. Salvador recorre las calles que rodean el estadio con sus capas fosforescentes en la mano, dobladas como una carta. Grita capas, capas. Camina entre aficionados con la cara pintada, le ora a un dios cuyo nombre ya olvidó. Grita capas, capas. “Cómprelas antes de que llueva”. Se vende así la primera. Luego la segunda. ¡Carajo, se le olvidó persignarse! Una señora con más fuerza en la voz también vende capas. Los niños de los cacahuates dos por tres también venden capas. Todos venden capas. Los aficionados entran al estadio. El sol sale, se va; el chispeo comanda de a ratos. Luego el sol. Es una batalla. Alguien busca un arco iris. Gastándose la voz, Salvador ofrece sus capas. Para él cada gota de agua que le atina en el cuerpo tiene la fuerza de un grito. Vende dos capas más. Una gota ya sin número pero de las más valientes que entrega el cielo, le cae dentro del ojo. Esconde la mirada, se limpia con la mano sucia. Levanta el rostro y observa a un aficionado

usando una bandera para cubrirse, mira a otros dos con capas que él no vendió, una familia entera se protege debajo de un poncho. El cielo no toma partido aún.

El encargado del equipo entrega a los jugadores zapatos de futbol con tachuelas especiales para evitar accidentes en el pasto empapado. La mascota baila, edecanes con chamarras dan la bienvenida al quizá futuro campeón. Capas, capas; grita Salvador. Entra al estadio portando su gafete de vendedor asignado.

Ahora sí ya están calentando los locales.

Camina entre el gentío azul hacinado en las diferentes zonas del graderío. Capas, capas. Vende otras tres. Y eso que aquella lluvia no exige ni mangas largas. Diez pesos todavía. Sus capas aún son un regalo, aún no son siquiera un adelanto con la casera, sí una anforita del ron que mejor tumba. Calientan los dos bandos. Los capitanes se toman las fotos pertinentes. Los jueces de línea revisan que las redes no estén sueltas, que sus agujetas estén bien atadas. Capas. Capas. Dios amaneció sordo, el cielo no pierde desdicha. Salvador avanza entre mentadas de madre y gente abrazada o con ambas manos en la oración del aplauso. El frío no vende capas. Hace falta una lluvia que mate, su aguacero descalabrante no aparece. La patada inicial es un grito de mil voces.

Capas, capas, suéteres para los niños, una rosa para su esposa, unos buches de aguardiente, capas, capas, que llueva, Padre, que llueva Hijo, que llueva Santo Espíritu.

El sol sale, vence. Cruz Azul va perdiendo por un gol temprano. Enmudecen los locales, la pequeña porra que vino desde lejos canturrea himnos que no son sino canciones populares llenas de parches. La voz de Salvador se pierde entre el gentío: Capas, capas. De a diez el impermeable. Ya ha vendido una buena cantidad, pero no la suficiente. Es ahí cuando siente que su estómago se transforma en un grillete, cuando nota que ya no hay más gotas cayendo. Una lágrima suya moja el suelo. La gente atiende al partido. Y el partido es un bostezo. Frío, Cruz Azul llega sin concretar. El Sol ríe. El Sol es un monstruo.

Salvador olvida por un momento su aburrido grito, mira el cielo y nota un cañón abriéndose paso entre las nubes opacas. ¿Será dios burlándose? Cae un gol, rodeado de dicha Salvador piensa en sus hijos mal alimentados y la madre enojada. Su garganta seca. Observa, pero más bien siente, el carnaval de júbilo a su alrededor. Del cielo caen papelitos azul y blanco, periódicos hechos trizas. Se ha empatado el juego. Si brinca, las monedas en su bolsa aún no forman un concierto. El alma se le escapa, olvida su porqué y su nombre. Es como si las arrugas se le acentuaran, como si la sangre se le detuviera o fuera engrudo. Todo es alegría, coros, sonrisas chimueles. Tal vez tanta gente rezando por una semifinal hizo que el deseo de Salvador no pasara de ser un rumor imperceptible. Tal vez debería arrojarle al foso, ir a dar a los asientos de abajo. Arruinarle la fiesta a algún espectador, tal y como el cielo le está arrui-

nando la vida a él. Se vio besando a su mujer, se vio regresando a casa con los útiles para la escuela, se vio brindando con desconocidos.

El juego, trabadísimo. Al final del primer tiempo, la tribuna donde no golpea el sol acapara envidias. Haciéndose visera con la mano, Salvador se sienta en una escalera. Un policía le dice que ahí no puede estar. ¿Por qué, Padre mío? Era sólo una lluvia lo que te pedí. Nadie responde. A lo lejos se escucha una maldición dirigida a la banca visitante que se quedó calentando, seguida por las carcajadas y el gozo de los que rodean al fan. Salvador le estorba a un anciano que quiere pasar rumbo al baño. Lo empujan. Estorba. No tira los impermeables a la basura porque aún algo de esperanza le dan aquellas lejanas nubes negras que llegarán, dios mediante, para la segunda mitad. Se llenan los pasillos de aficionados con ganas de orinar, estirar las piernas y comprar más bebida. Los vendedores de cerveza se llenan los bolsillos.

Salvador grita: capas a cinco, de a cinco las capas.

Regresan los veintidós jugadores al teatro. El árbitro pita. Salvador ve el juego pero no entiende nada. A su lado una jovencita grita que ama a alguien y otra persona grita cueritos y otra grita pizzas pizzas y otra grita vamos Cruz Azul.

Huye. Se mete a los túneles, observa cómo muere un charquito de agua estancada afuera del baño de mujeres.

No, las nubes no se acercan. Salvador decide abandonar el estadio antes de que el partido termine. Derrotado y

seco. Se aleja mientras a su espalda el murmullo de la gente emocionada se va perdiendo entre los cláxones de Insurgentes. En los televisores de los locales que rodean el estadio, Salvador cuadra tras cuadra escucha el partido. Trae sus capas en un brazo. Se detiene en una taquería para ver la repetición del gol que extirpa los sueños celestes de campeonar. El rostro se le cae.

Lucila sin donde vivir, Lucila sin ropa de frío, Lucila sin voz para cantarle a los nenes, Lucila sin charcos.

Salvador camina el resto del día. Abraza sus capas con pasión mientras aprisa persigue aquellas nubes negras que flotan a lo lejos. Piensa en acosarlas hasta que la noche las devore o hasta que se rompan sus zapatos.

La parábola del aplicante

 **Luis Miguel Estrada Orozco**

El teléfono de Alejandra sonó tres veces y ella esperó a que pasara el estertor de un trueno para contestarlo. Al otro lado de la línea, una voz adusta le comunicó que no podían conservar al hombre que la agencia de empleos les había enviado pues estaba mojándolo todo. “¿Un accidente?”, preguntó Alejandra, pero le contestaron que ella sabía bien lo que pasaba. Con un aire de decepción, la voz le dijo a Alejandra que esperaba que un error como ese no volviera a ocurrir.

Alejandra colgó el teléfono sobresaltada. Era la mejor agente de colocaciones y una notificación de este tipo equivalía, en su línea de trabajo, a un médico recibiendo una llamada para notificar la defunción de un hombre al que recién había certificado como sano. “La gente”, pensaba ella, “se pone mal en época de lluvias pues recuerda la ciudad sumergida en las inundaciones”. Toda la ciudad, recordaba, era propensa a escandalizarse al recordar las calles sepultadas en la lápida del agua y las casas desgajándose bajo el peso de una lluvia fina y constante que se acumula hasta vencer las vigas. Sin embargo, aunque se tratara tan sólo de los temores anquilosados de los habitantes, tendría que mirar en los archivos. Su reputación estaba en juego.

Alejandra revisó el expediente del aplicante con cuidado y comprobó que el hombre que había enviado a trabajar como telefonista cumplía con los requerimientos que la empresa había solicitado. Decidida a ir al fondo del asunto, llamó al hombre en cuestión para concertar una cita y le contestó una voz entrecortada sobre la que sonaba un aguacero.

El hombre le explicó que, en efecto, lo había mojado todo y que estaba sumamente apenado, pero que confiaba en que una agencia de empleos tan reputada como aquella lograría encontrar trabajo incluso para un hombre como él. “¿Un accidente?”, preguntó de nuevo Alejandra. “El de haber nacido, tal vez”, le contestó la voz. Contrariada por el pesimismo, Alejandra invitó al hombre a sostener una entrevista presencial para reevaluar sus aptitudes.

Al día siguiente, tras las puertas de cristal de la agencia se detuvo un hombre de gabardina gris tocado con un sombrero negro deslavado. Llovía. La gente pasaba por detrás de él, corriendo guarecida bajo sus paraguas o envuelta en coloridos impermeables. Nadaban a contracorriente de la grisura del cielo cobijado por las nubes de aguacero. El hombre, sin paraguas ni impermeable, sólo sombrero y gabardina, miraba a Alejandra desde la calle sobre la que el cielo se caía. El agua lo bañaba de pies a cabeza pero él no hacía nada por cubrirse. Así, empapado, entró en las oficinas.

Al acercarse al escritorio de Alejandra, fue dejando un rastro de agua que se revolvía con la tierrilla arrastrada de la calle pero que poco tenía que ver con la lluvia de allá afuera. Sobre el hombre, acompañándolo dentro del edificio, una pequeña nube gris y oscura llovía sin cesar y relampagueaba de cuando en cuando. Con los zapatos chapaleando en su propio aguacero, llegó hasta el escritorio de Alejandra y se sentó al tiempo que se sacaba el sombrero, recibiendo su inclemente temporal en pleno rostro.

—Exactamente, ¿qué tipo de trabajo le interesa? —preguntó Alejandra, tratando de disimular su asombro por el espectáculo inusual de una nube persiguiendo a un hombre, y tratando de ocultar también su enfado por la pequeña inundación que ocasionaba la lluvia sobre la cabeza del aplicante.

—En realidad, cualquiera que esté interesado en mí y que yo sea capaz de realizar. Notará usted que, más que un trabajo, busco una oportunidad.

Alejandra, profesional, preguntó si no habría alguna otra cosa que quisiera agregar a su currículum para ampliar las posibilidades. Él negó con la cabeza. La gabardina escurría, la camisa mostraba mil arrugas entre el agua, el pelo ralo del hombre le caía sobre la frente, empujado por la lluvia sin fin de la nube sobre su cabeza. Sacó un pañuelo a cuadros, empapado, de una de las bolsas de su gabardina para cubrirse el rostro que se le descompuso con un estornudo. Después, limpió con estruendo su gran nariz enrojecida.

cida. Su rostro colgaba con el escurrimiento propio del resfriado. Sus ojos tenían el tono triste de quien limpia su nariz más a menudo de lo que quisiera. Arrugas de mucho tiempo bajo el agua o mucho tiempo sin sonreír le surcaban las mejillas, y su propia piel acusaba el tono pálido de quien hace mucho no ha tomado el sol. La nube, sobre todo este espectáculo, llovía.

—¡Este maldito clima! —susurró.

Alejandra, fingiendo que revisaba el expediente con el interés de un experto, le aseguró que en pocos días lo contactaría para comunicarle sobre la oportunidad que, sin lugar a dudas, merecía. El hombre se retiró y Alejandra llamó a los servicios de limpieza para que atendieran toda el agua que había quedado tras la visita del hombre.

Durante algunos días Alejandra llamó a varios de los empresarios que contactaban a la agencia para solicitarles personal. Ante el compromiso ético de su empleo, no dudaba en comunicarles la particularidad del aplicante, pero se detenía en ensalzar sus aptitudes. Al escuchar la extraordinaria situación, los más impacientes colgaban el teléfono al tiempo que gritaban “¡No estoy para bromas!”, y regresaban a hacer cuentas, firmar cheques y asistir a juntas importantes. El correr del agua por las aceras de la ciudad, hundida en su temporada de lluvias, sonaba detrás de cada llamada, ensombreciendo y ensuciando las palabras con los ríos turbios de polvo y de restos de casas desgajándose. De cuando en cuando, la melodía rumorosa

de un derrumbe lejano interrumpía las llamadas, que eran retomadas para tratar con el curioso caso. Los empresarios de mayores miras trataban de sopesar serenamente la particularidad de aquel hombre inusual. Le dirigían a Alejandra preguntas razonadas que ella no lograba contestar con el acierto que deseaba. Después de discutir las aptitudes del solicitante y evaluar los pros y contras de un hombre sobre el que llovía siempre, los encargados de contratar al personal se despedían con un “No” cortés y colgaban el teléfono con la delicadeza de las manos que hacen firmas con varios giros. Alejandra estrellaba el auricular sobre el aparato telefónico y le parecía que cada vez que repetía este gesto un trueno más estallaba sobre la cabeza de aquel hombre.

Mientras tanto, en una comunicación entrecortada por la lluvia, el hombre llamaba a Alejandra casi a diario para verificar los avances en la búsqueda de empleo. Alejandra le inventaba excusas, le aseguraba que tenía una pila de llamadas por hacer, lo invitaba a no perder el ánimo y el redoble de una lluvia arreciando sobre la testa misma del que llamaba, la obligaba a pedirle que se comunicara en otro momento. Alejandra colgaba con delicadeza y más y más hombres llegaban a su oficina, sacudiéndose la lluvia de los impermeables o preguntando por algún lugar para dejar su paraguas extendido, escurriendo.

Queriendo recabar alguna información más sobre el aplicante, Alejandra escapó a toda norma de su profesión e hizo

una visita a domicilio. Llegó a la casa saltando los charcos y arroyuelos que se formaban entre las calles que subían y bajaban por la accidentada topografía en que se había montado la ciudad desde hacía tanto tiempo. Como si se tratara de entrar al vientre de una mina, el camino hacia las calles del centro de la ciudad se parecía a descender por túneles armados por hormigas que se ennegrecieron con las rebabas de sus trabajos a pico y pala. El descenso era un constante transitar entre edificios derruidos por aguas anteriores y edificios nuevos aún iniciando su proceso de desgaje. Como el hormiguero violentado por el niño, el agua corría por todas partes arrastrando la tierra con su paso.

El domicilio del hombre se trataba de un departamento diminuto de tres pisos acomodados uno sobre otro como en un acto del más descabellado equilibrismo. Una ciudad en que las casas habían aprendido los temores de las vigas humedecidas, de la argamasa debilitada por el agua, miraba con recelo la construcción que sobresalía por su peligro inminente. Tres veces la ciudad había presenciado inundaciones bíblicas y mil veces los edificios se habían derrumbado sobre sí, como disueltos por el agua. Alejandra compartió este recelo urbano al mirar que el recibidor del primer piso se encontraba anegado. Por las escaleras de caracol, el agua caía constante haciendo una pequeña cascada por los escalones y chorreando por sus bordes.

Alejandra subió al piso intermedio y encontró a su aplicante trapeando alrededor de muebles cubiertos por plás-

ticos transparentes. Sobre su acto inútil, la nube del hombre llovía sin pausas. El techo de ese entrepiso goteaba con un llanto inclemente al grado de dar la impresión de que llovía dentro de la casa del hombre al que la lluvia no abandonaba jamás.

Ante la sorpresa de Alejandra, el hombre aclaró:

—No todo es mi culpa; el piso superior se ha inundado. Siempre ocurre con este maldito clima.

Dejó el trapeador y le ofreció una taza de café que Alejandra declinó, aunque su curiosidad le suplicaba aceptarla sólo para ver cómo haría para calentar el agua.

—Supongo que ha venido a interrogarme —dijo mientras lavaba algunos trastes bajo el chaparrón de su pequeña pero inagotable nube—. ¡Siempre lo hacen! “¿Cuánto tiempo lleva usted con esa nube auestas?” ¡Desde siempre! “¿Está dispuesto a trabajar en exteriores?” ¡No sé hacer nada en exteriores! “¿Se trata de agua dura, lluvia ácida o salada?” ¡Depende de mi humor! ¡Siempre lo mismo!

Alejandra se disculpó y, por primera vez en su carrera, se sintió frente a un problema irresoluble. ¿Dónde podría mandarlo a trabajar sin que su nube importunara? ¿Quién lo aceptaría?

—Más difícil que encontrar trabajo, es encontrar una mujer —confesó de pronto el hombre, dejándose caer sobre uno de sus sillones, que acompañó a la confesión con el tap tap de la lluvia imperturbable sobre el plástico.

Contó historias en las que las chicas se acercaban a él primero atraídas por su peculiaridad pero que luego escapaban de su lado porque se arruinaban el maquillaje o sus peinados se deshacían bajo su lluvia. También ocurría que los vestidos nuevos se estropeaban o no podían ir al cine o a bailar, ¡menos aún a fiestas! Hasta las más pacientes y amorosas terminaban, inevitablemente, por enfermar de tanto estar al lado suyo: ojos entristecidos, narices rojas y malos recuerdos del resfriado era todo lo que él podía ofrecer cuando se enamoraba.

Durante los días siguientes Alejandra explotó los contactos obtenidos en una carrera brillante y al fin consiguió que el hombre obtuviera algunos trabajos, pero los resultados culminaron en esa forma indigna de desastre que es el despido laboral. Dondequiera que aquel hombre se parara, un limo breve crecía en los rincones y el edificio comenzaba a oler a ese presagio de catástrofe que la ciudad conocía tan bien.

Profesor, oficinista, traductor, chef, empleado en mostrador, cajero. Aquellos valientes que accedían a contratarlo, llamaban a Alejandra al cabo de dos días elogiando las habilidades de ese hombre pero desesperados por la nube gris que no dejaba de lloverle y les vaticinaba el derrumbe de sus edificios y la inundación de sus empresas. A pesar del tesón con que Alejandra se dedicó a la búsqueda, el hombre siguió mayormente desempleado durante toda la temporada de lluvias. Un día, el cielo se abrió y con su azul barrió a las nubes negras.

Alejandra lo citó de nuevo en su oficina y le regaló, a modo de broma, un impermeable de un color chillón y con su risa la lluvia de su nube se volvió un chipi-chipi amable, pero no cesó. Él le regaló a ella un reloj a prueba de agua y, al estrechar su mano, le agradeció el esfuerzo que le había dedicado.

—¿Sabe? Normalmente sólo pido trabajo durante la temporada de lluvia. A veces la gente decide contratarme porque piensa que mi nube es parte del mal clima. A pesar de los recuerdos que guarda esta ciudad, se arriesgan porque asumen que esto es pasajero. Pero ahora el cielo ya escampó y luego vendrá el sol y el resto de las estaciones. Nadie quiere esta inundación por todo el año.

Bajo el mismo mal clima con que había llegado, el hombre se fue.

Pasaron los meses y Alejandra recibió un ascenso. Después de colocar en una empresa de mensajería a un hombre que tenía la extraña facultad de caminar en una ciudad y aparecer en otra, no hubo más remedio que entregarle la dirección de su propia sucursal de la agencia de colocación. Después de la pequeña reunión festejada en sus nuevas oficinas, Alejandra levantó el teléfono y llamó a su antiguo aplicante. La línea había sido desconectada. Contrariada, tomó el expediente de aquel hombre y caminó las calles soleadas de la ciudad, tropezó con los niños que jugaban y bajó los callejones jadeando entre los muros relucientes por el sol en busca de la casa que se mantenía en pie por un truco de precario equilibrio. Cuando llegó a la

dirección, el malabar que eran los tres pisos había sucumbido ya a la inundación perenne. Cintas de seguridad cruzaban las ruinas y algunos mirones comentaban aquellas veces en que las lluvias habían convertido a la ciudad en un deslave peligroso. Con el sol auestas y el escombrosoltando leves expiraciones de vapor, Alejandra miró un arroyito correr entre las piedras colapsadas. El arroyito caminaba pendiente abajo para perderse en las calles como túneles de minas en derrumbe. Un brazo de este arroyo siguió un trazo desconocido entre las grietas del concreto de la calle y bordeó el zapato de Alejandra. Imaginando la tragedia, Alejandra caminó hasta el cementerio, encaramado en una loma. Ahí encontró al hombre de la nube gris junto a la fosa a la que descendía un ataúd. Los dolientes agradecían su presencia lúgubre entre tanto sol y dejaban propinas en su sombrero anegado por el limo verde que adorna las tristezas. Aquellos que deseaban sentir con más fuerza su tristeza, se acercaban al hombre y recargaban sus rostros empapados por el llanto sobre su hombro siempre húmedo. Él no hacía más que llover. Permaneció quieto hasta que el muerto fue entregado a la tierra y sus parientes terminaron de llorar; luego se paseó entre las tumbas regando fechas de nacimiento y defunción con su lápida de agua. Cuando el entierro terminó, el hombre caminó hasta perderse detrás de un mausoleo. Alejandra sospechó que, apenas comenzara la nueva temporada de lluvias, ese hombre abandonaría el cementerio para caminar las calles

de una ciudad que se espantaba ante la visión del agua, ante el recuerdo del derrumbe, ante la imposibilidad de que ese hombre perteneciera a un lugar distinto al cementerio. Alejandra arrojó el expediente en una fosa aún fresca y sin gente alrededor que semejaba la boca de una mina.

Un trueno sonó a la distancia.

Verde vivo

 José Antonio Sánchez Cetina

De pronto, así, como si un domingo, le salió en la cara un berro. Un brote, desde luego. ¿Qué planta se ha visto emerger de la epidermis enorme como si fuese el tronco ancho y denso de las habichuelas mágicas? Tan incipiente fue la irrupción vegetal que pasó inadvertida junto con el resto de los bigotes ralos y poco sincronizados en su rostro adolescente. Pero pasaron los días y la riqueza nutrimental de un cutis medio graso como terruño fértil y una buena resolana de volver caminando de la escuela a casa hicieron el milagro de la fotosíntesis en la mejilla derecha.

Y él, tan poco acostumbrado a pasar revista frente al espejo, dejóse crecer la barba y la vegetación cual si no hubiera nunca entrevistas de trabajo que juzgan al candidato por la cáscara. La primera que reconoció la aguja verde en el pajar fue Zusana. Claro que no supo, de primera, que se trataba de un berro, pero ande usted a apresurarse juzgando la agudeza de esa chica sin tomar en cuenta que las yerbas, como los bebés, son perfectamente iguales a determinada edad. “¡Te está creciendo una hierbita verde limón!” Hierbita, con hache. Porque en la chica que hizo el hallazgo las palabras suenan más suaves siempre, así esté deletreando *kalashnikov*. Y desde ya intuía que había algo

de agua, de verde y de vivo en esa vellosidad limonada de su amigo. *Amigo*, sin hache, y sin lugar a dudas, aunque él se aferrara tremendamente a la idea de que la amistad es una mazmorra húmeda y fría de la que se puede salir triunfante para llegar al cálido, exquisito y completamente desconocido mundo del noviazgo juvenil.

Parecía, pues, una señal del cielo para continuar en la pírrica batalla por el corazón naranja de Zusana. Llegado un punto, al mejor conquistador se le terminan los temas de conversación —especialmente en un mundo tan espe-luznante como éste, en el que uno no puede argumentar que las llamadas deben ser breves porque sólo hay un teléfono en casa, sino que está en línea, a la mano y con una lucecita verde como el cilantro junto a su nombre que lo hace disponible a cualquier conversación trivial veinticinco horas al día—. Así que el berro, pequeño y cotidiano, venía de vez en vez como un refresco al agotamiento de banalidades por charlar.

Cosa no muy distinta ocurrió cuando el resto del mundo encontróse con la plántula, un poco más crecida, junto con el resto de soldaditos capilares castaño oscuro. Habían pasado ya, muy afortunadamente, los años de primaria y secundaria, donde siete centímetros más de panza, una elipsis muy pronunciada en las orejas, una resbaladilla muy bien esculpida en la nariz o simplemente las cejas rubias como el trigo eran motivo suficiente para ser material de burla intensa y perenne de toda la escuela. Lejos de ser re-

bautizado como el *berro* o el *epazote*, o el *huauzontle*, como dictaría la pequeñísima creatividad de un grupo de jodones, la pequeña vegetación redundaba más en curiosidad que en escarnio. La era posmoderna permitía que los cercanos, y los no tanto, se hicieran autorretratos con el compañero de la barba con el injerto de berro.

No faltó uno que dudara de la naturalidad de todo esto y quisiera darle un buen jalón a la planta para comprobar que no había raíz dentro de los poros y simplemente se había pegado a la cara como un pequeño trozo de quelite que se rehúsa a permanecer en la boca del comensal, en el taco o en el plato. Pero el intento de cosechar ese berro fue infructuoso. Ande a saber por qué. Acaso la raíz estaba ya muy abrazada al cráneo o se había enroscado en una vena oscura, o tal vez fueron unos dedos gordos poco habilitados con piezas pequeñas y definitivamente grasosos que no pudieron sujetar el tallo. Lo único que hizo fue acrecentar el mito de la planta en la cara.

Contrario a lo que podría pensarse, traía más bondades que maldiciones permitir al berro crecer. No sorprende tanto, honestamente, en esta época donde el vegetarianismo y la pose ambientalista son más populares que las caricaturas japonesas. En un ambiente de energías armoniosas y sillones acomodados como dicta el Zen que se acomodan los asientos de piel sintética, la planta no tardó mucho en asomar sus primeras hojas. Todavía lucía como un brote lozano; no era difícil aplacarlo con suavidad

rascando un poco el conjunto de la barba. El dueño de la maceta, sin embargo, no hacía esfuerzo alguno por ocultar o hacer más discreto su ornato natural.

Pasado un mes en la calma que potencia la germinación, lo más indicado era visitar al botánico y no al médico para que acabara con las adivinanzas. Había quien sostenía que no era más que pasto, mientras que otros aseguraban que una mítica ceiba crecía de la mejilla del muchacho. Él soñó una noche con un árbol de limones amarillos, frondoso y recio, con un follaje nutrido y generoso bajo el que pudiera echarse Zusana en el verano.

Pero no era ni una espinosa ceiba, ni tampoco un limonero ni mucho menos un ahuehuete. El botánico, especializado en la flora japonesa de mitad del Siglo IV, no dudó ni un segundo cuando puso la lupa por un momento encima de la cara del muchacho. Para muestra, no recurrió a su tableta para buscar en la red alguna fotografía de la planta. Tampoco se levantó de su banco de metal para plantarse frente al librero y buscar dentro de un almanaque de un botánico suizo hijo de un carnicero. Se agachó para alcanzar algo en el piso y después puso su bolsa del almuerzo en la plancha del laboratorio, frente a él y a Zusana, como si fuese ya el medio día y se hubiese ganado una pausa. Metió la mano en la bolsa de tela y sacó un recipiente de plástico transparente. "*Nasturtium officinale*, berro o mastuerzo de agua, llámale como quieras" decía el científico mientras le mostraba su ensalada, y explicó

también que, como podía suponerse, el que estaba creciendo en su cara no tenía espolvoreados trocitos de tocino y queso de cabra.

Aunque nunca había sido un hombre de ensaladas y era el típico “no, gracias” cada que alguien ofrecía una ración más de la obligatoria de lechugas y todas esas otras hojas que pueden pasar por lo mismo frente al ojo carnívoro, por alguna razón le alegraba el espíritu saber que crecía entre su nariz y oreja una planta comestible. Soñó, otra vez, que Zusana preparaba una ensalada con un aderezo maravilloso que casi hacía que aquello supiera a filete con papas. Pasó el otoño entre ese sueño y otros varios; aunque no rebasó los diez centímetros que había alcanzado en el verano, la planta resistió todo el invierno de la ciudad, que es mucho más benévolo que en el campo, pero considere también que en el campo no circulan siete punto nueve millones de automóviles, que tampoco son el sueño dorado de un berro.

La cosa se puso todavía mejor. El asunto se puso mejor, corrijamos. Lo otro era una planta creciendo en la cara, ¿por qué habría de llamársele “cosa”? Retomando, se puso mejor la situación cuando la planta llegó a esa edad madura en que el tallo es fuerte y flexible, cuando las hojas le adornaban una parte de la barbilla y comenzaban a caer como una corbata de liana. Él disfrutaba las tardes en que Zusana, berro y maceta humana se sentaban a hacer tarea o a perder el tiempo. No con poca frecuencia, a ella le daba por frotar

una hojita de las que colgaban de su cara. Y a él le daba por pensar que -dado que un berro no era propiamente una hierba olorosa como la menta ni aterciopelada como una violeta- se trataba de un tímido y ecológico acercamiento de Zusana con miras a unir sus vidas para siempre.

Ya no debe acordarse del día en que cayó la primera hoja. El despertador estaba tan dormido como él hasta que despertó más por frío que por hábito, tarde. Salió de la cama de un brinco y, cuando estaba poniéndose la camisa, se dio cuenta de que una hojita de berro se había quedado acostada en la almohada. La puso en su mano, todavía dormida —la hoja, no la almohada—, y se imaginó que podía ser la muerte más dulce de una hojita de berro, dormida, ausente.

Para fines de logística, y dada la insistencia de su madre, convinieron un programa de deforestación responsable y amable. Esto es, sólo los jueves podía acercarse en la penumbra del silencio la madre para desprender con máxima delicadeza un máximo de cuatro hojas, dada la proporción de crecimiento de la planta hasta el momento. Usted se preguntará en qué utilidad vendrían cuatro miserables hojas de berro que apenas alcanzan a decorar un plato, pero el amor de madre consideraba que no había planta más nutritiva y sabrosa que la que brotaba de los poros de su hijo, aunque le suene raro.

La noticia de tan noble cosecha se esparció con prontitud no en las calles, sino en el cerrado y ultra competi-

tivo mundo de los restaurantes veganos, completamente saludables y absolutamente obcecados con las virtudes de las *superfoods*. Tras haber agotado todas las combinaciones posibles de semillas, yerbas y polvos ultra orgánicos, el grupo selecto de preparadores de ensalada veía en aquellos escasos berros la posibilidad de redondear sus platos y traer más clientes bajo el argumento de que no había cosa más natural que una ensalada de vegetación crecida sobre suelo humano.

Diéronse cita, entonces, de uno en uno y de dos en dos, el total de propietarios de establecimientos verdes de la ciudad para persuadirlo de venderles de manera programática tanto berro como fuese posible. Algunos llevaron ideas de cuántos platos se podían preparar a base de la hierba y otros simplemente llevaron cheques para que él se diese una idea de cuántas cosas podía comprar dando licencia exclusiva a un restaurante por su colecta. Él recibió a todos con Zusana, a quien pidió que le acompañara no porque ella fuese una estratega experta en la oferta y la demanda sino solamente para tener pretexto de una tarde más juntos. Ella accedió con la facilidad con la que un amigo, todavía sin hache y todavía en esa categoría, acepta la invitación a perder el tiempo bajo cualquier mecanismo.

Zusana Hortiz nunca fue una activista de nada, en realidad. Alumna promedio e hija apenas desobligada como para convertirla en una chica como cualquier otra, nunca sintió mayor pasión por ninguna música ni ninguna profe-

sión, causa o criatura. Pero en ese momento, frente a todos esos restauranteros ávidos de hacerse de los berros que ella acariciaba una tarde sí y la otra también, sacó un instinto entre maternal e incomprensible y le aconsejó echar a patadas a todos los cocineros y mantenerse fiel al auto consumo y a no lucrar con su barba.

Lógicamente, los cocineros salieron a patadas y los berros siguieron creciendo y siendo arrancados en un proceso gradual hasta que ocurrió el secuestro. Acaso lo hubiese sabido, tal vez habría considerado que siendo raptado tendría menos tiempo al lado de Zusana. Pero cómo va a pensar uno bajo ese enamoramiento que más parecía hechizo de un yerbero. Como era de esperarse, tres de los cocineros veganos que hacían ejercicio de flexibilidad a nivel contorsionista hasta los domingos lo raptaron. La intención era quedarse con el muchacho para siempre, en el entendido de que siempre tendría esos berros y siempre estuviese de moda comer ensaladas con los berros orgánicos crecidos en su cara.

La madre no hizo tanto esfuerzo por indignarse tras la desaparición, la policía tampoco por buscarlo y Zusana sólo extrañaba una que otra tarde en que su índice y pulgar frotaban la vegetación del amigo al que días antes había sugerido rechazar cualquier oferta civilizada por hacerse de sus productos vegetales. Eso no significa que su paradero fuese un misterio. Una ciudad así de pequeña con una escena vegana intensa pero pequeña al fin y al cabo guar-

daba pocos escondites para unos raptores que no pidieron rescate. Todo aquello que no hizo su madre y todo aquello que no hace la gente, la sociedad civil o como quiera llamarle cuando desaparecen humanos por motivos políticos o sentimentales, sí que lo hicieron colectivos defensores del medio ambiente, quienes argumentaban que el rapto del muchacho atentaba contra la vida silvestre, el equilibrio de los ecosistemas en todo el planeta y la paz cósmica.

Manifestaciones iban y venían de un restaurante a otro. Tanto bullicio había que nadie se percató de que las ventas del restaurante que había raptado al joven y que discretamente se proclamaba el único en vender ensalada de berro orgánico nacido en hombre de la región no se habían incrementado gran cosa. Lo que sí subía de nivel eran las discusiones y jaloneos entre ambientalistas y restauranteros. Dos o tres zafarranchos transmitidos en línea por las redes sociales habían convertido el conflicto del berro en noticia importante local.

Pasaron los días y él sufría como nadie el rapto porque creía que había sucedido en el momento en que mejor iban las cosas con Zusana. Casi estaba seguro de que serían novios para esa tarde. Ella seguía haciendo la tarea y perdiendo el tiempo, y de vez en vez se acordaba de la barba de berros y salía al parque a frotar cualquier otro pasto. La húmeda tristeza de lágrimas del muchacho poco bien hacía a las plantas, aunque tenía su buena dosis de minerales. Los raptores, muy cuidadosos de no emplear un pelo de animal

en sus cocinas veganas, poca importancia le daban a la salud del secuestrado. Entraban al cobertizo donde estaba y lo orillaban, amarrado como siempre estaba, a la ventana para que le diera el sol. Arrancaban uno o dos ramitos de berro, esquivando las mordidas que lanzaba desesperado el lacrimoso adolescente. No tardó mucho para que, dada la tristeza ingenua que consideraba que afuera lo echaba mucho de menos Zusana y las condiciones de encierro y poco cuidado, al berro le creciera una plaga a la que el botánico experto en el Siglo IV, después de tomar el almuerzo, habría catalogado como un caso clásico de cochinilla algodonosa que se produce en plantas de hoja verde.

Enmohecido, miraba desde la ventana los cada vez más violentos choques entre restauranteros, que se habían unido con otros de la región sin importar su consumo carnívoro, contra ambientalistas, que seguían siendo los mismos pero eran francamente muy aguerridos. Imaginaba que en el frente de los verdes sin mandil de cocina estaría Zusana luchando con palos y piedras orgánicas para rescatarlo. Ella imaginaba que el novio nuevo que la llevaba en motocicleta a la miscelánea tomaba una vuelta a la derecha hasta la carretera y se fugaban a la playa. La cochinilla algodonosa imaginaba que, en ese cobertizo polvoriento, aparecía de pronto un frondoso limón amarillo que serviría de alimento a generaciones enteras de plaga.

La guerra verde duró ciento catorce días de arañazos y empujones. Resulta que las *superfoods* en realidad sí

contribuían a un buen metabolismo y los cuerpos ultra flexibles de los combatientes se recuperaban bastante bien durante la noche para molerse a palos todo el día. Todo hubiese sido una partida entrampada y aburrida de ajedrez donde nadie se come a nadie de no ser por el ambientalista que no quiso tropezar pisando una piedra orgánica y rodó mucho más lejos de lo que tuvo que haber rodado, quedando en la entrada trasera y muy poco resguardada de uno de los restaurantes, el único que tenía un cobertizo con una ventanita desde la cual podría verse un joven raptado en caso de haberlo.

En lugar de entrar sigilosamente, pegó un grito que sacudió la tarde del día ciento quince de batalla y entonces, restauranteros y compañeros de lucha se lanzaron tras él por las escaleras, todos frenéticos como una enredadera que decidió que va a conquistar la casa. Zusana y el motociclista habían cambiado de aires, razón por la cual no estaban en la miscelánea de la esquina donde se veía todo el alboroto sino en otra miscelánea, más surtida, tres cuadras abajo. Cuando todos -o todos los que cabían- llegaron al cobertizo, no hubo mucho espacio para imaginación. La liana de berros que siempre colgaba hacia abajo se miraba tensa y perfectamente perpendicular al suelo, como si un peso la estuviese tensando. Bastante buena, como decía su madre, debió ser esa planta de berro, que lucía todavía verde y radiante mientras soportaba la maceta fría y ahorcada, como un péndulo en reposo.

Un cuento para niños

 Sergio Vicencio

Cerró el libro y dejó que una de sus manos agrietadas por el tiempo resbalara cariñosamente sobre el cuero azul. Fue más una caricia paternal que un atesoramiento innecesario. Antes de ponerse de pie repasó con el índice el relieve de las letras doradas. Ya nadie lee en papel, recordó, es demasiado caro, demasiado peligroso. Jové podía darse el lujo de pagar lo que una antigüedad como esa costaba. Si el resto de la humanidad prefería gastar sus créditos en implantes de receptores subcutáneos, o en *shots* para modificaciones genéticas, allá el resto de la humanidad. Mientras su tarjeta de retiro siguiera ingresando fondos del Instituto Asiático, él seguiría pagando pequeñas fortunas por antiguas ediciones empastadas en cuero y compendios de ilustraciones renacentistas. Era verdad que los gorilas de la Hegemonía a menudo rastreaban ese tipo de compras, pero hacía tiempo que había tomado las precauciones necesarias. Todo envío potencialmente sospechoso llegaba a una casilla en el astro-puerto bajo un nombre falso, donde nadie en su sano juicio se atrevería a meter las narices a menos que el paquete alertara los detectores de biodegeneración. Así, mientras la tienda de antigüedades quisiera conservar a su mejor mecenas, el anciano seguiría

llenado su librero con alimento para polillas intelectuales.

El viejo Jové acomodó el libro entre los otros veinte o treinta que conformaban la colección. Lo acomodó enseguida de las obras de Carroll y el compendio de imágenes de Royce Bair. Volvió lentamente a su mecedora mientras se felicitaba por el impecable acomodo de su pequeña biblioteca. —Pero claro que aquí no permitimos polillas o ratas devoradoras de libros, ¿no es así? —le dirigió a Winston una mirada de complicidad. El animal lo miró desde su jaula de plasma e inclinó un poco la cabeza a falta de mejor respuesta. Jové había diseñado la jaula con fines industriales. Su uso en todos los zoológicos y metacircos volvió el modelo tan popular que fue cosa de uno o dos meses para que estuviera disponible en las tiendas de mascotas en su versión casera. Era un hecho que el plasma de la jaula no era muy distinto al natural, pero Jové había resuelto ingeniosamente los dos problemas principales de su constitución: maleabilidad y toxicidad. Esto no sólo le había valido la honorable estatuilla de ciencias que inmediatamente había puesto en manos de un devorador de basura callejero; también le había dado acceso a un amplio fondo de créditos terrestres que había hecho durar hasta el día de su retiro.

Lugo de un rato, Jové se permitió dormirar sobre su sillón. Winston esperó el momento preciso en el que su amo comenzó a cabecear para activar la pantalla de comunicación. Presionó con la nariz el botón INTERCOMU-

NICADOR. Ladró dos veces desde su sitio y aguardó a que su dueño se espabilara un poco. Activó el comando ALIMENTO, cuyo botón recién añadido estaba impregnado con el olor de su marca favorita de croquetas. El anciano miró desconfiado a su mascota antes de levantarse. —¿No te había alimentado ya, Winston? —El animal agachó la cabeza y se cubrió los ojos con una pata—. Ya veo, ya veo —amenazó el dueño—, conqué tratando de romper tu dieta. No es bueno que te aproveches de un pobre viejo que toma la siesta para satisfacer tus glotonerías. Seré viejo, pero mi memoria es la misma de siempre —El perro se puso patas arriba y se sacudió fingiendo una espasmódica e histriónica muerte—. ¡Nada de eso, malvado! —sentenció Jové. La canina representación shakesperiana terminó y la casa entera vibró por un segundo.

El viejo corrió tan rápido como pudo hacia la ventana. Al asomarse vio que la esfera magnética que mantenía la casa aislada y flotando a veinte metros por encima del piso, se había detenido. —Ves lo que provocas, Winston —dijo mirando al consternado animal—. Por estarle poniendo atención a tus ruegos no me di cuenta de que el rotor iba a detenerse. Ahora tengo que bajar hasta la calle. —Winston dejó caer la cola y paró las orejas, un segundo después se había ocultado en su vieja perrera. *Bestia torpe*, pensó Jové. Tomó su chaqueta para radiación y buscó sus llaves.

La anciana hoja de madera rechinó guturalmente, los goznes chillaron a coro otro tanto. Al final de la plataforma

de conexión ya le esperaba el ascensor, pero la compuerta metálica tardó un poco más de lo habitual en reconocer su código genético. Finalmente se abrió. Jové se cubrió la cabeza con la capucha de la chaqueta y se encasquetó los protectores visuales que tenía en el bolsillo. Automáticamente apareció junto a él la pequeña niña traslúcida que tenía configurada como elevadorista. Usaba, porque él así lo había estipulado, un vestido al estilo siglo XX, una sola pieza en un tono verde claro, zapatos negros brillantes y llevaba el cabello peinado en dos pequeñas trenzas a los lados de la cabeza. —¿Vas a bajar, abuelo, vas a bajar? —preguntó emocionada la chiquilla y tiró del borde de la chaqueta de Jové. Su ropa no se movió un ápice. Aun así los simuladores neuronales le provocaron la sensación de contacto en la cadera. Jové asintió amablemente con la cabeza. —¿A dónde vamos, abuelito?, ¿vamos a ir a la tienda? —el viejo suspiró—. No vamos a ningún lado, Ifa, sólo necesito reparar el rotor de la esfera, ¿puedes por favor activar el elevador? —La pequeña sonrió de sien a sien. Su programa de reconocimiento de voz nunca notó lo imperativo que aquel por favor había sonado. Puso su pequeña palma sobre una de las paredes del cubo de acero, las luces se encendieron y el aparato comenzó a descender lentamente.

A nivel de la calle Jové olfateó el aire antes de salir de lleno a la intemperie. —No vayas a moverte de aquí —le advirtió a la niña elevadorista. La concentración de dióxido de carbono no parecía ser mortalmente elevada, el

medidor de su chaqueta marcaba O=C=O MODERADO, pero aun así el aire estaba cargado de la peste azufrosa que imperaba siempre en aquella zona industrial. Sin más por considerar, el viejo científico caminó hacia la caja de piezas de repuesto que estaba empotrada en una pared cercana. Empujó su palma contra el ladrillo y el camuflaje desapareció revelando una compuerta de titanio. Era un modelo viejo, como viejas eran casi todas las cosas que a Jové le interesaba adquirir, por lo que su candado se abrió con reconocimiento de voz. “Jové Herman Osgrimm” dijo el viejo con voz acartonada para que el sistema lo reconociera. El candado botó y tuvo acceso a una infinita cantidad de piezas colocadas de forma individual en pequeños cajones. Si las bestias de la Hegemonía supieran lo que hago con sus paredes..., pensó y se regocijó de su inteligencia. Tomó un repuesto para los imanes del rotor: estaba despostillado, tomó otro, otro más, otro más, hasta que el último le pareció perfecto a la vista. Cargó la pieza, repitió su nombre y la caja volvió a cerrarse; con un simple toque de su dedo el camuflaje de ladrillos se restableció. Al darse la vuelta, sin embargo, Jové se percató de que durante toda la operación alguien lo había estado observando.

A menos de tres metros de distancia, sentada sobre la acera al lado opuesto en la calle, una pequeña jugaba a tener alas con los bordes de su impermeable amarillo. Jové no pudo ver su rostro a causa de que la niña usaba una máscara purificadora, pero supo que la pequeña estaba sonriendo.

De hecho, se imaginó, estaba sonriéndole a él. Por un momento no encontró objeción para devolverle la sonrisa. Luego se percató de que ella había visto lo que él había hecho. El rostro de Jové se endureció. Caminó hacia la pequeña y ella se puso de pie, —¡li-hau! —lo saludó. Se trataba de una nativa. Despreciaba a la gente que había nacido en la zona industrial, gente de cepa y lenguaje mezclados. Aun así respondió el saludo con amabilidad, —li-hauyu, deboshquina. —¿Tu mezo es ita nao qui vuela? —Sí —respondió Jové—, mi casa es esa nave voladora. —La pequeña se sorprendió de que el hombre le hablara en lengua común—. Pero por dentro no es otra cosa que una casa de viejito, antigua y llena de cosas inservibles —remató.

—¿Devedeve? —La niña se quitó la máscara y esta vez Jové estuvo seguro de que le estaba sonriendo—. ¿Je puiso videarla, sí?

—No. Creo que puedes verla muy bien desde donde estás. Mejor vete a tu casa. —Con un cruzar de brazos la pequeña le mostró su inconformidad.

—¡Viello caco! —le gritó a Jové—, je ve decirle a maman toutocet que vuosa hizo por quebrar la llana.

Al contestar, la voz del viejo científico tembló un poco, —¡yo no he roto ninguna pared! —La niña reafirmó el gesto de los brazos cruzados con un mohín y un bufido.

—¿Tons, qué tu fáe?

—Si quieres saber qué hago, ven, te lo mostraré —Jové

habló en un tono intrigante y empezó a caminar hacia la terminal del rotor. La niña, por supuesto, fue tras de él.

La base del rotor era pequeña a comparación con la esfera que sostenía dentro a la casa vieja, pero su potencia rayaba lo exagerado. Jové sabía que una vez abierta la compuerta no tendría mucho tiempo para cambiar el imán, pues el impulso electromagnético que se generaba en esos casos provenía de un acumulador mediano. Antes de abrir la puerta se volteó a mirar a la niña, —ahora no te acerques, tengo que hacer esto muy rápido o toda la nave podría venírse nos encima, no me interrumpas cuando abra la puerta, ¿entendido? —Ella lo miró como si hubiera dejado de comprender su lenguaje. Jové trató de explicarle nuevamente, —mira —comenzó despacio y endulzando la voz—, esta cajita que está pegada al piso tiene un imán muy poderoso que sólo funciona cuando está muy, muy frío, y ese imán es el que hace que toda la casa vuele y dé vueltas. Pero el imán de adentro, al parecer, se ha roto y necesito cambiarlo. ¿Sabes cómo funcionan los imanes? —Ella asintió y soltó una pequeña carcajada—. Bueno, pues cuando lo quite voy a poner dentro este otro imán que traigo aquí, y es muy peligroso, así que quédate donde estás. —Una vez más ella se carcajeó pero retrocedió obediente a tiempo que miraba hacia arriba. Jové se enjugó la frente. Se había acostumbrado por fin al olor del azufre. Destapó la base del rotor, alcanzó el guante protector y sacó el imán: estaba cuarteado y corroído. A pesar del grosor del

guante, el frío le mordió los dedos provocándole una involuntaria mueca de dolor. Pero pudo colocar en su lugar el repuesto con tiempo de sobra para verlo comenzar a flotar sobre el núcleo de la máquina. Arriba, a veinte metros de altura, la esfera comenzó a rotar lentamente de nuevo.

Luego de haberse calentado la mano con un poco de fricción, Jové tomó rumbo hacia el elevador metálico. Esta vez tendría que manipularlo él para poner en línea la entrada de la esfera con el sistema navegador del ascensor. La niña lo siguió hasta la compuerta, —¿qué tu fáe? —inquirió curiosa.

—Tengo que irme. No debes venir conmigo. No hay nada más que máquinas y cosas viejas allá arriba. Vete a tu casa. —Jové reparó en los rizos oscuros de aquella criatura, miró sus pequeños ojos azules, casi grises; ella le tendió una manita diminuta y blanca y algo dentro de la maquinaria que era su cuerpo cedió—. ¿Me prometes que no vas a contar nada de lo que viste con la pared? —Non, non juro riana. —Si no me lo prometes no te dejaré subir.

Ella hizo un puchero. —Si non me permetre sa cendere je vedir a mamam toutocet que je he vido. —Jové se dio la vuelta, tocó las placas del ascensor y éstas se abrieron. Ambos entraron al cubo y la niña elevadorista hizo su aparición. La pequeña de carne y hueso pegó un grito de sorpresa y aplaudió el breve acto de magia, pero Jové le dijo a la imagen: —yo lo haré esta vez, Ifa, puedes platicar con tu nueva amiga mientras tanto —Cerró los ojos a fin de concentrarse en las órdenes que transmitiría desde su

corteza cerebral. Puso su palma sobre una de las paredes y el cubo inició su vuelo hacia la esfera. Movi6 la estructura lentamente a la par que escuchaba nimiedades y juegos de manos infantiles. Al llegar arriba abri6 los ojos y sentenci6: —eso es todo por el momento, Ifa. Podr6n seguir jugando despu6s —a lo que ambas ni6as contestaron con un arm6nico s6. Ifa desapareci6 y la invitada de Jov6 corri6 hacia fuera el cubo apenas se abrieron las compuertas.

Una vez dentro de la casa la chiquilla ni siquiera se dio la molestia de volver a reparar en la imponente esfera que rodeaba y manten6a a flote la estructura de madera. Una vieja casona como esa, preservada casi 6ntegra por m6s de 800 o 900 a6os, no era algo com6n, mucho menos para una criatura tan joven y diminuta. Si bien no hab6a terminado de atravesar el umbral, la nativa ya estaba corriendo por la sala, trepando por los sillones de tela y cuero y derribando de los estantes todo tipo de reliquias. Para Jov6 este frenes6 era habitual, pero no por ello menos desagradable. Lo hab6a visto id6ntico en cada uno de los visitantes que hab6a dejado entrar a su casa, y casi con la misma facilidad que hab6a permitido que empezara, lo hab6a detenido con un grito. Esta vez, para variar, dej6 que la ni6a curioseara un rato antes de confrontarla. —¿C6mo te llamas, debosh-quina? —Mao nome est Valentina, por mamen me nombra sempre pequeninha. —Jov6 la observ6 mientras pensaba en lo que la ni6a lo hab6a visto hacer. Su madre hab6a acertado con el mote: si bien era una chiquilla de diez

años, su estatura y su rostro guardaban todavía la picardía y la inocencia de una de cuatro. No sabría guardar el secreto. Tal vez ni siquiera entendía lo que guardar un secreto implicaba. Fue obvio entonces, sólo para él, lo que había que hacer a continuación.

Sin invitar a Valentina el viejo comenzó a revisar una máquina que tenía empotrada en el espacio de la chimenea. Ella dejó los papeles y las figuras de porcelana que había tomado de encima de una repisa y se colocó detrás de Jové. —¿Qué tu fáe?

—Nada, nada, tú sigue con lo que estabas haciendo.

—¡Non, non!, dime qué tu fáe o je te miento con maman. —Jové supo que había ganado la contienda. —Estoy buscando algo muy bonito para mostrártelo, pero no lo alcanzo. Está justo al fondo de este hoyo, sólo que no quepo dentro. Si pudieras alcanzármelo podríamos verlo juntos.

A pesar de su corta edad Valentina dudó, vio aquella máquina extraña, reparó en el boquete oscuro y dudó. —Non, je sorto mejor. —No pasará nada, aproxímate y verás que no hay peligro. —Y ella, tan niña, tan amable e ingenua, se aproximó. Jové no tenía la fuerza de hacía treinta años pero con la inclinación de aquel cuerpo tan pequeño no tuvo que poner mucho trabajo de su parte. Ella miró dentro del agujero y él la empujó. La puerta se cerró herméticamente a sus espaldas.

Jové fue hacia el librero y buscó su tomo favorito, era el mismo que había abandonado hacía un rato entre los

demás. Tendría tiempo de leer mientras se completaba el proceso. No quiso mirar por la ventanilla de la puerta. Sabía que de voltear, de ver a Valentina mirando hacia afuera con los ojos llorosos, la hubiera dejado salir de inmediato. En lugar de eso giró su mecedora hacia otro lado y peinó las páginas suavemente con las palmas extendidas. Entonces ordenó: —Ifa, puedes venir un momento. —La niña holográfica se manifestó junto a él y le sonrió—. Programa la máquina para un cambio sencillo de estructura: reducción de cromosomas y alteración en los pares preestablecidos para el proceso dos. Será una simple reformulación de mamífero complejo a mamífero sencillo esta vez. —Ifa no dejaba reconocer tristeza o inconformidad en su rostro. Estaba codificada para ser feliz con lo que él pidiera, implicara lo que implicara. Para este punto ni siquiera recordaría que había estado jugando con la niña que torturaba. Era igual cuando él le pedía cosas, cuando la hacía aparecer para acariciarla: ella simplemente olvidaba.

Ifa desapareció y el proceso en la máquina comenzó de inmediato.

Winston había activado el intercomunicador de la jaula de plasma y estaba ladrando. Tal vez Jové, con su oído duro y humano, anciano, no escuchaba los gritos de Valentina tras la tapa hermética. Pero para Winston, por el contrario, eran muy claros. Jové se preguntó si Winston lo recordaría también y por eso ladraba. No era maldad, no era odio y, definitivamente, no era preocupación. Si podía esconder

sus libros y sus muñecas de porcelana del omnipresente ojo de la Hegemonía, ¿qué le importaba que la mamá de una nativa fuera a hacer algo? Lo había hecho porque recordaba con sabor a miel sus años pasados. Porque hacer cosas como esa era parte de su naturaleza. De haber sido más joven simplemente habría usado la máquina para adelantar uno o dos años el crecimiento de la pequeña y luego la habría sacado de allí con las ropas rasgadas. La habría obligado, la habría dominado y, luego de tenerla, la habría hecho desaparecer usando la misma máquina. Habría dado el comando correcto a Ifa y el aparato habría vuelto paulatinamente a su víctima un bebé, un feto, un pequeño embrión, un gameto, un par de células, y luego simplemente habría activado el incinerador. Indoloro, indetectable, impensable, poco más que abominable. Pero para su infortunio ya era viejo. Su libido había disminuido con los años. Ahora necesitaba de la compañía y Winston también. Después de todo ya llevaba algún tiempo siendo perro y no le caería nada mal tener una amiga nueva.

—Si la Hegemonía encontrara mis libros y mis pinturas no los descifrarían. Si entraran y vieran el decorado de mi casa vieja, mis muñecas de porcelana, los daguerrotipos de Liddell, no habría problema, no lo comprenderían —reca-pitó—. Para un hombre con secretos es bueno saber que la gente de su tiempo no piensa como él. No hay porqué inquietarse entonces. Nadie examinaría sus peculiares mascotas, y el cargo por poseer objetos obsoletos de siglos

prohibidos se saldaba, en el caso de un anciano como él, con una simple multa. No había nada de qué preocuparse.

El doctor Jové Herman Osgrimm, científico premiado, maestro condecorado, hombre viejo y cansado se mecía en su silla esperando a que el proceso de su máquina terrible completara el último ciclo. —Winston, mi viejo amigo, pronto tendrás compañía y los tres podremos jugar—, dijo hacia la nada. Comenzó a leer su cuento favorito de la antología. Ahora lo entendía mejor que nunca.

Repasó las primeras líneas: “Al lado de un bosque muy grande vivía un leñador muy pobre con su mujer y dos hijos. El niño se llamaba Hansel y la niña Gretel”. Y sonrió.

Gracias, Manolo

 Cecilia Magaña

—¿Silvia?

Abre los ojos.

—¿Quieres compartirlo con nosotros?

El círculo de miradas soñolientas la espera. Un hombre en la silla de al lado tose. Se endereza un poco. No. No quiere compartir nada. Suspira. La mujer a tres personas de distancia empieza a llorar. Manolo con su cuerpo inclinado hacia delante y su cara de infinita paciencia la deja en paz y pronuncia el nombre de la que llora.

—¿Andrea?

—Es que... no puedo doctor...

—Inténtalo... te escuchamos.

Silvia siente náuseas, como cada vez que Manolo habla en plural: “Vamos a probar algo”, “Necesitamos ver avances en tu tratamiento”, “No estamos haciendo nada malo”. Quisiera pedir permiso para salir al baño, pero no se atreve a interrumpir a la que llora.

—...mi papá me puso las piernas así... amarradas a los postes... y yo no podía cerrarlas...

Silvia se encaja las uñas entre uno y otro dedo. Trata de no mirar a nadie mientras escucha la voz describiendo esa primera vez, que no tiene nada que ver con la suya. Y como

cada tercer día no sabe qué está haciendo aquí. Debería de estar en la calle, en la prepa, en cualquier lado. Pero no aquí. Cierra los ojos y busca algo que tan siquiera se parezca a esa sensación de horror que sigue saliendo de esos labios y no encuentra nada.

—...y ya que me dejó sola lo pensé... no me atreví a hacer nada pero...

Manolo se ha puesto de pie y aprieta uno de los hombros de Andrea, con ese gesto en la cara que hace que Silvia desee ser pequeñita. Desvía la mirada antes de que él vuelva los ojos al círculo para ver quién sigue.

—Muchas gracias, Andrea. Qué bueno que estás aquí. Estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias, Andrea —repite Silvia junto a todos los demás, tal vez un poco a destiempo.

El silencio se vuelve a apoderar de la sala. Podría ser el momento de salir al baño. Pero el que tosió hace rato, el nuevo, habla.

—Cuando empezamos el ejercicio pensé que yo nunca había... digamos... considerado eso antes...

—¿Sí? —Manolo regresa a su lugar. Silvia siente que la mira de reojo.

—... y entonces me llevé un cuchillo al cuarto... —sigue el nuevo—. Dije que era porque me daban miedo los ladrones, pero lo tenía ahí... por si no aguantaba más y quería...

—Suicidarte —terminó Manolo—. Es importante que lo digamos como es.

—Sí... sí... —el nuevo parece tener algo atorado en la garganta.

El llanto del primer día, piensa Silvia y decide fijarse en sus zapatos en lugar de esperar, como parece que esperan todos, en ese silencio que podría escucharse como los gritos del círculo: “¡llora, cabrón, llora!, ¡llora, con una chingada!” Hasta que se destapa algo y un sonido entrecortado suena al ritmo al que se mueven los pies. Los zapatos son blancos con ribetes azules. La lengüeta floja a falta de agujetas. Silvia las imagina guardadas en algún cajón de recepción. ¿Serán blancas o azules?

—Eso es, Ramiro, eso es. Bienvenido. Estamos muy orgullosos de ti.

El grupo tarda un momento en responder. A ella le parece que no están satisfechos con la novatada. Querían más. Así que es la primera en decirlo: “Gracias, Ramiro.” Pero en cuanto termina se arrepiente. Ahora todos los ojos están sobre ella, todos al mismo tiempo: Gracias, Ramiro.

Las ganas de ir al baño se le clavan en el vientre. Traga saliva, busca la cara de Manolo para pedirle permiso, pero no lo encuentra. La caja de *Kleenex* pasa de mano en mano hasta el nuevo, sin que por esto la atención del grupo se desvíe: van tras ella. Siente que el corazón se le va a salir por las orejas, o de entre las piernas. No puede contarles lo que recordó. No es suficiente, pero no tiene nada más que contar. ¿Por qué no está en cualquier otro lugar? Si pudiera regresar el tiempo y brincar de veras. Si en este momento, el

piso delante de ella se hundiera y le revelara el tráfico de la avenida. Se levanta de la silla. Debió de haber saltado. Siente sus manos sobre los hombros y muy cerca de la nuca, su voz: “Vamos a sentarnos, Silvia. No tienes que hablar ahora si no quieres.” Manolo detrás de ella y su corazón, hecho agua, resbalándole por las piernas.

En la noche, ya en su cuarto, Silvia espera. Hace dibujos en el cuaderno que le trajo su mamá la semana pasada. Edificios. Los zapatos del nuevo. Espera. Sabe que va a venir. En cuanto se abre la puerta suelta el pedazo de crayola.

—Traje tu medicina. —Lleva un vasito de papel en la mano, como siempre. Lo deja en el buró y se sienta junto a ella, hundiendo el colchón.

Así debe sentirse cuando tu papá se sienta contigo en la cama, piensa Silvia, mientras Manolo pone la mano sobre su espalda.

—¿Cómo estás? —insiste.

Quiere decirle que bien, quiere darle las gracias otra vez. Se inclina hacia delante y deja que la mano paternal baje hasta sus nalgas. Respira el olor a colonia de doctor, a limpio, cuando él le besa la oreja y le dice muy suave: “vamos a probar algo...” Y deja que Manolo la estire, y que le quite los pantalones del pijama. Aunque tiembla, no dice nada mientras él le abre las piernas y usa los pantalones para amarrarla a los postes de la cama.

Gracias, Manolo, piensa y se muerde los labios.

Muchas gracias.

El gran quiénsabe

 **Hilario Peña**

El Ford Focus color azul asomó su nariz a la salida del motel. Ahí estaban los dos. La contadora y su amante. Justo frente a mí. En el espantoso carro de ella. Ajusté el lente con precisión y desde mi Crown Victoria los capturé una, dos, tres. Cuatro veces.

Seguramente se preguntarán qué clase de persona es capaz de dedicarse a un negocio tan ruin como éste, a lo cual yo les contestaría: la peor.

Al terminar arranqué rumbo a casa. Una vez instalado en mi guarida acabé con un seis de agua quinada acompañada de vodka y hielos, viendo una pelea repetida de Juan Tres Dieciséis. Como a las diez y media de la madrugada me despertó la llamada de Rosa Henderson. Nos quedamos de ver en uno de estos cafés nuevos donde los chicos compran sus helados de chocolate.

Mi americano arribó frío y quemado. Le dije al mesero que no lo quería. Me preguntó si se me ofrecía algo más. Le dije que se largara de mi vista. Rosa Henderson pidió una malteada de chocolate con crema pastelera. Ella sí parecía muy satisfecha con su enorme batido, el cual desapareció en cuestión de segundos por medio de un popote conectado a la boca de Rosa Henderson.

—¿Cuál es el problema?

—Mi hijo.

—¿Qué hay con él?

—Está enfermo...

—¿De qué está enfermo?

—No quiere trabajar...

—¿Estoy oyendo bien?

—Me dijeron que estaba embrujado. Sólo necesito que me averigüe quién se lo hizo —me aclaró Rosa Henderson.

En efecto, la cosa se comenzaba a poner interesante. Si no ganaba dinero con ello, al menos sacaría alguna buena historia, digna de contarse.

—Señora, por favor, ¿quién le dijo eso?

—Una persona que sabe de esas cosas.

—Y por qué no le pregunta a esa persona quién chingados le embrujó a su angelito.

—Lo que sucede es que ella sólo puede percibir la mala vibra, pero no puede saber exactamente de quién viene. Le llevé una de sus camisas y con sólo sentirla me pudo dar incluso la fecha exacta en que me embrujaron a Roberto.

—¿Ah, sí, señora?, y qué fecha fue ésa que le dijeron.

—El día en que mi hijo entró a la universidad. El día que conoció a esa bruja.

—Tal parece que ya tiene sus sospechas sobre alguien en especial.

—Así es... Sólo necesito que me las confirme.

—¿Y cómo cree usted que yo lograría eso?

—Fácil, simplemente tiene que indagar en el pasado oscuro de su familia. Son del estado de Veracruz, sabe... De Catemaco, me parece. Precisamente del lugar donde abundan esas prácticas.

—¿Qué otro síntoma presenta su retoño, además de su aversión al trabajo?

—Habla raro. Desde que conoció a esa vieja no entiendo una sola palabra de lo que dice. A veces dice unas palabrotas, como verga y puto, y luego las combina con otras aún peores, como genuflexo y apoteosis. Ya no es capaz de hablar como gente normal. Además de que se la pasa viendo puras películas raras.

—¿Así que le dice que no quiere trabajar, eh?

—Bueno, no exactamente. Él dice que le gusta el rock, el cine moderno, la filosofía y la política. Dice que quiere hacer algo que tenga que ver con eso. Que ése es su fuerte, dice.

—¿En qué carrera se matriculó su querubín?

—Mi hijo es filósofo...

—¡Caso resuelto! —la señora brincó de su asiento ante mi estruendosa carcajada.

—¡Qué pasa, señor! ¡Me asusta!

—Me temo que le tengo malas noticias, señora Henderson: su hijo no tiene lucha. Tenga mejor otro... Ah, y a éste vigílelo más de cerca... Bueno, me tengo que ir —le informé.

—No, espere, todavía no...

—No, no se preocupe, no es nada. No me costó gran trabajo destrabar el misterio.

Saqué un billete de cincuenta de mi cartera y lo acomodé cuidadosamente sobre la mesa.

—Yo invito.

Al salir a la calle, harto de la música ingeniosa, recibí la llamada del profesor Camarena.

—¿Tienes las fotos?

—Las traigo en el auto.

—¿Y qué tal?

—Tienes que verlas.

—¿Dónde te encuentras?

—Vengo saliendo de una tienda de helados, aquí, cerca de mi despacho.

—Muy bien, ahí nos vemos entonces.

—No, estás loco, de ninguna manera entro ahí otra vez.

—En tu despacho, entonces...

—Acaban de fumigar, fui por la mañana a abrirle la puerta al exterminador y de ahí me vine para acá para hablar con un cliente... Te veo en el Siete de Copas, ¿qué te parece?

—Está bien —respondió el profesor Camarena, sin sonar muy convencido.

Eran apenas las tres y media de la tarde. A excepción de los meseros, dos cantineros y tres muchachas apáticas, el lugar estaba vacío. El profesor de matemáticas Federico Camarena ocupaba una mesa junto a la pista.

—Aquí están las fotos —le dije, levantando el sobre color amarillo a la altura de mi pecho.

Su quijada comenzó a temblar.

—¿Qué descubriste?

—¿Traes el dinero?

—Una parte.

—Estoy perdiendo mi tiempo —protesté.

—Déjame ver tan siquiera una.

—¿Cuánto traes?

—Doscientos nada más.

Lo pensé por un momento. Habíamos quedado en quinientos. Ése había sido el trato. ¿Qué podía hacer? El profesor Camarena se notaba desesperado.

Accedí.

—Échalos, pues —le dije, en lo que preparaba un recibo.

Tomé el dinero, saqué mi pluma, anoté la cantidad y firmé el recibo. De ahí saqué sólo una fotografía del sobre y se la mostré desde mi lugar.

El profesor Camarena intentó arrebatármela.

—Se acabó tu tiempo. Págame el resto y serán todas tuyas —le avisé, regresando la fotografía dentro del sobre—. Y ahora te dejo porque debo de ir a comprar suavizante.

II

Pasó una semana sin novedad ni clientes nuevos en la que me dediqué de lleno a la cacería de moscas panteo-
neras dentro de mi oficina.

No volví a saber del profesor Camarena ni de Rosa Henderson.

Estacioné mi vieja lancha en línea roja. Alguien había ocupado otra vez mi cajón. Las llaves se las di al Guapo para que lo moviera cuando se desocupara un lugar en el estacionamiento de la plaza Las Palmas, donde pagaba seiscientos dólares mensuales por mi oficinita de tres por seis.

Llevaba dos meses de retraso en el alquiler. Ese mismo día pensaba cancelar mi contrato. El Guapo me preguntó si quería que me puliera los focos. Otra vez le dije que no. Compré el periódico en el estanquillo de la esquina y subí a mi oficina, donde me quité el saco de piel y me dispuse a buscar algún conocido entre los decapitados de esa semana, cuando en eso sonó el teléfono.

—Sus problemas son mi negocio, ¿en qué le puedo ayudar? —pregunté, con mi mirada fija en el calendario clavado junto a la puerta.

El almanaque lo conseguí en el Hospital de Aspiradoras hace muchos años. La razón por la que seguía en mi oficina era porque el mes de junio de 1999 venía encabezado por una foto del Océano Pacífico visto desde la playa de Bahía de Venados. El lugar que purificará todos mis pecados. Donde se ubicará mi casa luego de que terminen mis humillantes casos de divorcio y me jubile.

En la esquina inferior izquierda del retrato aparecía una panga abandonada, a la derecha estaba una palmera rasgando la blanca arena, de tan inclinada, lo más seguro que

por el peso de sus cocos frescos, y, al fondo, el apacible manto azul de donde provendrá toda mi comida y mi tranquilidad.

Cómo iba a lograr eso era una pregunta que estaba a punto de responderse.

—Habla Marlene Zambrano, quiero saber quién asesinó a mi marido —oí una voz de mujer joven.

—¿Dónde quiere que nos veamos, señora Zambrano?

—Qué tal en su oficina, a las tres de la tarde.

—Sí —le contesté, automáticamente.

Colgué.

III

—Pase —le pedí a la esbelta sombra desdibujada sobre el vidrio esmerilado de mi puerta.

La luz mortecina filtrada a través de las persianas no me impidió notar que la mujer de minifalda que acababa de entrar a mi despacho era guapa. Su modelo de piernas: mi predilecto: rodilla pequeña, muslo abundante y tobillo angosto. Su cuerpo: espigado, sin ser demasiado alto ni exento de curvas. Con gracia y perfecto balance en su caminar. Como el de una geisha vacacionando en Acapulco.

Se aproximó y noté un rostro árabe, bello, de rasgos sofisticados y mirada dura. Sus ojos eran pequeños y negros y su nariz era un poco prominente y ganchuda. Lo bueno que yo nunca he tenido problema con ello. Me gustan ese tipo de rasgos exóticos.

—Marlene Zambrano —se presentó, extendiéndome su brazo delgado y de largos y finos dedos.

—Tomás Peralta, mucho gusto. Siéntese —le pedí.

Así lo hizo.

—Aquí tiene una foto reciente de Gustavo —dijo, sin un gramo de azúcar en su voz: mi tipo de mujer.

Marlene Zambrano arrojó a mi escritorio una fotografía de un joven robusto.

—¿Cómo murió? —le pregunté, mientras observaba la fotografía con detenimiento.

—Alguien le disparó con una .32, primero en el estómago y luego en la cara. Iba saliendo de la casa rumbo al trabajo, por la mañana.

—¿Hace cuánto que lo mataron?

—Mañana se cumple una semana.

—¿En qué trabajaba?

—Era contador. Trabajaba para la constructora de mi papá.

—Debe haberlo querido mucho para querer dar con su asesino a toda costa.

—Ayer acabo de arrojar sus cenizas al caño.

—¿Adónde?

—Al caño.

—Bromea.

—No lo hago.

—Entonces, a qué se debe tanto interés.

—Simple curiosidad. El asesino puede ser alguien que yo conozca. Sólo quiero saber quién es. No me gustan los secretos.

—¿Lo odiaba?

—Para mí era otro empleado más de mi papá.

—¿Cómo fue que terminaron casados?

—No lo sé.

—Bueno, ¿cómo lo conoció?

—Yo salía mucho cuando estaba en la universidad, siempre me lo encontraba en las mismas fiestas a las que yo iba... Esa resultó ser su única gracia. Por lo demás era completamente aburrido, pero de eso me di cuenta hasta después de que nació el niño.

—¿Sospecha de alguien en especial?

—No sé si tenía una amante en su trabajo. No creo, se la pasaba todo el día en la casa, en el internet. Supongo que la principal razón por la que quiero dar con su asesino es para preguntarle qué es lo que pudo haberlo llevado a matar a un tipo tan poco digno de atención como mi Gustavo...

IV

—Apenas se puede creer, todos estos descendientes de Cuauhtémoc, Villa y Zapata chateando a toda velocidad —fue lo que pensé, al ver a todos esos muchachitos en edad de trabajar, pegados a sus computadoras, en la oficina de la constructora Neo, donde llegué preguntando por el escritorio de Gustavo Barragán.

El débil aromatizante marca *Glade* perdía la batalla contra el olor a flatulencia y a sopa instantánea. Un jovencito

con cicatrices de acné despegó la vista de su monitor y me señaló a otro muchacho igualito que el esposo de Marlene.

—Se sentaba ahí. Ese es su compadre —me lo señaló, luego de interrumpir su sesión de chat.

El doble de Gustavo Barragán padecía conjuntivitis en un ojo mientras que su escritorio estaba colmado de latas de bebida energizante.

—Eran de Gustavo, las coleccionaba. No sé si tirarlas o no —me aclaró, al verme inspeccionando las latas.

—¿Sabes quién soy?

—El detective privado. El arquitecto nos dijo que usted iba a venir hoy a hacernos unas preguntas acerca de Gustavo.

—¿Lo conociste?

—Era mi compadre.

—¿Sabes quién pudo haberlo matado? —fui al grano.

—Su esposa, pinche vieja, es una perra malhumorada, mala, abusiva, grosera...

—Ella me contrató —lo interrumpí.

—Ya sé, pero por eso mismo, para despistarla, porque no lo quería, le hacía muchos desprecios.

—Es lo mismo que me dijo ella a mí.

Una mujer esquelética y ojerosa me observaba con mirada penetrante. La voltee a ver y ella dirigió inmediatamente su vista al monitor, tecleando a toda velocidad.

La muchacha también tenía infección en un ojo.

—¿Lo conocía? —le pregunté a la chica de tez verde.

—Casi no —intervino el compadre.

—No estoy hablando contigo.

La chica seguía sin decir una palabra. Parecía estar a punto de desmayarse o de vomitar.

—Sí lo conocí —por fin habló, a pesar de sí misma.

—Quiero decir, ¿se llevaban bien?

—Más o menos —me respondió, todavía temblando.

Caminé dos pasos hacia su escritorio y pude ver enmarcada la foto de un monumento de mujer remotamente parecida a mi interlocutora. La chica de la foto abrazaba a un perro labrador.

—¿Y esta preciosura quién es?

—S-s-soy yo...

—Supongo que le ha afectado mucho la muerte de su compañero.

—Es que he estado muy enferma últimamente, no tiene nada que ver con Gustavo...

La chica comenzó a sacar pastillas de uno de sus cajones sin que yo se lo solicitara. Luego me mostró las recetas.

—Está bien, está bien —le dije.

—Déjela en paz, amigo —me ordenó el compadre de Gustavo.

La oficina entera había parado sus labores para ese entonces. Ahora todos se dedicaban a observarme. Sólo estaba levantando polvo.

—¿Ya terminó? —se oyó una voz de un hombre atrapado en el clóset.

Se trataba del arquitecto Antonio Zambrano, precisamente el sujeto responsable de la casita de muñecas en la que me encontraba viviendo en esos momentos.

—Mi hija puede hacer lo que le venga en gana con mi dinero, pero créame que yo no tengo mucho tiempo para sus cosas —me aclaró.

—¿Cómo era su relación con su yerno?

—Casi no hablábamos —continuó con su tono amariconado.

—¿Cómo era él?

—¿Qué le puedo decir? Venía todos los días a trabajar, nunca faltaba, se sentaba ahí, ocho horas seguidas a jugar con el internet. Al igual que a mi hija, a mí también me asombró que lo hayan matado.

Hice unas anotaciones en mi libreta y me largué de ahí directo a la procuraduría.

V

—¿Y ahora, Malasuerte, qué te trae por aquí? —me preguntó el subprocurador León Bernal, luego de haber hablado largo y tendido con su directora de averiguaciones previas, la licenciada Margarita Núñez.

—Vine a rendir mi declaración.

—¿En qué estás metido?

—Mucho me temo que tuve algo que ver en la muerte del yerno del arquitecto Antonio Zambrano, el dueño de la constructora Neo. Vine a decirles todo lo que sé y de

paso a dejarles algunas pruebas que les pueden ser útiles.

—Magui, ¿ya se puede ir este cabrón a su casa?

—Por el momento sí —respondió, la licenciada.

Luego de presentar mi declaración en la procuraduría me dirigí a casa de la señora Zambrano. En el camino me paré en una luz roja y un muchacho desaseado que me vio en mi carro oyendo una balada de Enrique Guzmán se puso a bailotear en la acera con su novia, como burlándose. Lo que hice fue que me bajé y le pegué un coscorrón bien dado enfrente de su acompañante, una chica bajita de melena verde que estaba más mugrosa que él.

Sé que no lo debí de haber hecho. Sé que debo tener más paciencia con todos estos chicos sensibles, pero es que a veces siento que pierdo mis fuerzas.

Llegué a la casa de Marlene Zambrano. Una residencia posmoderna color verde con capacidad para alojar veinte dúplex como el mío en su interior.

Toqué el timbre ubicado sobre la barda de cemento.

—Pase —me pidió Marlene Zambrano luego de abrirme el cancel.

La seguí por un serpenteante camino de cantera que partía en dos el jardín. Esta vez la señora Zambrano vestía un traje de lana color gris, saco y pantalón haciendo juego, y unas zapatillas negras que la hacían casi tan alta como yo. Su perfume era agradable y poco empalagoso, como toda ella.

—Tome asiento —me dijo, luego de que llegamos a la sala—. ¿Gusta algo de tomar? —en efecto, seguía hablán-

dome de usted.

—Estoy bien.

—¿Tiene algo que decirme?

—Mi trabajo ha terminado.

—Voy por su dinero.

Así lo hizo. La señora Zambrano fue hacia el fondo de la planta baja y regresó con un enorme bolso color negro dentro del cual hurgó hasta extraer unos billetes que fueron a dar a mis manos. La cifra acordada. Los guardé en mi billetera. Continué:

—Señora Zambrano. Temo informarle que su esposo fue víctima del absurdo.

—¿Qué?

—Una pregunta: ¿Gustavo padeció en algún momento de infección en el ojo?

—¿Qué?

—Conjuntivitis. El rastro de motel barato que le queda a uno en el ojo luego de cometer la imprudencia de aventarse una siesta con la cara puesta sobre una almohada contaminada con heces fecales.

—Pues no, no que yo sepa, ¿por qué?

—Dos empleados de su papá tenían esa marca, uno de ellos era un clon de su esposo, igualito: obeso, barbón y con mucho gel en el pelo; por su parte, la chica, ella se veía que andaba por la calle de la amargura. Muy demacrada. Fui a hablar con el marido de la muchacha. Resultó ser un cliente mío al que le había dejado fiadas unas fotos de su mujer

saliendo de un motel barato de la mano precisamente de un gordo barbón con mucho gel en el pelo y muy parecido a su difunto esposo. Mi cliente, un profesor de matemáticas varias décadas mayor que su esposa, ni siquiera estaba enterado de que había dos de esos cabrones trabajando donde mismo. Siguió al equivocado. Ya di el pitazo a la policía. Al final lo confesó todo... En estos momentos está en manos de la procuraduría del estado.

Fui imposible de resistir por más tiempo. La señora Zambrano llegó a mí como un alfiler a un magneto. Mis enormes manos abarcaban perfectamente su breve cintura.

Ella no lo pudo evitar, pasó las suyas por mi abundante y roja cabellera.

—Dicen que el pelo rojo es de mala suerte —dijo, con su voz de *hotline*.

—Malasuerte es mi segundo nombre.

—Me gusta.

Colocó sus labios sobre los míos. Su espalda crujió bajo mis manos.

—Acompáñame —me dijo, tomándome de la mano.

Me condujo hacia su recámara.

Además de mi paga en efectivo recibí una bonificación de parte de la señora Zambrano. Cuerpomático.

No había nada de qué preocuparse, me dijo, el niño estaba en la escuela y le había dado el día libre a la servidumbre.

Caí encima de la señora Zambrano como un tronco.

Índice

La teoría del cómputo animal o la prueba del vaso de agua

Alí Rendón..... 9

Cuántica de la ausencia

Aniela Rodríguez..... 21

International Super Star Soccer

Cástulo Aceves..... 27

Aquelarre

Valentín Chantaca González..... 35

Cenicero

Joserra Ortiz..... 41

Cama de rosas

Nylsa Martínez..... 48

La destrucción y el orden

Daniel Herrera..... 54

Música de fondo

Lola Ancira..... 63

Primer día

Julián Mitre..... 71

Y vendrá la muerte

Iván Farías..... 75

Una pluma de ave en la cornisa

Penélope Córdova..... 86

Efectos secundarios	
Alejandro Badillo.....	90
Después de la siesta	
Edna Montes.....	95
Como todos los días	
Ronnie Medellín.....	102
Cerillo	
Mario Sánchez Carbajal.....	108
Sri Avinanda	
Tatlacatl Alejandro Carrillo Rosas.....	119
Despertares incómodos	
Magdiel Torres.....	122
Algo sobre Görmand	
(Esperando la revelación y hablar de Docta Malaliento, Lentesauto Infulero y las Plantas Culopodrido)	
David Chávez.....	129
Ozuna	
Ilina Vargass.....	135
Vicente	
Elvira Liceaga.....	142
Rey del glam	
Raquel Castro.....	147

Los ojitos pizpiretos de la nena	
José Manuel Cuéllar Moreno.....	155
Carnicería	
Luis Panini.....	160
La absurda biblia de Kafka	
Franco Félix.....	163
Dulces sueños	
Macaria España.....	171
Manolín	
Paulina Del Collado.....	175
Charcos para Lucila	
Gabriel Rodríguez.....	188
La parábola del aplicante	
Luis Miguel Estrada Orozco.....	196
Verde vivo	
José Antonio Sánchez Cetina.....	207
Un cuento para niños	
Sergio Vicencio.....	218
Gracias, Manolo	
Cecilia Magaña.....	231
El gran quiénsabe	
Hilario Peña.....	235

Territorio ficción se terminó de imprimir el mes
de septiembre del 2017, en la Ciudad de México

El mundo se narra día a día. Se construye en las mentes y se plasma en acciones. Cada uno de nuestros sueños y esfuerzo pertenecen a la narrativa, fundamento del universo humano. Territorio ficción es, como toda antología literaria, la reconfiguración de la realidad en aquello que les parece sustancial a los autores incluidos. Por medio de la imaginación y del arte de la narrativa podemos vernos en perspectiva y conocernos en el espejo de las palabras. Esta selección fue pensada para ti. Verás en ella desfilan personajes complejos, angustiantes, divertidos e interesantes. Sumérgete en estas semillas de vida llamadas cuentos, disfruta la lectura y que las historias florezcan en ti.

Mario Chávez Campos



SEP
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



DGESPE
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA PROFESIONALES DE LA
EDUCACIÓN

SOMOS
NORMALISTAS